

GUERRAS PASADAS

M. Martínez Barrionuevo



P

950

GUERRAS

PASADAS



(NARRACIONES MILITARES)



MADRID

IMPRESA DE FORTANET

29 - LIBERTAD - 29

Es propiedad



Excmo. Sr.

D. Manuel Planas y Casals

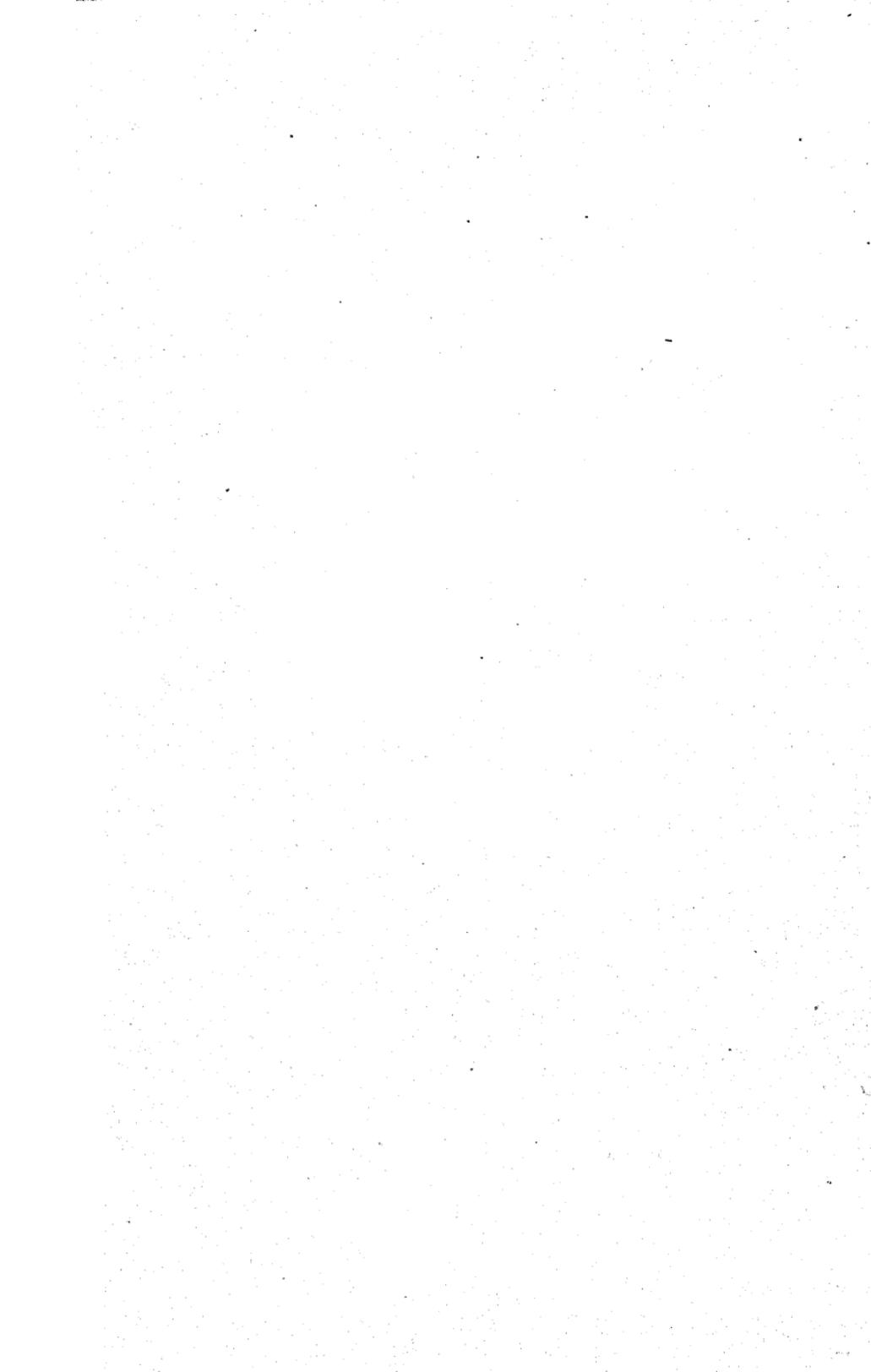
Amigo del alma: si rendido alguna vez por el cansancio en las luchas políticas ó en sus hermosos trabajos del foro, busca un momento de quietud y hojea estas páginas durante unos segundos para ayudar á su distracción, en eso no más, hallaré la recompensa de háberselas dedicado.

Hay horas solemnes en nuestra infancia que no se olvidan nunca: transcurren años; el niño es hombre; luchó por la vida; sostuvo escaramuzas ó peleó fieramente y cuerpo á cuerpo: de una manera ó de otra, feliz ó desgraciado, rico ó pobre, la memoria de aquellos instantes de su niñez no desaparece; el corazón le ha puesto una lápida conmemorativa, y esta lápida es losa á la vez, que oculta la boca de un sepulcro.

Para escribir Guerras pasadas, levanté un poco esa losa; he hallado flores; son siempre-vivas; acójalas V. aunque sea así, siquiera por el

encanto único que tienen, que es su perfume vigoroso y fresco; el perfume de la verdad. Otra causa última existe, para que V. no las rechace; que se las ofrece como prenda de admiración afectuosa su amigo

Martinez Barrionuevo.



I

La cruz, los hombres y el mar

No he pasado nunca los Gaitanes en dirección á Málaga sin que un frío como el de la muerte me estremezca los músculos, sin que se me coja á los pulmones y al cerebro, una vez y otra, así como una dentadura de lobo, siniestra y horrible, que me parece ver, y á la que no puedo apartar por miedo de que no se lleve el bocado. Es una espina, en fin, la que se me empieza á hincar cuando paso por los Gaitanes, que va entrando, entrando, conforme el tren avanza, más dura y más fría y más tremenda;

y al decir el mozo del andén,—¡Málaga! —ya estoy yo que necesito que me saquen del coche en parihuelas. Sali yo solo, las veces que ocurrió, por la negra horrilla y porque en las grandes crisis es cuando el hombre ha de probar su fortaleza. Pero esto no quita ¡voto al chapiro! para que los ojos se me nublen y sienta escalofríos de muerte. La verdad es que si fuera todo este trastorno de mi economía, por la sensación de placer que se experimenta regresando á la patria, no estaria mal; pero, no, señores, no es alegría ni dolor, es dolor de dolor, es lo que se llama dolor puro y verdadero. Es dolor de volver á mi patria recordando como salí de ella.

.

Una estación hay en Málaga solamente, pero es en su construcción de las primeras de España. Los mozos y mandaderos que hay allí se parecen á los de todas partes: una chusma zaragatera y mal educada, que hace sufrir al viajero fatigas indecibles. Al principio de la explotación del ferro carril de Málaga á Córdoba,

y mucho tiempo después, había delante de la estación unos hermosos jardines; todo está ahora abandonado y muerto. Al entrar en Málaga, también mi primera idea, mi primera mirada y mi primera caricia, son para los talleres del ferro-carril. Pasan por mi imaginación, como extraños engendros que surgen de una pesadilla, los bigotes larguísimos de Saintorein; la sonrisa fisgona y el semblante rubicundo de Joly, el contramaestre del ajustaje; la abotargada cabeza del contramaestre de la carpintería, y la gran cara de angelón, coloradota y risueña, del maestro Jimenez, emperador omnimodo y dios sobrenatural de forjadores y caldereros. No me hablen ustedes de Sené el dibujante, ni de *el Mirlo Chico*; no me hablen ustedes de *Cara é Perro* ni del Montañes; no me hablen del sin par y nunca bien alabado oficial de forja, Salvador Montero, de quien me acordé tanto al delinear el tipo de Miguel, de mi *Generala*. ¿Que se han hecho de *el Tonto* y de *el tío Berrinche*? Ya no hay quien haga casqui-

llos para las tuberías de las cajas de humo, como los hizo *el Tonto* en la fragua del rincón. ¡Oh, tiempos, como cambian! Todo se olvida; pero yo, á vosotros, amigos de antaño, no os olvidaré nunca.

Allá, mas arriba de los talleres de fragua, retumba el mazo en la estampilla para remachar el revite de los paños de una caldera: es *el Catalán*, aquel regordete y dicharachero, fantasmón y sabihondo. En otro sitio está García: era ya viejo, ¡un gran oficial! Tenía dos hijas. ¿Se casaron? ¿Qué habrá sido de una de ellas? ¡Oh, Juana! Ricardo, hijo de García, era un aprendiz entonces. ¿Qué será de él? ¡Quizás me lo encuentre en el camino y me conozca; tal vez no se atreva á detenerme y á decirme:

—«Héme aquí: yo soy aquel por quién preguntas.»—

He visto después muchos pueblos y mucha gente; mi alma quedó abita y fué camposanto triste de muchas memorias. Los cansados ojos tal vez no reconocerán á los amigos de hace

años. ¿Qué importa? El corazón latirá siempre por ellos.

Pero ya es hora: suena la campana que pende junto al alero del tejadillo, en el muro frontal del ajustaje; suspéndese el trabajo, se lavan los hombres, empiezan á salir en grupos, cambian sus chapas del cuadro que está bajo el esquilón para ponerlas en el otro cuadro de la caseta del tío Zamora. ¡También el tío Zamora habrá muerto! Es ya de noche. Allá van los obreros á sus casas... Entran por la calle del Carmen, por la calle de Cuarteles, por los Callejones..

Todos estos lugares son animadísimos. A la derecha de este barrio que es el famoso del Perchel, está el del Bulto, sobre la misma playa, cuyo vecindario se compone de gente de mar. Entrando por la más animada de las calles que mencioné, la del Carmen, deja uno atrás la iglesia, que da frente á su embocadura: esta iglesia es muy antigua. Confesáronse allí el general Torrijos y sus compañeros antes de ser fusilados en las playas donde después, precisa-

mente, fué erigiéndose, pobre, triste, y como un esqueleto de la miseria, el barrio del Bulto: estas playas son las de San Andrés. En el sitio de los asesinatos, levántase una sencilla cruz de piedra, como recuerdo tenebroso de infamia y como enseñanza noble de heroicidad y patriotismo. La cruz permanecía sola en la desierta playa. En los recios temporales, los montes soberbios de las espumas de las olas se levantaban sobre la cruz, como queriendo revestirla eternamente de un sudario que la ocultase, ya que no pudiese destruirla. Todo fué inútil; el sudario cayó siempre roto á los pies de la cruz, como las túnicas de las vírgenes cristianas caían rotas por el manotazo del verdugo para exponer sus pudores á la contemplación grosera de las muchedumbres; pero así como el pudor de las vírgenes manteníase incólume con la túnica desgarrada á sus pies, así las olas, irritadísimas y fieras, retorciáanse rugiendo á los pies del símbolo, sin poder lavarle su recuerdo de infamia y baldón. Se cansó el mar,

cesaron sus gigantes himnos de guerra, se retiró con las tristes melodias del vencido, sin lavar la sangre de la playa y sin abatir la muda y melancolica protesta de la cruz. En aquel terreno abandonado por el mar, hiciéronse primero casas, después calles, y hoy pulula allí una multitud animada, pintoresca, estravagantísima, inculta, sin higiene, sin educación, y sin rey y sin roque. La cruz existia hace cuatro años: no se si existirá ahora. La vi y me acongojé: quedó en una encrucijada que se forma con cuatro bocacalles. El día último que la vi, era lluvioso. Las calles daban grima, sucias, horribles, pestilentes, con fango hasta los balcones, tenebrosas, antipáticas, repulsivas; y la cruz estaba allí, sucia y espeluznante, como todo lo que de allí emanaba.

La miseria del barrio contagió á la cruz que supo resistir los embates furiosos de las olas. Los brazos abiertos de la cruz parecían pedir á los cielos que se la redimiese de tal ignominia. La cruz se habia rendido como antes

se rindieron las aguas: lo que no pudo el mar con toda su salvaje bravura, lo consiguió la indiferencia de los hombres. ¡Pobre cruz abandonada! Yo recé una oración allí. ¡Quién sabe si fué la última que allí se rezó! ¡Quién sabe el tiempo que haría que nadie hubo allí rezado! Recé y allá, en el fondo, las olas entonaron conmigo una plegaria. ¡Qué dulce es el canto del mar cuando hace duo con el toque de campana de la oración de la tarde! A esa hora recé. El sol traspuso, el mar siguió gimiendo sus melodías y yo salí de mis abstracciones porque me disparó un chiquillo del barrio una pedrada.

La piedra no me pegó á mí... Le pegó á la cruz.



II

Lugares famosos

La calle del Carmen es la más conocida del barrio. Celébrase aquí una feria en Junio, que dicen los viejos fué de mucha importancia. Siéntome ansioso de dar este paseo y estoy contentísimo: es un placer extraño que tiene algo de escozor de puñalada, por las memorias de la niñez que trae á mi corazón. Sigo la calle del Carmen; dejo á la derecha otra cruz que se empotra en la pared, con adornos en lo alto, de siemprevivas agostadas y farolillos cuyas luces no vi arder nunca. A la izquierda queda

la callejuela de Jaboneros, con sus balconcitos atestados de macetas de flores. Avanzo más, pasando junto al gran portalón del taller de carruajes de Trigueros. Llora mi alma con las memorias graves que resucita en mi la música del macho y del martillo sobre la plaza y en el piton y en la cola de la bigornia; entretiéndose un oficial en el *escopleo* de una maza, otro en el labrado de una pina, el de aquí mete la virolta á un holcate, el de allá pone la *retenia* derecha del juego delantero en un armatoste, otro grita para que el aprendiz lleve el fogateador encendido porque hay que agrandar un agujero en la madera; fijan tableros en la trasera de una berlina, allá en un rincón; en otro taladran unos aros; el fuelle suena, encendiendo la fragua con su resoplido de toro; el *majaor* terraja un perno mientras el oficial de forja le llama con retintin agudo del martillo. Se grita, se canta, yo me alejo, todo vélese á mis ojos como una nota aguda que pierde su fuerza con lentitud en los aires, y se aparta de mis

oidos, también, dominado con el otro rumor más fuerte de la balumba de coches, de carros, de zorrillas, de ómnibus atestados por la multitud, una confusión extravagante y sin-fin de todo el vecindario de la mitad del Perchel, y el gran movimiento de viajeros y mercancías, que atraviesan y vuelven y cruzan, de la estación al puerto, por el puente de Tetuán, aquel puente que se cimbra y retiembla como de miedo de hundirse y aplastarse con lo que rueda y palpita sobre él.

No cruzo el puente: lo dejo a la derecha. He de pasar el Guadalmedina por mucho más abajo, allá, por Martiricos, y daré para salirme con la ma, un gran rodeo; éntrome por la calle de Santa Rosa. También tiene recuerdos para mi esta calle, pero recuerdos de mala impresión. Era yo muy niño. Pasé un susto horrible. Era un día de Santiago, día en Málaga de sangrientas hecatombes, con motivo de las célebres quintas de Castelar. Los mozos no querían ir al ejército y pelearon, por lo mismo, contra

todo lo que les dió la gana. Al yo pasar aquel día á que aludo por la calle de Santa Rosa, en contré un grupo de desesperados de aquéllos: rodeáronme, gritaban, rugían, levantaban los fusiles y amenazáronme con las bayonetas caladas... ¿Sabéis por que? porque no iba también con mi fusil y no peleaba. Yo dije en medio de mi espanto:

—¡Ay, por Dió, pero si soy un chiquiyo!

Y uno contestó:

—Bueno: aprenderás para cuando seas hombre: un fusil á este. No sé de que parte sacaron el diantre del fusil. ¡Os digo que pasé una tarde! Llevábanme en medio, y, corriendo como liebres por las calles de la ciudad, gritaban:—¡Abajo las quintas!—Yo, la verdad, no podía con el fusil, un pesado armatoste de aquellos de misto, porque todavía no entraron las novedades en el armamento de guerra español, ó en el de los paisanos por lo menos. No podía con el fusil como dije, y tuve una inspiración: lo agarré entonces con las dos manos por la

bayoneta, porque tenía calada la bayoneta y todo cuando se me dió, y allá fui corriendo con los otros, que me las pelaba. Lancé mis gritos también, agarrado á la bayoneta y llevando á rastras el fusil dichoso, que iba armando un estruendo feroz con el herraje de la cu'ata al arrastrar por los pedruscos. Parecía el fusil arrastrando una carreta vieja, según plañían y se lamentaron su caja llena de polilla, su llave floja y medio cayéndose, y la baqueta que salía y entraba en su sitio como cubo en pozo.

Así llegamos á la *Espensilla*; yo estaba muy contento porque nos aproximábamos á mi casa. Pero allí, allí, en el mismo solar de doña Trinidad, vulgo *Espensilla*, apareció de pronto un grupo de carabineros.

¡Ay, Santa madre! ¿Qué haría yo para esca-bullirme? Temblaba como un azogado; no supe que hacer, renegué aquella tarde de mi demonio malo, que me inspiró 'a idea de escapar de casa á escondidas de mi madre, con objeto de curiosar; porque hoy lo comprendo: he sido

el *chavea* más desalmado y más testarudo que sa'ío de madre.

Allí en frente, en la *Espensilla*, estaba yo contemplando las ventanas de la escuela. ¡Tantos novillos como hice por el gusto solo de no encontrarme bajo el techo aterrador de la clase, y en aquel punto yo no sé lo que hubiera hecho porque se abriese de pronto la escuela y me tragara. Creo que hasta hubiera dado una lección sin equivocarme.

De pronto, sueltan los carabineros una descarga sin encomendarse á Dios ni á Santa María, porque no he visto gente más ruin ni más perra que los carabineros de entonces, en llegando la hora. Los paisanos, con toda su bravura, escabulléronse como si hubieran apostado á ver quién corría más, y allí me quedé con unos temblores en las piernas cuya razón no acerté en aquel instante, precisamente, cuando no hacía un segundo me tuve yo mismo, en mi fuero interno, por un hombre muy bravo. No me pude figurar ¡triste de mí!

que de lo que no podía correr era de miedo.

Por la parte que da á la huerta del Obispo hicieron después, grandes construcciones, y un convento entre ellas. En la mitad de la *Espensilla* edificaron una gran casa de vecinos, que quita verdaderamente al solar el aspecto que ten'a hace veinte años. También allí hubo pedreas en tiempos mejores, y allí me descalabraron alguna vez; pero no todos los tiempos son iguales; los chiquillos que en otras faustas épocas conmigo combatían, eran el día de mi aventura, carabineros vigilantes y mal intencionados, de los que hacían cantar á los *chaveas* y á las mujeres á voz en cuello, con la terrible y verdadera ironía del ignorante que quiere zaherir:

*A los carabineros
no darles vino,
porque con el bigote
rompen el vidrio.*

*A los carabineros
no darles agua,
porque con el bigote
rompen la jarra.*

Pero yo bendije á aquella tarde celebérrima porque tuve la suerte de que no me tocase ningún tiro de la alevosa descarga. Huyeron, como digo, todos los valientes. Allí quedé yo, con el miedo á que aludí y que recordaréis, sentado en el escalón de una puerta junto á la embocadura de la callejilla, donde está el corralón de Bustamante. Salieron escapados los que rompían el vidrio y la jarra con el bigote; salieron escapados detrás de los paisanetes fantasmones, sin pensar siquiera que yo había sido de los que más gritaban y de los que llevaron el fusil con más furia, aunque hubiese sido arrastrando. Allá se fueron en buen hora, y yo seguí camino de mi casa, pensando con mucha fi'osoffa en los pobres infelices que ví caer heridos por las balas; pero ¡bah! yo era un niño muy bien dispuesto para ver tales cosas. Ya os contaré más adelante las escenas horribles de este género que en Málaga contemplé.

Ahora me contento con seguir mi camino, dejando atrás la escuela de la *Espensilla* y

metiéndome por una calle de cuyo nombre no me quiero acordar. ¿Sabéis porqué? Porque un día jugué al maestro, en la escuela, una mala pasada, acción de que me arrepenti inmediatamente. Acostumbrábamos á dar un repaso de lectura por la mañana, ante su mesa, y al arrullo de quién leía, el maestro dormíase como un ángel de Dios.

Invariablemente, una criada vieja, limpia, de ojos chiquitines, cuyas pupilas brillaban como puntitas de cuchillos, presentábase con un gran plato en las manos, y sobre el plato un tazón de chocolate, que faltaba siempre, así, como un dedito para estar lleno. Desaparecía la vieja; el buen hombre, á medida que el olor sibarítico íbasele entrando por los pulmones, se despertaba lentamente; medio dormido aun, echaba mano al tazón y poniéndose el borde en los labios sorbía delicadamente; esto le despertaba del todo.

El día antes cometió el hombre una injusticia, propinándome una *felpa* descomunal por

cierta falta que otro cometió: desorientáronle en sus indagaciones y yo pagué con harto dolor de mis huesos, la culpa por otro cometida.

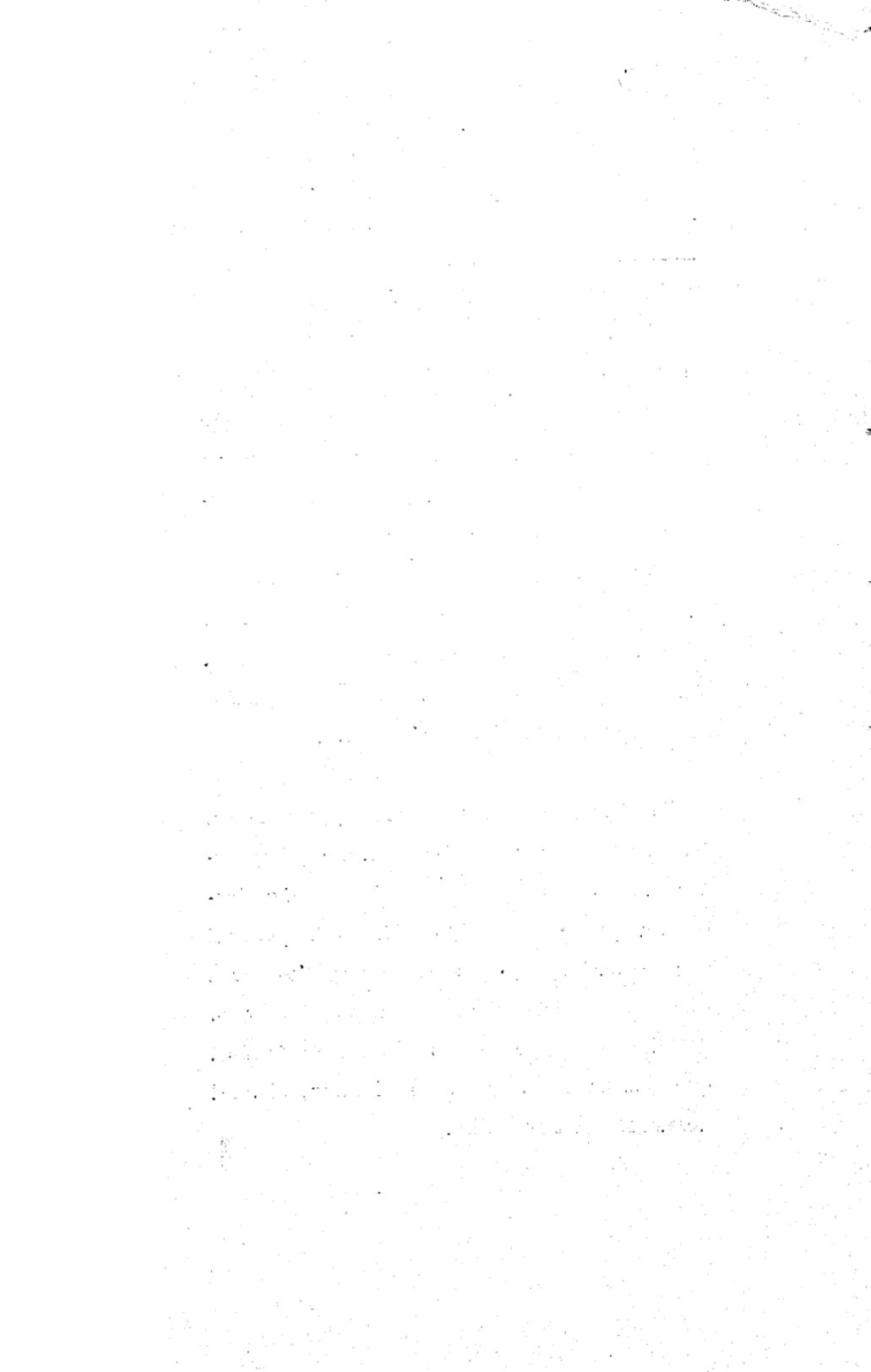
La mañana á que aludo entró la vieja con su chocolate, lo dejó allí como siempre. Yo miré al maestro, pensando en la descomunal y torpe justicia que en mi persona ejecutó, y no se que demonio llenó mi pensamiento de nieblas, no se que intenciones de muerte acometiéronme, no se que me pasó; de lo que estoy seguro es, de que cogí el tintero de repente y lo volqué en la jicara; que en el mismo punto el maestro echó mano á ella, que se la llevó á los labios, medio dormido, como de costumbre, que hizo un gesto atroz, que tiró la taza, que nos miró fieramente, que todos los muchachos, horripiláronse de lo que les pudiera pasar si inmediatamente no justificaban su inocencia, y señalándome á mí, exclamaron á una, con aquel tonillo de escuela.

—¡Ese, ha sido ese!

El maestro, coge la taza, vé la tinta, la vuel-

ve á soltar, se levanta, se dirige á un armario próximo, comprendo que vá por una palmeta muy gorda que tiene allí para las ocasiones, doy un brinco, tomo la puerta, escapo á la calle de cuyo nombre no me quiero acordar, él me sigue, corre más que yo, me alcanza y el primer saludo para desahogar la cólera fué darme un palmetazo, no en la palma de la mano como el nombre del *arma* indica, sino en la cabeza, y de todo corazón, haciéndome caer sin sentido. Para que veáis que todos los lugares aquellos son para mí de muy triste memoria.

Salí á la calle de los Mármoles, y como ya tenía mi plan de paseo formado, no quise torcer á la derecha, no señor: lo hice á la izquierda, aunque la derecha también tenía para mí mis recuerdos, ante cuyos horrores los otros que mencioné son niños de teta. En aquel trozo de calle contemplé yo con pavores profundos, que todavía me estremecen el alma, el final desastroso de Paco Nillo.



III

Paco Nillo

Tenía yo nueve años cuando le conocí en Málaga; no olvidaré nunca su cabello negro, sus ojos negros también, inteligentes y vivos, su nariz desproporcionada, su hermosa dentadura, el sedoso bigote y la larga perilla; era alto, gallardo casi, ocurrente, hablador y donairoso; estaba su barbería en la calle de Mármoles, allí, donde el sastre Juan Vila da ahora sus cortes. Se hizo Paco de regular clientela, reuniendo por las tardes en su casa, una tertulia compuesta de lo mejor del barrio. Re-

uerdo entre los honorables individuos de la tertulia, á un don Ramón, amarillento, barbudo, alto, de noble pecho, fácil en el decir y aún elocuente cuando quería. Estábamos en Septiembre; aumentaron por entonces los individuos de la tertulia; recordaré toda mi vida, entre ellos, á mi tío Ramón, á mi padre, hermano de don Ramón, á quién acompañaba siempre como á su sombra, mi primo Manuel, un mozalvete muy simpático, hijo también de don Ramón; José García, Bernardo Nieves, Francisco Mora, el sastre Juan Vila y muchos otros que componían la corte de don Ramón; porque don Ramón, para que lo sepais, era el hombre de importancia del barrio.

Yo recuerdo perfectamente que Paco Nillo afeitaba á todos estos personajes; los sábados por la noche, era aquello un jubileo, Paco Nillo los despachaba en un periquete, como no se quedase como quién ve visiones, dale que dale á la navaja sobre la correa, discurrendo con mucho aquel, de tal ó cual asunto y de políti-

ca principalmente. Yo digo que me quedaba muchas veces con una boca de á palmo, oyéndole; sin que el lo supiera consagrábale yo en mi pecho una misteriosa simpatía.

Hablaba de la Reina como del vecino de al lado, pero de un mal vecino, se entiende; hablaba de todos los políticos, como de los aprendices de su taller. Muchas veces concluía diciendo:

—¡Quién sabe, quién sabe, sino saldrá por ahí alguno á lo mejor que arregle el cotarro!

Los que escuchaban reíanse.

—¿Serás tú? preguntábanle.—Y él también reía.

A principios de Septiembre, Paco Nillo puso un oficial, y él permanecía fuera algunas horas, de noche sobre todo; al cabo de dos semanas, veíasele apenas y dejó de ir por último.

Estaba yo una tarde á la puerta contando cuentos con otros chicos. Paco no estaba allí: hacíanse los contertulios signos misteriosos como si ya supiesen donde el barbero podía en-

contrarse, y se me figuró— aunque os parezca mucha precocidad,— que en la atmósfera pesadísima del humo de los cigarros, aleteaba en aquellos instantes un genio misterioso, con un índice sobre la boca para prohibir terminantemente que el nombre de Paco se pronunciase.

Me asustó de pronto un gran estrépito de cerrar de puertas, gritos de hombres, alaridos femeniles y carreras precipitadas. Quedó después la calle sumida en silencio pavoroso; pude notar entonces que salió don Ramón con su hermano; detrás salió el mozalvete, alejándose aprisa. Los contertulios restantes se miraban muy pálidos; á los postigos á medio abrir de algunos balcones, asomaban rostros cadavéricos. Se oyó otra vez, rompiendo la tremenda quietud, así, como una sorda sacudida subterránea que fué aumentando y subiendo de no sé que abismos; y allá, en el fondo de la calle, apareció al fin una turba de hombres descompuestos, chispeantes las pupilas, empuñando garrotes, sables, espadas mohosas, trabucos, escopetas y fusiles

viejos... ¡Y Paco Nillo capitaneaba la turba! Nunca le ví tan hermoso, tan marcial; componíase su armamento de un enorme sable de caballería, colgado de cinturón lustroso y un gran revolver cuyo reluciente cañón me llenó de pavor; se me disipó de pronto por un sentimiento de sorpresa ¿lo creeréis? Acababa de notar entre los frenéticos á don Ramón, y al hermano y al hijo, cada uno con su fusil y gritando como el que más. Diéronse allí vivas entusiastas; hubo brindis y jaleo espantoso; era un cuadro de los veinte que había en aquel momento en cada calle de la ciudad; ¡La dicha terrible de no tener ya rey ni Roque ni perrito que nos ladrara!

Allí mismo, en mitad de la calle, se empezó á organizar la primera compañía de milicianos; nombráronse cabos, sargentos, alféreces, tenientes... y de capitán á Paco Nillo. ¡Oh, Dios!... ¿Empezaba á cumplirse, acaso, lo que pude oírle alguna vez, de presentir que había nacido para otra cosa, que para barbero?

Tras de aquella compañía se organizaron muchos batallones, después regimientos... Fué una monstruosidad, en fin, la que hubo de padres de familia sobre las armas; entre todas las compañías se hizo célebre la de Paco; eran cien hombres fornidos, inteligentes, buenos muchachos, que aprendían muy bien el ejercicio, encantando á los pilluelos que iban delante y á las mozuclas de las ventanas, aquellas ventanas cuajaditas de flores. Llegó así, Enero, con su terrible primer día; Rodas entró cantando, como en «La Marsellesa». «Sangre y exterminio haya por dcquier...» y lo hubo. Desarmar la milicia era difícil, porque el nacional había cobrado á su fusil un cariño rayano en locura.

En aquel gran combate, no ví á Paco: sé que peleó, que anduvo luego escondido, que pasó tiempo, que hubo otra vez milicia, y que Paco apareció tan marcial, tan arrogante, y orgulloso como nunca, con su mirada que había cobrado cierta dureza y su rostro que empezó á ser sombrío. Estaba muy bien con su sombrero gris

de ala ancha y pluma azul, su guerrera gris así mismo, su pantalón negro, sus botas de montar, su revólver á la cintura y la espada en la mano.

Se dió á conocer, y en las afecciones que le profesaban no hubo ya término medio. Adoración ú odio. Iba seguido siempre de buena escolta de los suyos, porque se creó enemigos; intentaron asesinarle más de una vez. Cuando pasaba con sus tropas en formación, las hembras le dirigian requiebros desde sus ventanas... ¡Ay que guapo! ¡Bendito sea!

Dividiéronse por entonces los milicianos en dos partidos, por amor propio y asquerosas envidias locales, por mas que otra cosa afirmen; esta vez, como siempre, se fué del lado de la probidad y el orden, y acabó de captarse el odio de muy terribles enemigos, que la maldad, flota siempre en las grandes crisis revolucionarias... Pasó así tiempo; era una tarde hermosa, los chicos jugábamos en la calle, que estaba animadísima...

Sintiósse de pronto un gran estrépito, que

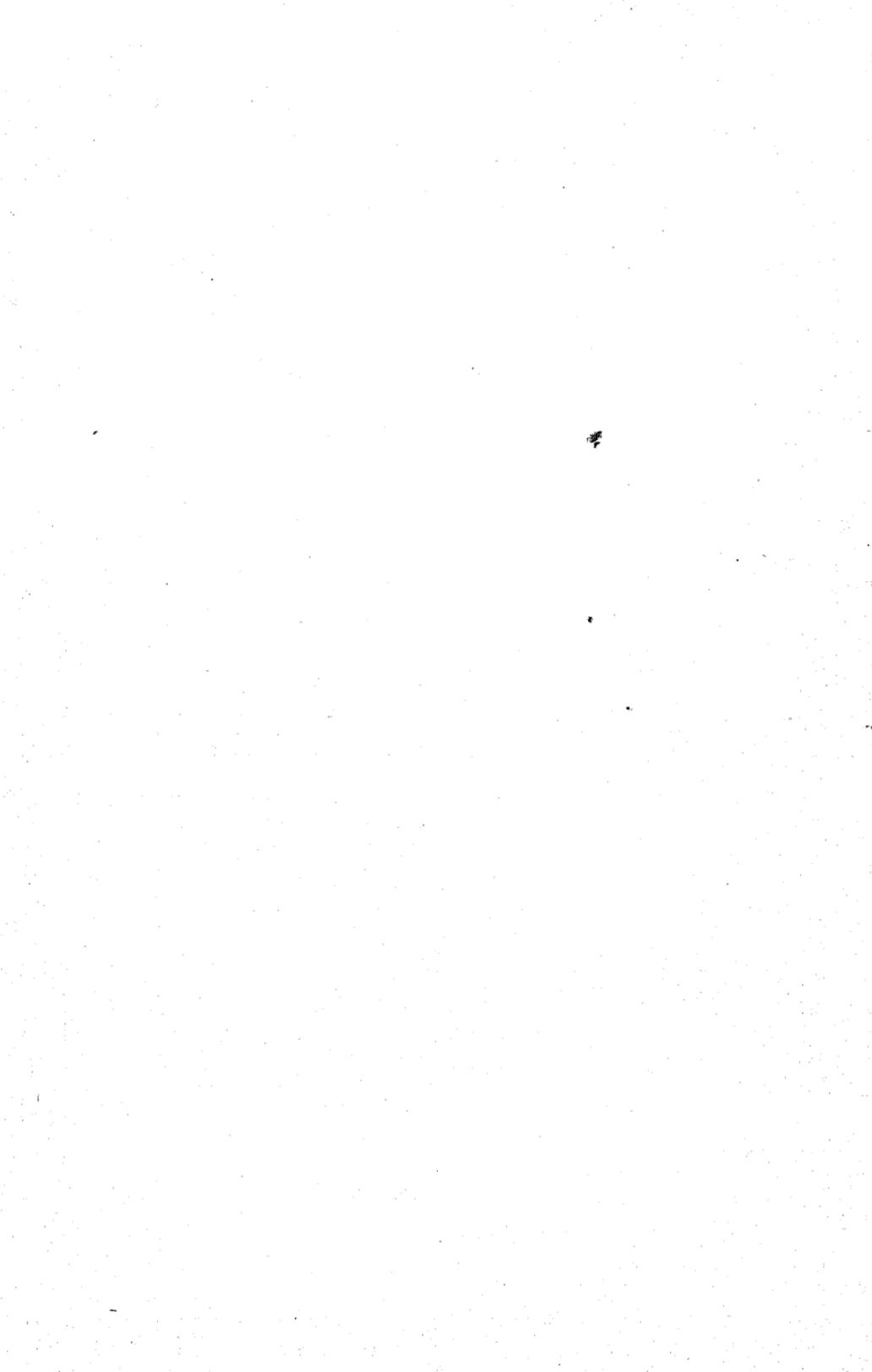
me lleuó de pavora, mayor, mucho mayor que la de aquella otra tarde de Septiembre; avanzaban desde el fondo algunas compañías rojas, (1) venian en tropel, con los fusiles dispuestos, y caladas las bayonetas. Mandábalas un tal Palomo, tuerto, á quien no ví mas. Aquella tropa de fieras rodeó la casa de Paco. ¡Dios... iban á prenderle! ¿Qué sucedió entonces? Fué tan imprevisto como horrible. No perdió él la serenidad—no se recuerda que la hubiese perdido nunca. — Consiguió salir, saltando por no sé donde... ¡Y fué visto después!—¡Allí vá! Allí vá—gritaron algunos—¡Párate!

Paco Nillo volvió hacia ellos, viéndose ya en sus manos, y descargó su revólver con osadía tremenda; allí mordieron el polvo unos cuantos; huyó él, recibiendo los disparos de sus perseguidores; quiso entrar en casa de una tía suya, para guarecerse, y al pisar el escalón, cayó de espaldas, acribillado de heridas; remataronle pronto á golpes con las bayonetas, y acabó allí la historia de aquel barbero, á quien

yo levanté un altar en mi conciencia de niño.

Alejéronse los rojos; trajeron una camilla y fué puesto en ella por almas piadosas; aún pude verle allí, en la camilla, á través de cuyo lienzo negruzco goteaba la sangre; tenía los ojos medio saltados, la faz horriblemente contraída y las carnes despedazadas. Allá fué... Allá fué. Condujéronle al campo santo entre las exclamaciones de las mujeres y las lágrimas de los hombres de corazón... Cayó la tarde, llegó la noche; el cielo estaba negro; retumbaban las cornetas en un lado y en otro; batían los tambores lúgubrementemente, tocando generala, y sombrías, iracundas, en silencio que infundía pavor, reuníanse las tropas de Paco para vengar su muerte.





IV

De como Paco Nillo fué vengado

No ocurrió nada; se compone la sangre andaluza de pólvora y luz; la cólera de los hombres de allá, semeja por este motivo, fogonazo elevándose como para quemar el cielo; con igual rapidez muere y todo concluye. La prudencia de un hombre á quien nadie conocia, salvó aquella vez á Málaga de un cataclismo; hubo quien arengó á los que se reunieron presurosamente con batir de tambores y vibrar de clarines; y obtuvo tal éxito... que mojó la pólvora. Henchido el corazón de lágrimas, las bayo-

netas en sus fundas y los fusiles al brazo, cada uno de los nacionales entró en su albergue. ¿Quién fué aquel orador obscuro, desconocido, como infinidad de héroes que surgen en los grandes trastornos sociales, y se pierden apenas surgen, como la cólera andaluza? No se supo. Aún me parece verle allí, en el balcón, alumbrado con vaguedad por unas fantásticas luces que no sé de donde salieron; debió de ser gran amigo de Paco; temblábale la voz... Aunque fué poco lo que dijo, se interrumpió una vez por un sollozo; cogíase fuertemente á los hierros de la baranda como si estrechase por última vez la mano fría del cadáver. Terminó así: «En fin, hijos míos, esa no es la venganza; basta de disturbios; no seamos vampiros del pueblo, que bastante sangre tiene ya perdida. A los asesinos sólo; á esos, uno á uno y en la sombra.»

Fué una noche cruel, y la recordarán con pena los trinitarios; el fantasma de la muerte parecía flotar sobre todos los hogares; maci-

lentos los hombres, sombríos, meditabundos; las mujeres asustadas, inquietas; las madres no se atrevían á dormir á los niños con las dulces cántigas, por miedo sin duda de evocar la triste sombra del mártir. ¡Oh, dolor! Lloraban las mozuelas la muerte del capitán, recordándole con latir de corazón, como si le vieran aún desde sus ventanas cuajaditas de flores.

A otro sujeto se debió la tranquilidad de aquella larga y horrenda noche: don Ramón que ya conocéis; ofreció que no se dispararía un tiro, y vieron todos la promesa cumplida. Era mucho don Ramón aquél, pero le dió la manía de encontrar otra grandeza más grande que la suya, en un hombre chiquitín. Casimiro se llamaba el tal, en vez de llamarse casihombre. Por él trabajó, por él luchó siempre, él era el idolo; él iba al Congreso, y él lo mangoneaba todo. Más hubiera hecho don Ramón por Málaga, y más hubiera él valido, á no ver en otros condiciones que no tenían, olvidándose de las suyas propias.

Volvió á su sér todo, cuando pasó la gran marejada; amigos y enemigos parecían indiferentes. Debió, no obstante, poner colmo á la desesperación de los partidarios y deudos del difunto capitán, la muerte de su madre, que ocurrió á poco; fué herida también por los proyectiles disparados contra su hijo; pero no creo yo que muriese de tales heridas, sino de otros dolores. ¡El amor á los hijos es la aneurisma del alma de las madres!

Bien lo comprenderéis; bajo aquella quietud apacible revolviáanse las pasiones como nunca. De los hermanos de la víctima, dos hubo para la venganza; Eduardo y Pepe; el mayor y el menor. El uno con su temperamento frío, su adustez y taciturnidad, que le hizo el terror de muchas personas; imbele casi el otro, delgaducho, apacible y con su aspecto cándido. Allá aquel, aquí este, por otra parte otro, diéronse á indagar los amigos, detalle por detalle, los que concurrieron en la muerte de

Paco; fué una policia terrible y misteriosa que nadie montó; se organizó ella misma, uniéndose por el espíritu de la venganza.

Prontamente se supo; el primero que disparó sobre Paco, fué un muchachito carpintero que trabajaba dos ó tres puertas más arriba. Con esa vigorosidad con que sostiene el cerebro del niño ciertas ideas é imágenes, figurásemse ver ahora el rostro anchote y brutal, el cuerpo rechoncho, la gran boca y la mirada estúpida del carpinterillo.

Ocurrió una cosa, pasado algún tiempo, que sorprendió á todos: aquel Pepe, aquel apacible Pepe, hermano menor de Paco, había pedido un destino y se le concedió; fué desde entonces Jefe de Orden público ó de Ronda, no estoy seguro. Repitiéronse lances muy extraños seguidamente; en mitad de la noche, despertaba á lo mejor á los vecinos rumor de voces, ayes, carreras... Se asomaban á los balcones, figurándose ya lo que podia ser.—Uno menos, —solían decir.—Efectivamente; era que Eduar-

do ó el otro, tuvieron ocasión de dar caza á alguno de los asesinos. Guareciéndose en la impunidad de su cargo, los cogia, Pepe sobre todo, acechándoles como el tigre; los azotaba, los molía, hacíalos pedazos, pero sin pistola, sin bayoneta; como en la Inquisición, á golpes en el cerebro ó en el pecho; nada de heridas, ni de contusiones, á ser posible; que no hubiese responsabilidad ó que pudieran salvarla si la había.

Siguieron los gritos á la media noche, en las encrucijadas de las calles, las carreras, los golpes misteriosos; después, en mitad del día, escuchábase una detonación, corrían los hombres allá, se enteraban, y era Eduardo, que disparó sobre otro. No pudieron matar á Palomillo, aquel terrible tuerto que mandaba la compañía roja, porque le redujeron á prisión. ¿A quién obedeció Palomo, al ir sobre Paco? No pudo aclararse. Teníase sospecha *del de la capa blanca*, (2) y la sospecha no se confirmó.

¿Y el carpinterillo? Hé ahí el desesperante problema de Pepe, de aquel apacible Pepe: mientras el carpinterillo no cayera, no tocaría la venganza á su fin. Huyó aquel espantado cuando supo la determinación de los vengadores; nadie sabia su paradero; afirmando unos que estaba en Orán, juraron y perjuraron otros que marchó á la República Argentina. Lo fidedigno, lo seguro es, que no volvió á fabricar catres, ni cunas, ni á dar una mano de verde á sus obras, sentadito allí, en el escalón de su puerta.

Corrieron extraños rumores de que Pepe habia desaparecido, y como comprobación de aquellos rumores, nadie le vió en muchos días. Por aquel tiempo andaba yo muy ufano con una pistola vieja que compré en un baratillo, por dos reales; reuníame con otros chiquillos y nos íbamos á descargar la pistola, por turno, sobre las tapias de la huerta Ortega; una tarde no pareció conveniente aquel sitio á los ti-

radores, y subimos por Guadalmedina, hasta llegar á la Vireina Alta: era un encantador lugar; alegre el cielo, hermosa la campiña; próximos, unos cañaverales que nos daban sombra, y un arroyito, con música de pájaros, corriendo á nuestros piés.

Distrajonos de repente un hombre que pasó muy cerca; juro que era Pepe Nillo; sin explicarme la causa, quedé cuando le ví, paralizado de terror; andaba Pepe muy deprisa volviendo la cabeza á menudo, é introdújose al fin entre la cañas. Olvidando iba yo á Pepe y sentí de pronto algunas detonaciones; reinó después silencio lúgubre... Me parece, hoy aun, que un mismo sentimiento, indefinible, se apoderó del alma de aquellos niños, como de la mía; salimos todos corriendo hacia la población, como tímida bandada de palomas y dejamos aquella soledad inmensa y aquel arroyito, que siguió deslizándose como si llorara.

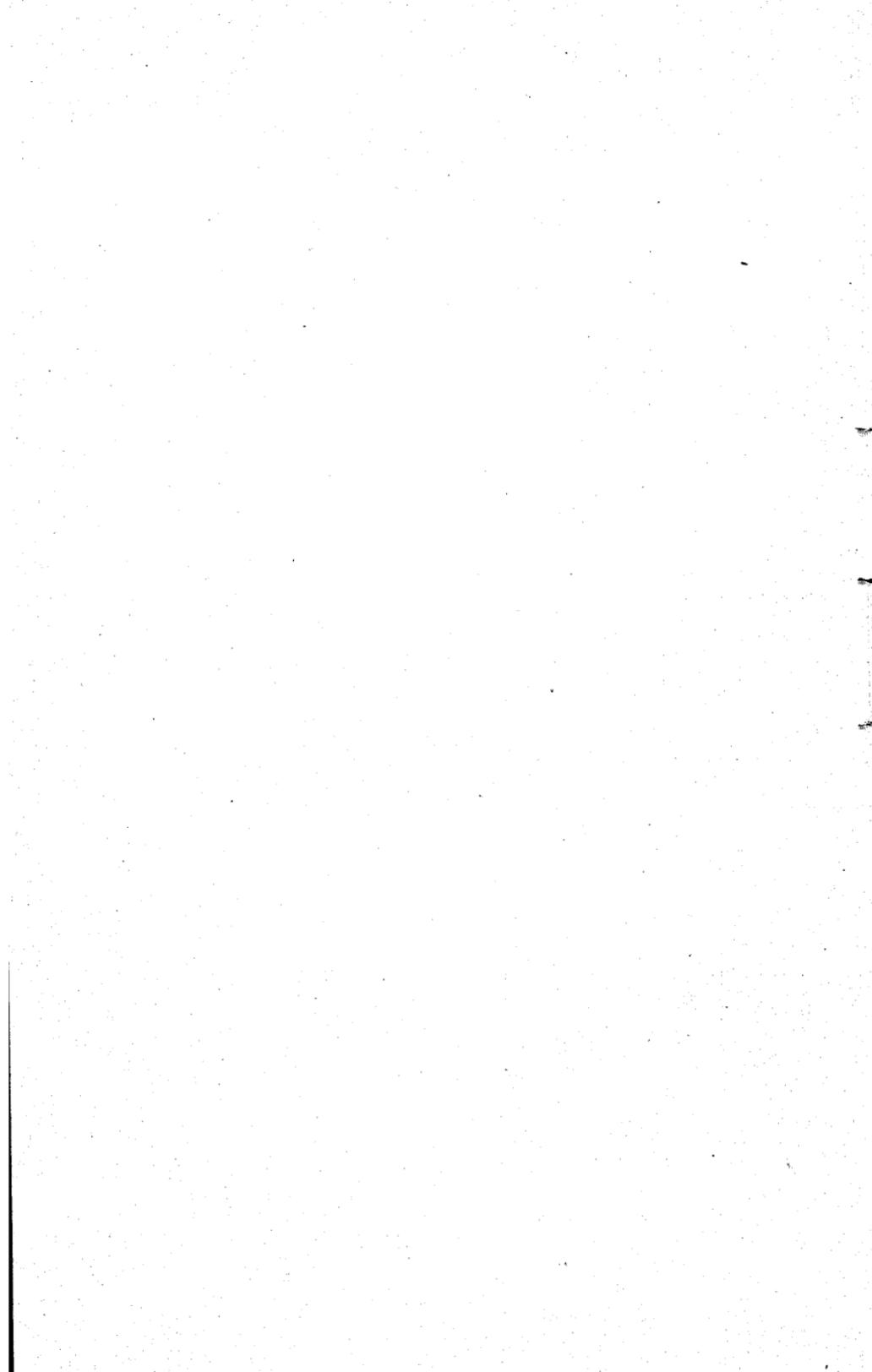
Parecíame cuando eché á correr, que el viento empezaba á preludiar no sé que tristes

salmodias, en las verdes hojas de los cañaverales.

.
Allí, entre los cañaverales, encontraron aquella misma noche el cuerpo despedazado del carpinterillo...

Pepe se marchó á América.





V

El nacional de la copla

Saliendo de la calle de los Mármoles se encuentra uno ya en el Campillo.

«Anda, que pareces una Campillera». Eso se dice en Málaga á una mujer que ha demostrado por todos los medios su exquisita superioridad en lo de soltar una fresca al lucero del alba. La Campillera es lo último del desenfado, de la osadía, del descocamiento. Allí no falta nunca un chorro de palabras que parece el desahogo de una madrona, ni una maldición, ni una bofetada para el primero que se acerque con

visos no más de pensamientos hostiles. Son unas callejuelas estrechas, hediondas, insanas, horribles. De allí sale todo lo peor que pueda salir, en el sentido de la educación solamente: es el alma lo que allí se vicia, no es el cuerpo; allí hay mujeres buenas, allí hay mujeres honradas; pero una honradez salvaje y tremebunda; allí está la virgen que no tiene noción del pecado, y jura, no obstante, y blasfema como un carretero. El vicio es para ellas una nota vaga que zumba en sus oídos constantemente. Sin educación, como dije, ellas hacen lo que ven y dicen lo que oyen: por eso encontraréis infinito número de mujeres con rostro de virgen, que son vírgenes verdaderamente; pero en oyéndolas hablar se siente repugnancia, porque sus frescos labios que todavía no se quemaron con una caricia, son torrente horrible de todo el monumento de vileza que puede la palabra levantar. Poco ó ningún contingente de mujeres dá el Campillo para modistas: son faeneras ó algodoneras. Las modistas generalmente viven

allá, por el barrio de la Victoria, el barrio célebre de quiero y no puedo. No digo con eso que en los demás barrios no haya modistas.

Costeando el Campillo, dí en la Calzada. Iba muy despacio y era ya de noche cuando llegué. Allí me detuve recordando mil escenas de mi niñez. Las luces de los reverberos iluminaban débilmente aquel lugar espacioso y accidentado. Hallábame cerca de la fuente, allí, junto al patio del convento llamado *de la Trinidad*. No había en la fuente nadie y el agua caía de los caños en grandes chorros, que al dar en la pila arrancaban mundos de estrellas, levantando á la vez un fino encaje de espuma. Siguiendo un poco más estaba la puerta del cuartel. Inspiraban ideas estrañas y de mucho contraste aquellos dos portales sombríos y como hundiéndose en el misterio atrayente de las penumbras. Los dos portales inmensos, los dos juntos, los dos solitarios, y, no obstante su igualdad monótona, conduciendo el uno hasta el lugar mismo donde la reclusa, entrégase á

sus pragmáticas religiosas, y el otro portalón á los hombres aguerridos que vierten su sangre á torrentes é incendian y destruyen y ponen á su paso alfombras de luto por los senderos que atraviesan. Hallábase todo triste, sombrío. Allá, en el fondo de la cuesta, perdiase á un lado entre la oscuridad, el callejón de Soler, y al otro la calleja que sale al Campillo. En el silencio de la noche, como nota lánguida para acusar la vida solamente, oíanse, haciendo duo con el agua, el prolongado y quejumbroso alerza del centinela y el toque triste de la campana del convento.

El cuartel de la Trinidad tiene horrendas memorias para mí; mientras los cañones retumbaban de cuando en cuando en medio de la noche, produciendo calofríos de muerte á los habitantes de la triste ciudad vencida lloraba yo en silencio, sentado en una piedra, junto al portalón del cuartel. Voy á contar los azares de aquel doloroso día.

Habíanse extendido ciertos rumores de que

llegaba sobre la ciudad un ejército enviado por el Gobierno para desarmar á los batallones milicianos por la fuerza, si de buen grado no soltaban las armas. Era á últimos de Diciembre. Hacía una noche bastante fresca y con amenaza de ser desagradable. La ciudad parecía dormida. Los voluntarios descansaban, sin duda, metidos en sus lechos ó al calor deleitoso de sus hogares, arrinconado el fusil adoradísimo y colgados los marciales arreos de guerra, que hacían de cada casa un cuartel microscópico. Reinaba un viento fuerte de levante que parecía mojado, como si brotara de la gran boca del monstruo Neptuno. Estaban las calles desiertas. Escuchábase de vez en cuando el ruido de pisadas y taconeos, como de persona que lleva prisa y la voz gangosa de alguna vieja vendiendo «La Igualdad» con el discurso de Fulano y Mengano. Empezaron á caer gruesos goterones, que al empuje del viento golpeaban las puertas y cristales, como llamando impacientes á los soñolientos vecinos, y, aguda

prolongada, oíase á menudo la voz de un ciego, que, apoyándose en su baston y guiado por un perrillo, pregonaba plañideramente:

—¡Mistos buenos y baratos! ¿Quién quiere baules?

Me quedé dormido y recuerdo que me despertó un jaleo extraordinario. Llamé y hallábame solo. Tuve miedo y llamé con toda mi fuerza. Acudió mi madre. Me ayudó á vestir, y me llevó al balcón. Allí encontré á mis hermanas y á mi padre. Era de noche aún. No llovía ya, y el viento cesó igualmente que la lluvia. Los reverberes estaban apagados. A las escasas luces de unos farolillos pude distinguir las siluetas de unos fantásticos personajes que iban y venían con rapidez vertiginosa... todo esto, acompañado del rumor de pisadas, de voces contenidas, de chocar de picos, de caer de piedras, de crujimiento de rodajes, de redobles de tambores, de agudas notas de cornetines; y por un lado, por otro, cerca, lejos, en toda dirección, cruzamientos de patrullas de milicianos con

arma en ristre y bayoneta calada. La ciudad que se durmió sonriente, despertábase huraña é iracunda y con unos instintos belicosos que infundían pánico. Cuando empezó á clarear presentóse á nuestros ojos el cuadro siguiente: toda la calle había sido desempedrada. Arrancaron también las losas de las aceras. Pedruscos y losas bien unidos formaban tres enormes muros, como de dos metros de elevación que obstruían respectivamente las tres bocacalles que desde el balcón se contemplaban, y reforzaban estos muros, enormes sacos rellenos de tierra. Unos treinta hombres, viejos, mozos, de clases elevadas y de la inferior, reliados en capas unos, en recios abrigos otros; éstos echados sobre los costales para descansar de la fatiga, aquellos sentados en los escalones de las puertas, armados todos de escopetas, carabinas, sables, palos, y cuchillos; sobre la barricada y sujeta por unos cuantos adoquines, un asta, ó mastil, del cual pendía la bandera republicana, con este rótulo en letras de luto: «Pena de muerte al ladrón»

Junto á la bandera, grave, serio, inmóvil, haciendo la guardia un miliciano: le recordaré mientras viva. Tenia ojos grandes, patillas negras, ancha la cara y era un poco zambo. Sin que se moviese un solo músculo de su cara anchita y fresca, sin que ardiese una mirada viva en aquellos ojos, sin hacer un solo movimiento, allí permanecía una hora y otra, con su fusil afianzado y echando al aire continuamente esta tonadilla:

Sale de la alcoba

coloradita, como la amapola

Era incesante aquel canturrear; concluía el último renglón de la copla para empalmarlo otra vez con el primero, y así no terminaba nunca, haciéndose igual, con una cadencia rara, monótona, lúgubre, que nos resultaba ya á todos terrible y fascinadora, como presagio funesto de sombrías hecatombes. A la derecha del miliciano de la copla, sentados en el suelo, de espaldas á la pared, con las armas al alcance, algunos compañeros suyos, de aspecto hu-



M. MARTINEZ BARRIONUEVO

milde, desayunábanse con la vianda que les llevaron sus respectivas mujeres, sentadas ahora junto á sus maridos, mirádoles con amor, apretando á la vez á los tiernos mamonos sobre el regazo, vertiendo lágrimas que secaban disimuladamente con los picos de sus delanteras... Y el de la copla siempre inmóvil, sério, adusto, como una estatua, y con su tohadilla sobre la mujer que salía del sitio mencionado colorada como ya sabéis.

— 200 —

V

Militares y paisanos

Habia por toda la ciudad una expectación terrible y una baraúnda que esta es la hora en que no hubiera podido tener remate si no es por la sabia determinación de un Gobierno liberal y cristiano, previsor y bondadoso. Gritaban los nacionales á voz en cuello, lamentando á la vez no se que abandono en que otros les habian dejado. ¿Qué se intentaba, en resumen? Desarmar al pueblo durante algunos dias solamente, para proceder á la reorganización de la milicia, prueba de que el Gobierno tenia muy

buen sentido y era muy mujer de su casa, no queriendo, con justa razón, que todo anduviera manga por hombro: pero dijeron los milicianos que *nones*; que la compostura de la milicia, muy *requetebien*, podría hacerse sin desarme ni música celestial. El Gobierno respondió que *pares*, y aquí tenemos por donde se armó una de gritos y de levantar barricadas que tembló el consistorio. ¡Como se revolvan furiosos ante la idea de que iban á ser desarmados!

Estaba la ciudad en pié de guerra, y jamás se ha visto animación como la de aquellos días en Málaga. Fué declarada la ciudad en estado de sitio, y, á las excitaciones amigables del gobernador militar para que no pusiesen resistencia á un general que venia de las alturas al mando de muchos miles de hombres, contestaban los nacionales reforzando sus barricadas con una tranquilidad que daba gusto, poniendo carros, muebles, colchones, sacos de tierra y otros útiles no menos importantes, como no se podrá negar cuando se diga que eran cañones

de diferentes sistemas y gran calibre. En esto de la réplica contraria al gobernador hago mención honrosa, aunque algunos dicen que se deshonró, de alguna, mejor dicho, de gran parte del pueblo armado, con sus jefes á la cabeza, que quedó neutral en evitación de aumento de víctimas, retirándose á tal ó cual parte de la ciudad y á las afueras igualmente, esperando allí á que los miles de los miles hicieran pedacitos á sus pobres hermanos que, con razón ó sin ella, habian hecho de la retención de la armas, asunto de amor propio y de patriotismo.

Los republicanos de las barricadas yacian como sumidos en un pozo, y cuantos más esfuerzos intentaron hacer, con pies y manos y cabeza, para salir, más á lo hondo iban, sin salvación posible. Y no digo yo esto para zaherirles, no: tenían para mí relevantes méritos y eran dignos de loa; porque, á más de ser honrados padres de familias en su mayor parte, guiábalos á la lucha, en aquella ocasión, una fe ciega más ó menos razonada, disponiéndose á

morir con noble lealtad, como después lo probaron. Era que no estuvieron nunca con tales tribulaciones; que unos mandaban por aquí y por allí otros, sin que lograran entenderse, y puede decirse que obraron á última hora por intuición y con ayuda decidida de algunos entendidos, menos mirados que los otros, que se retiraban llamándose de orden.

Sucedía así que, mientras el gran general, con los miles de miles, llegaba ó no llegaba, volvióse todo andaduras, recados, dimes y diretes, quitate tú para que yo me ponga, y horrenda gritería, que por fortuna, no pasó de ciertos límites; y, en esencia todos estaban dispuestos á sacrificarse los unos por los otros, que para eso y para más grandes cosas tenían y tienen corazón los hombres de Málaga, pese á quien lo contrario diga. Las tropas de guarnición salían, entretanto, y entraban igualmente en sus alojamientos, cuando y como lo tenían en gusto, y los dejaban discurrir por las calles con una generosidad que

tenia mucho de estúpida. Los abrazaban los soldados para fraternizar con ellos, y con otro fin no menos glorioso que conoceréis más adelante. Estos fueron los preludios de aquella batalla en poblado; de aquella lucha frenética que llenó de asombro y de incertidumbre algunas veces al gran general; de aquel tremendo combate que, como el legendario de otras épocas, tuvo su Guadalete en Guadalmedina, muchos don Rodrigos en sus no caudalosas aguas, pero si lejanas llanuras polvorientas y circunvaladas de montes, teniendo, en fin, para que nada faltase, algún don Oppas que no era arzobispo.

Vivíamos en la calle del Tiro: allí estábamos; En un trayecto de treinta pasos teníamos tres barricadas. Yo me escurria cautelosamente, sin que mi padre me viera, y me asomaba al balcón, quedando sorprendido y como en éxtasis deleitoso de aquél cuadro interesantísimo para mí, de piedras amontonadas, de hombres risueños ó sombríos, de fusiles, de sables, de ba-

yonetas, aquella confusión extravagante de risas, de tocatas extruendosas, de gritos, de redoble de tambores... y el centinela siempre, de pié sobre la barricada, impasible, frío, imponente, con su fusil al brazo y su cancioncilla en la boca, triste, lúgubre, invariable como una sentencia, como una plegaria, como una maldición, como un anatema tremebundo y extraño que se lanzaba á no sé quién, saliendo inconscientemente del corazón de hierro de aquél autómeta, como salía la mujer de su canción del lugar que ya dije coloradita como la amapola. Por una especie de fatalismo cuyo misterio no me expliqué, siempre que tuve oportunidad de asomarme al balcon habiale tocado de guardia al de la copla, y siempre le vi inmóvil sobre la barricada y cantando.



VI

Las barricadas

Así transcurrieron tres días y llegó el 1.º de enero. La tarde anterior hubo ya ciertas escaramuzas entre los milicianos y un imprudente oficial del cuartel de Capuchinos, quedando éste por su osadía, acribillado de balas y muerto en mitad de la calle. Dicen que aquello fué un asesinato: yo lo digo también. Quién la haga que la pague. Hombres de la milicia lo hicieron...

Fué mi entusiasmo tal en vista de aquellas cosas completamente nuevas, cuya importancia

para la historia y cuyo desenlace funestísimo yo no podía comprender, que me escurri la mañana del 1.º de enero y me salí de mi casa sin que me viesen, dando á la familia el disgusto que podeis suponer. Recorri algunas calles con las manos atrás, el babero cayéndoseme, descubierta la cabeza y con una boca de á cuarta del pasmo y la admiración que me producía todo aquello. Discurri una idea ingeniosa para que me dejasen pasar por los portillos de las barricadas, diciendo á todo aquel que me impidió el paso, que iba en busca de mi papá. Esto me salía perfectamente por mi desdicha, y recorri así muchas calles de los alrededores, hallando por doquier grandes aprestos de guerra y hombres decididos á morir, de todo lo cual me hago cargo hoy estremeciéndome de horror, que entonces no sentia. Andaba yo á vueltas dentro de mi con el pensamiento de que íbamos á estar siempre de igual modo, allí, con las barricadas, dale que dale, uno y otro día, sin que viese yo como era la guerra de verdad,

que era lo que me traía asaz cuidadoso y lleno de curiosas incertidumbres; cómo se dispararían los tiros, cómo correría la sangre, cómo se morirían los soldados *de tropa* y los soldados *de nacionales*, cuándo llegaría aquél general de los miles de miles, y haciame en mi imaginación deliciosos cuadros de todo lo que yo esperaba que sucediese, que me hacían retozar de gusto. ¡No sé que elucubraciones son á veces las del pensamiento de los niños! Con todo eso que yo pensaba de guerras, de sangre, de heridos y de mortandad, no llegó á invadirme una sola vez la inquietud de lo malo que aquello era. No: yo pensé en todo aquello sin acordarme y sin reflexionar un solo punto en lo fatal y lo triste, que me pudiera conmover y pudiera llenarme de terrores, no: yo pensaba en cosas muy bonitas, en algo así como fastuosas decoraciones de teatros, brillantísimas, donde hay muertos que después no lo son, hogueras que no achicharran y combates de mentirijillas. Lo cierto de todo es que yo ansiaba el comienzo

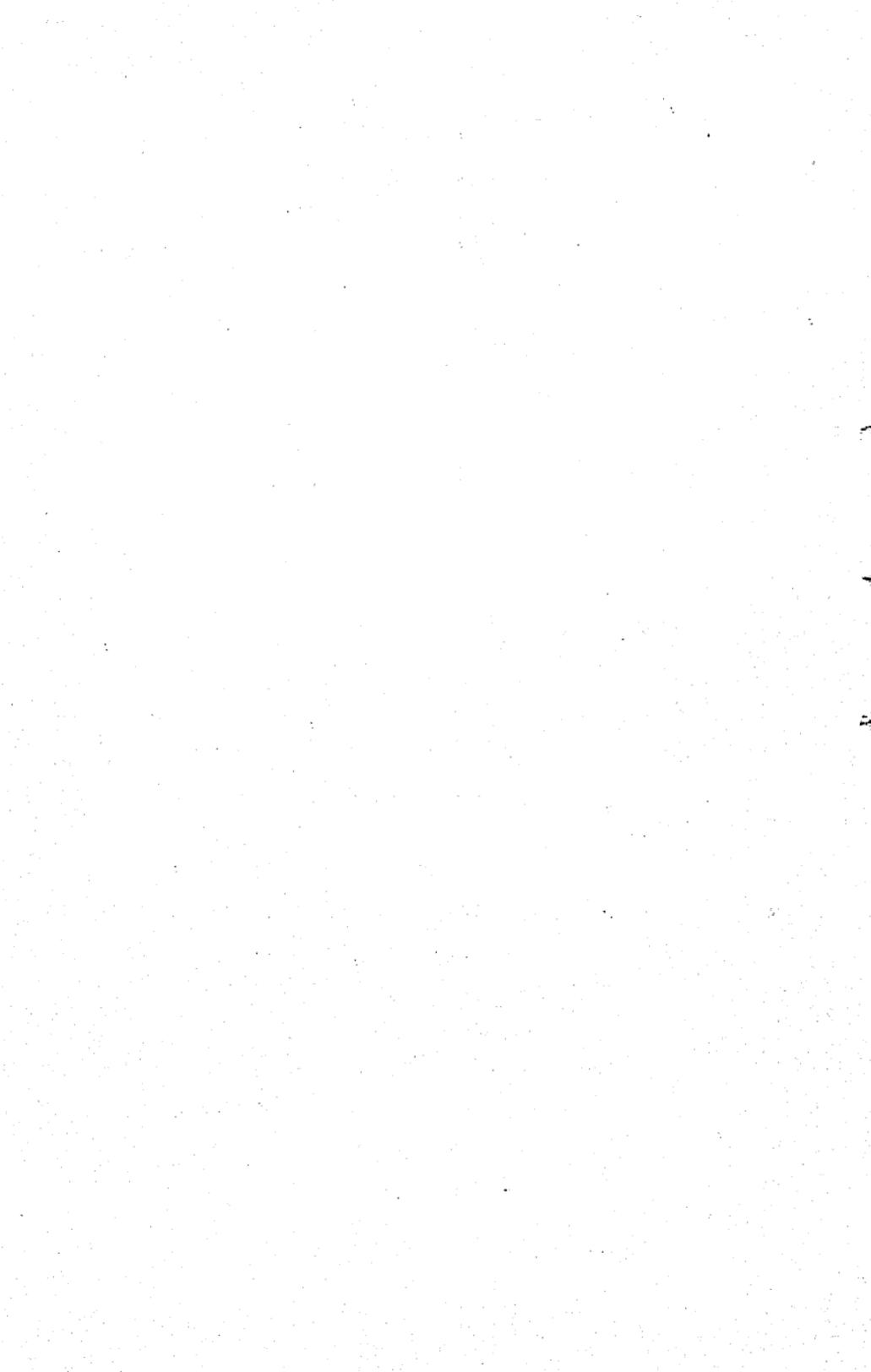
de la lucha, como si la salvación de mi vida eterna consistiese en el primer tiro disparado.

Así estuve en las barricadas de la calle de los Mármoles, de la Trinidad, de la Jara, del Tiro y otras muchas, cuyo aspecto no recordaré nunca sin que me acometa irremediablemente un frío glacial que me paraliza la sangre y me da dolor en los huesos. Pasó algún tiempo y, conforme iba yo avanzando por aquellas calles, tan desemejadas de como las vi siempre, iba oyéndose menos vocerío y los rostros parecían más serios. En el paredón de Guadalupe, de la Acera, abrieron grandes brechas, por donde entraban las bocas de los cañones mirando al pasillo de la Carcel. Fui por el pasillo de Santo Domingo y el silencio era allí imponente. Inquietábame aquello y me ponía de mal humor. Yo amaba la alegría y el bullicio á que me acostumbré en los días anteriores de las barricadas. Las barricadas habían sido para mí una fiesta hasta entonces, y en aquel punto las encontré ya cierto olor á responso.

Avancé todavía recelosamente, y llegué hasta la embocadura de la calle de Santa Rosa. Allí me detuve porque mis piernas se negaban á sostenerme; los rostros de los hombres parecían de muertos. Me acordé en aquel punto de una vecina, que murió noches antes ; Tenían los hombres de aquellas barricadas el color y el aspecto de la vecina muerta!

—¿A donde vas niño? me preguntó uno. Quedé aterrado y sin habla: me pareció que la vecina muerta se alzaba de su tumba para tirarme de los pelos. Sentí en la garganta un nudo horrible, y, al girar inconscientemente mi vista en derredor y encontrarme sin mis padres y sin mis hermanos, tuve por vez primera en mi vida noción de lo que la muerta pudiera ser. Hice un esfuerzo grandioso, preparándome para dar la consabida contestación, pero no pude.





VII

La proclama del cura Romero

Era el barrio de la Trinidad, según había confesado el brigadier gobernador, el más rebelde de todos. Presentaba un aspecto formidable. Había paisanos en los balcones, en las barricadas, patrullando á la vez por todo el barrio, Allí no hubo temerosos ni de orden; allí estaban dispuestos á morir, y les hervía la sangre de placer porque iban á pelear, y de impaciencia porque las tropas les acometiesen. ¡Y no sabían sin embargo, por lo que iban á pelear y por lo que iban á morir! ¡Ah, locos! No estaban que-

dos los miles de miles, pues el gran general, desde su punto de observación, les hacia machacar de lo lindo. ¡Héroes nobles de los que guarda el pueblo malacitano dulces memorias imperecederas!

¡Limitándome á este barrio solamente, puedo decir que, durante todo el día sostuvieron tropa y paisanos un fuego horroroso, y era de notar que entre las fuerzas milicianas no ascenderian á trescientos para hacer frente á las gruesas columnas que se les echaban encima. Los heroicos hijos del pueblo, tachados de ladrones, morian peleando con bravura asombrosa, sin temor á la artilleria del Gobierno, que lanzaba sus disparos con horrible precisión sobre las casas, haciendo caer los tejados, las techumbres y aplastando á los infelices vecinos. No aflojaba la pelea, porque si bien eran los milicianos pocos, revolviase en ellos la desesperación, y las organizadas tropas combatian en un principio con frialdad por una causa que no les era repulsiva y en contra á la vez de sus amigos, de sus

mismos hermanos, de sus padres... Pero, apa-
leados por los superiores, en esta humillación
arremetían como fieras rabiosas: no pudiendo
saciar sus iras en los que pelearon lealmente al
pié de las barricadas y cuerpo á cuerpo, entra-
ban á saco en las habitaciones de inofensivos
seres, en calles solitarias donde no habia volun-
tarios que las defendieran. En cierta posada
de una de dichas calles fueron muertos á bayo-
netazos once infelices, entre arrieros, trajinan-
tes y mozos de cuadra. Un pobre joven, soldado
que peleó en Alcolea y hacia poco llegó al hogar
paterno, fué fusilado á la vista de su madre.
Fuera prolijo y terrible seguir la historia san-
grienta de aquel día y en aquel barrio sola-
mente. Los hogares hechos pedazos, las mujeres
burladas, sustraídas las alhajas y dinero en con-
sideración... El Gobierno recibía entretanto, de
minuto en minuto, telegramas grandemente
satisfactorios del brigadier gobernador — del jefe-
civil, del gran general de los miles de miles y
del pomposo comandante general de las fuerzas

navales del Mediterráneo. Todos los telegramas afirmaban lo mismo. En cualquiera que se leyese decía con poca variación: «Hicimos esto y lo otro y salió perfectamente.» «En virtud de mis acertadas disposiciones, he resuelto tal conflicto.» «Por una salida que acabo de hacer, con fuerza de los cuerpos de más arriba ó de más abajo, he hecho crisis en el combate.» Y todos los telegramas, todos imprescindiblemente, con esta nota celeberrima que no ha querido el pueblo malacitano grabar aun con letras de oro, en lápidas y medallones conmemorativos: «Las tropas rayan á gran altura.»

A todo ésto, y no siendo bastante los cañones del castillo, para apagar los fuegos de los voluntarios, la fragata *Zaragoza*, preparábase á entrar en fuego también. Se procuró extender la noticia entre los milicianos, y, lo que creían motivo de pavor en ellos, fué nueva causa de indignación y bravura. Entretanto, detuvieron fuerzas milicianas al ayudante de uno de sus batallones y á un vocal del comité republicano.

Los dos huían en un buque que ya levaba anclas, y, según opino por documentos que leí más tarde, fueron estos dos nobles patricios los que más excitaron en los clubs á la defensa de las armas al inocente pueblo, que todo lo vé bajo el luminoso prisma de la buena fe y esperanza.

Al ruido de los cañones recorrían bandas de músicas las calles, tocando himnos patrióticos que dieron entusiasta empuje á los voluntarios. Recorríalas á la par otro hombre, con sorpresa de todos, por estar revestido de carácter sagrado, y hacía hervir la sangre con su buen talento, locución ardorosa y algunas proclamas como esta:

»Milicianos:

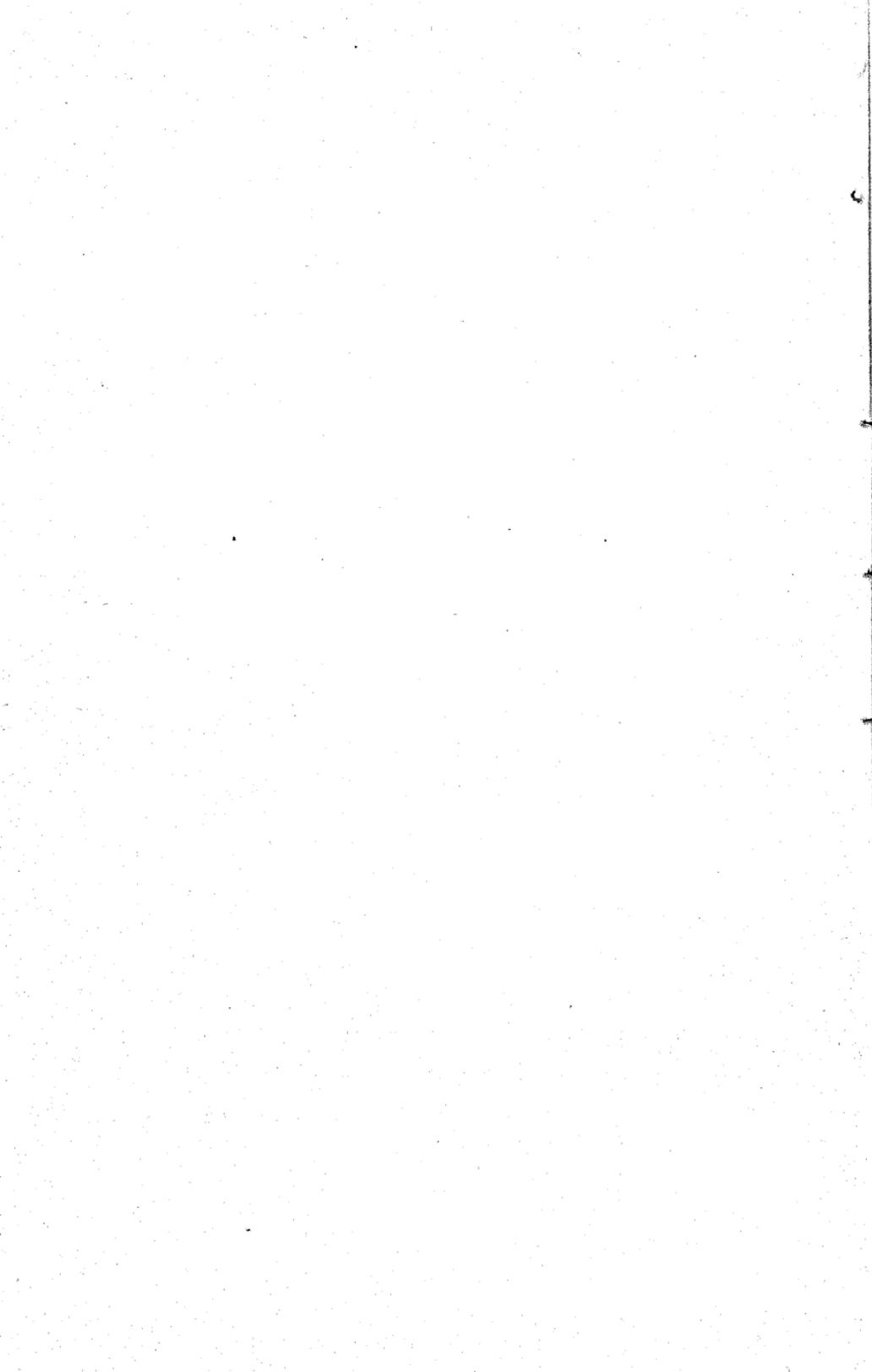
»Vivir sin honra, es la vida de la afrenta: morir con gloria es la muerte de los héroes. ¿Hemos puesto en armas una ciudad que siempre fué la primera en el peligro de las libertades para retirarnos en derrota sin mostrar, por

lo menos, que hay valor en nuestros corazones? ¿Dónde está la grandeza, de nuestras almas? Si jefes traidores ó tímidos y cobardes abandonan la causa sagrada del pueblo; si ellos nunca han tenido conciencia de los derechos que proclamaban y solo decían ser republicanos por medrar con la patria, á nosotros nos toca decir á España entera que pelemos por nuestro honor, por nuestra libertad y por la justicia.

«Milicianos: decidisteis ayer morir en vuestros puestos primero que salir deshonrados. ¡A las armas! ¡Morir hoy es morir con los mártires de Cádiz!—¡Vengad la afrenta que sufren en sus prisiones y en el destierro los defensores de la moderna Sagunto! ¡A las armas! ¡Viva la República! —Málaga 31 de Diciembre de 1868.
—*Enrique Romero.*

Esta proclama inoportuna no dió poco resultado, notándose aumento de personal en las barricadas para su defensa. Como un detalle característico de la actitud de aquellos hombres que pelearon en las calles bajo el epíteto de

chusma ratera y revoltosa, quiero contar un hecho que basta para cubrirlos de honor. Acércase á su capitán, un miliciano, peón caminero, suplicándole algunas monedas para pan, pues no había comido en muchas horas, como les sucedió también á otros. Hondamente conmovido el capitán, estrechó la mano del infeliz y se atendió á su socorro. Constatábase al jefe que estuvo aquel hombre de guardia mucho tiempo en una habitación abandonada, cuya despensa hallábase bien provista. A seguir en estos detalles, habria para largo y se contarían hechos que al más empedernido corazón arrancarían lágrimas. Hé aquí uno: al pié del cañón—en una de las barricadas donde más estragos hicieron despues las tropas—había una mujer fusil al brazo, inmóvil, seria, haciendo la guardia. Otra con el fusil terciado también paseábase lentamente con tranquilidad que imponía miedo. Hallábanse las dos reemplazando á sus maridos, que descansaban sobre unos costales al pié de la barricada.



VII

Guerra sin cuartel

Los miles de miles habían rodeado, mientras, la ciudad, y, á la vez que los escampavias y buques hacían fuego, entraban en grandes columnas por los sitios más asequibles. Las tropas de guarnición que confraternizaron con la milicia y discurrieron por las calles con el objeto de inspeccionar sus medios de defensa, salieron también de los cuarteles, reinando entonces una confusión verdaderamente horrible. Era la milicia acribillada por la espalda y por el frente y revolviase furiosa. A las doce estaba

el combate generalizado en toda la población. En algunas barricadas hubo espantosa carnicería. Avanzó por el pasillo una columna de más de 300 hombres. La barricada disparó un cañonazo que les causó monstruosa baja; las tropas huyeron. Como la columna entraba en apretado pelotón, tumbó la metralla más de una compañía. Retiróse la tropa, y el cañón fué cargado nuevamente. Aquello no fué ya lucha, sino tremendo bacanal de sangre. Otro tanto sucedió en el puente de hierro: viéndose allí molestados con los proyectiles del vapor *Alerta*, un desconocido se arrimó con la mecha encendida al cañón que en el puente tenían los milicianos, observó un instante, arrimó fuego y salió la bala, que hizo estragos y averías en el buque hasta el punto de dejarle fuera de combate. En Puerta del Mar tenía la lucha igual aspecto: el cura de la proclama, armado de fusil, hacía bajas numerosas. Cruzábanse los tiros de los cañones y los fusiles, y parecía aquello volcan de llamas y plomo. Cesando

después las detonaciones, comenzó el ataque á la bayoneta, los que no arrojaban bayoneta y fusil, para hacerse mutuamente pedazos más á su sabor con dientes y uñas.

Quiero concluir este episodio volviendo otra vez al nacional de la copla. Allí permanecía aún, en la barricada que caía bajo nuestros balcones casi. Asomé la cabeza timidamente alguna vez, y á las cuatro de la tarde recuerdo que aquel lugar era una poderosa locura de exterminio: peleaban los milicianos desesperadamente. Los hombres, al igual, que los costales yacían tumbados en tierra. Menudeaban los cañonazos. Los proyectiles de la tropa estrellábanse en los pedruscos de la barricada, haciendo saltar un diluvio de afiladas piedrecillas que herían con más precisión aún que las bayonetas. La tropa había subido á las casas avanzando como por la calle, para lo que se dieron los zapadores buena maña en derribar tabiques, y desde los balcones y ventanas hacían fuego á los de abajo. Hallábase ya la ba-

rricada medio deshecha. Había gran número de nacionales, y centuplicado de tropa. Era un combate monstruoso; los republicanos embestían saltando como tigres sobre la tropa, que se replegaba y volvía á la carga luego. Hacíanse pedazos sin tregua ni comparación. No era aquella la causa de la República ni del Gobierno: era la del amor propio; leopardos destrozándose los pulmones á garfadas. Escuchábase algo muy parecido al estruendo de gran ferrería, esa balunda espantosa que impone y ensordece. Tronaban los fusiles, tronaba el cañon, caían las techumbres, los tabiques. Allá, detrás de los cañones, chispeaban las herraduras de la caballería, en el desigual empedrado; percibiase entre el gran estruendo, como puñal que hiende la carne, el sonsonete de bocados, de espuelas, de sables, de anillas, del piñoneo del gatillo al ser amartillado, el retintín, además, férreo sostenido, agudo, que producian la faca y la bayoneta en pugilato horrendo; la maldición, el rugido, el vibrar de los corneti-

nes, el costalazo del que cae, el aullido salvaje del que vence... y dentro también de todo eso, como coronación, como remate, como cruz, como algo fatidico y sobrenatural que lo completaba y lo entenebrecia, el eco alguna vez del cantar del miliciano de la copla, aquella copla eterna que llegó á inspirarme mucho más horror que todos los horrores juntos de aquel día.

¿Que pasó en aquel segundo? El cuadro que he descrito, aumentado con el que voy á contar, lo recuerdo como si lo viera. El nacional de la copla estaba allí como siempre; parecia una estatua de bronce, movida mecánicamente para cargar solo su fusil y disparar y para entonar incesantemente aquel cantar que helaba los huesos:

Sale de lá alcoba

coloradita, como la amapola

Por la misma bocacalle tomada por los milicianos asoma en aquel punto un viejecillo pálido, tembloroso, la cabeza descubierta, los es-

casos cabellos en desorden, los ojos desencajados, y oprimiendo convulsivamente con sus dedos huesosos la culata y el cañon del fusil. Como era paisano, creyeronle todos uno de tantos nacionales, y llegó sin ser molestado hasta los mismos que defendian la barricada.

—¡Jaime! ¡Jaime! - gritó el viejo, fatídicamente. Y se echó el fusil á la cara.

—¡Jaime!—gritó de nuevo, apuntando á la cabeza del nacional de la copla.

Volvió la cabeza el miliciano y se encontró con la cara y la boca del fusil del viejecillo. Le miró impassible y siguió cantando. Disparó el viejo, y cayó el nacional sin vida, espirando en sus labios el primer verso del cantar fatídico,

Sale de la alcoba...

Retumbó el cañon en aquel instante. La metralla destrozó al viejecillo. Su cuerpo, mutilado, cayó junto al hombre de la copla á quien mató. Otro cañonazo acabó de tirar la barricada por tierra. Una gigantesca losa aplas-

tó los dos cuerpos, acabando así aquella misteriosa tragedia íntima dentro de aquella otra gran tragedia social. ¡Hace ya veintidos años! ¡Yo tenía nueve! Son memorias de niño que no se olvidan nunca. Veinte años después, el viejo y el nacional de la copla me inspiraron los tipos de don José y de Jaime, el novio de Estrella, para el modesto libro que corre por ahí titulado *La Quintañones*.



VIII

¡Catástrofes!

Ante los ojos de mi alma van desfilando unas figuras solemnes : podría contar su número, podría decir cómo eran sus vestidos, como sus facciones, como la expresión y el habla de cada una y hasta lo que hablaron y lo que hicieron aquella tarde: abra los ojos ó los cierre, las veo surgir de unos torbellinos de humo, cuyas espirales las rodean como sudarios blancos.

Las tres barricadas habían sido desechas por los cañonazos de Caballero de Rodas; tirados en las grandes piedras había cadáveres de

soldados y milicianos; aquí un fusil roto, allí una cureña despedazada... El sol subía lentamente por la pared como fimbria de oro de una virgen, alzándose para no rozar el suelo ensangrentado.

Serian las cinco de la tarde: todos aquellos sitios estaban ya en poder de las tropas; oíanse á lo lejos algunas descargas, algún disparo suelto y de minuto en minuto, la voz formidable del cañón que helaban nuestros corazones; conocíase desde luego, que en algún otro sitio de la ciudad, y aun en el barrio mismo, los soldados del gobierno tenían aun tela cortada; el combate estaba en su mayor fuerza.

Durante todo el día mi casa fué blanco de los tiros disparados contra los tres reductos; recuerdo perfectamente aquel silvido especial de los proyectiles al pasar junto á nuestras cabezas, y aquel otro más especial y tétrico, del tabique ó el tejado que se derrumba; las continuas alternativas del combate en cada una de las tres barricadas, reflejábese al mismo tiempo en

nosotros; se combatió allí mucho, pelearon como fieras; los nacionales retrocedieron muchas veces á la furiosa y ordenada acometida de los soldados, pero volvian de nuevo con más ímpetu, haciendo retroceder á los otros; á cada una de estas oscilaciones del combate, metíanse en la casa como lobos, los nacionales ó los soldados; teníamos que sufrir sus iras, sus despechos, sus desesperaciones; echaban abajo los tabiques para huir, despedazaban á culatazos las alacenas para buscar comida y á lo mejor reían á carcajadas ó entonaban coplas como en cualquier alegre fiesta de lugar. No se que impresiones estrañísimas siento aún en mi corazón recordando tales escenas; una vez, un soldado, jadeante, con el ros inclinado hacia los ojos, la carrillera por la barba, el capote roto, sucio, las puntas del faldón sujetas con botones á las caderas, el fusil afianzado y la bayoneta calada, vínose para mí como una furia; vi la punta de la bayoneta á una pulgada de mi pecho, di un grito de espanto y cerré los ojos; mi madre se

avalanzó al soldado, como una leona, y le arrancó el fusil. ¡No puede darse otro ejemplo tan misterioso del poder que presta á un padre el amor á los hijos!

¿Qué rápida transición fué la de aquel hombre? Se vino á mi desarmado ya; mi madre lo dejó; yo no temblé; cojióme la barba con sus ásperos dedos y dijo echándose á reir:

—De buena te has librado, chiquillo... Patrona, añadió; ¿hay una poca de agua para mi?

Mi madre le dió el fusil, y le dió agua... (No quiso vino.)

Bebió el soldado. Ea — exclamó riendo; no fué nada. Se inclinó, me besó, y añadió con risa mas violenta—¡Ojalá que tu padre te pueda librar de quintas!

Mi madre estrechó su mano; el hombre se conmovió profundamente y murmuró con esfuerzo:

—¡Ahora, al deber... Adios, patrona!

Estábamos al pié de la escalera, se alejó el soldado, atravesó el portal, llegó á la puerta de

la calle y al volver el rostro para vernos por última vez, lanzó un ¡ay! y cayó de espaldas... ¡Estaba muerto! Una bala habíale atravesado las sienes. Mi madre se echó á llorar y cayó de rodillas. Yo escondí mi cabeza en su falda.

Después, mucho después, trascurridos muchos años, al quedarme solo en mi habitación, antes de dormirme, y aun dormido, creí muchas veces oír que la puerta de mi alcoba se abría, creí escuchar pisadas lentas y que venía hasta mí acompasadamente el soldado muerto, con sus sienes agujereadas; oí en las baldosas el golpe de su fusil y el crujido de la silla, donde se sentaba. Mirábale yo con estupor profundo, pero sin miedo; permanecía un instante silencioso, bebía luego un vaso de agua, levantábase, sentía yo en mi barba el roce de sus fríos dedos de muerto, y después, nada, ¡Silencio! ¡Soledad! ¡Tinieblas!... El soldado había desaparecido con su fusil, con su mochila, y con los agujeros de sus sienes.

¿Cómo es posible con esas impresiones, que al escribir ahora estas líneas, olvide un solo detalle de aquellos días de prueba? Del sinnúmero de hechos que allí se desarrollaron, conté uno solamente; el del soldado muerto; por lo demás, á cada minuto y en cada sitio de aquella casa desarrollábanse escenas parecidas. Ved otra:

El proyectil que traspasó las sienas del soldado fué de las descargas de los nacionales, que acometieron nuevamente á las fuerzas del gobierno; por algunos instantes pareció que los milicianos iban á recuperar otra vez sus posiciones; avanzaban como locos, con las formidables arengas del *sargentillo*, (5) desencajados, lívidos, ciegos; ni aun mucho despues, siendo ya hombre, pude explicarme que llegara á tal extremo la pasión de aquellos desgraciados; descargaban sus fusiles sin saber á donde; asesaban bayonetazos á lo primero que por delante se les ponía; no me explico la causa de que no se despedazasen ellos mismos; parecían fieras locas; dijose despues, que en un taber-

nucho próximo en donde entraban y salían los nacionales abrasados y sedientos, suministrábanles con el vino, no se que ingredientes espantosos, que los ponían en aquel estado.

La tropa, no se rehizo al instante de aquella gigantesca acometida; sus esfuerzos eran inútiles; los oficiales blandían las espadas y descargaban sus revólvers, mordiéndose los labios de ira; los soldados, recelosos, escondíanse en los quicios de las puertas, en las esquinas de las boca calles, bajo los balcones; de todos sitios, llovían sobre los infelices, mesas, sillas piedras, balas y agua hirviendo. De repente, suena un clarín; la nota es formidable, potente, los soldados se replegan á este aviso, hacia la pared, abriendo las filas; se ve por el fondo un cañón de gran calibre, arrastrado por mulas poderosas, desenganchan las mulas, se arriman los artilleros, hormiguean junto al cañón un instante, reponiéndose inmediatamente los que caen por los proyectiles de los milicianos, vibra el clarín otra vez, los artilleros se apartan de la

pieza, quédase uno, recibe una orden, el cañón retumba, caen por tierra balcones, aleros de tejados, ventanales, trozos de piedra, y cuando se disipa la nube terrible que todo esto levantó, se ven sobre aquellas ruínas los cadáveres hechos pedazos de los últimos hombres de las barricadas, y sobre las ruínas y sobre los cadáveres, los soldados que gritan furiosos. Entran otra vez en nuestra casa medio derribada, rompen todo, lo arrollan, rugen, matan á bayonetazos á los nacionales que allí se refugian, se revuelven como lobos, no respetan sexos ni condición; mis padres, mis hermanas... todos vamos ahora á caer sin remedio ante el furor ciego de aquellos hombres. Súbitamente, una voz poderosa domina aquel tumulto.—¡Quietos! —Los soldados parecen mudos de sorpresa de pensar sólo que hay quien logra detenerles. ¿Quién pronuncia aquella palabra imperativa? Es un hermoso capitán de Barbastro, con su pantalón corto, azul, que termina en la rodilla con ancha franja verde; botines de becerro, le-

vita corta, cinturón adornado con trencillas de plata, y sombrero alto, feo, insulso, con su escarapela y todo lo demás que los cazadores de Barbastro, usaban entonces. La levita habíasele desgarrado, los botines estaban rotos y el sombrero agujereado por las balas de los nacionales; tenía un revólver en la mano izquierda; con la derecha, levantó la espada desnuda al decir «¡Quietos!» Su continente aguerrido y noble me suspendía de admiración en medio de mi espanto, como suspendía á los que entonces le contemplaban: sus grandes ojos despedían fuego y no se supo que color era la suya por estar embadurnada su persoma toda con el polvo de los tabiques, las techumbres y hasta los edificios enteros, que durante el día derrumbáronse en la pobre ciudad.

Aquel hombre nos salvó de una muerte segura; consiguió dominar á los soldados, diciéndoles que eran servidores leales de la patria y no asesinos; los conmovió, recordándoles á sus pa-

dres, á sus hermanos, á sus novias. El soldado español es generoso... Salieron de allí aquellos hombres, con el ánimo en muy distinta disposición de como habian entrado; el capitán no pudo salir con ellos; contúvole la gratitud de las personas á quienes acababa de salvar. Él entonces, se aproximó á una niña que, durante la anterior escena, habia estado refugiada en los brazos de su madre; esta mujer, habiase refugiado á su vez, una hora antes, en nuestra casa, saliendo espantada, de la suya, que se derrumbó.

La muchacha á quién el capitán habíase dirigido tenia cuatro años; era morenilla, de ojos negros que nos miraban y miraban al capitán con asombro misterioso; recuerdo que se llamaba Amelia. El capitán sin responder á las protestas de gratitud de aquellos á quienes salvó, inclinóse, cogió en sus brazos á la muchacha y poniéndole la boca en una megilla, la dió un beso que sonó como un tiro, dejándola otra vez en el suelo exclamó:—«A esta se lo debeis: tengo una hija de su edad.»

Yo tenía discernimiento suficiente para comprender algo de aquellas sensaciones y mi sorpresa callada fué mucha, pensando que aquella chiquilla á quién tantos coscorrones tuve ocasión de dar por diferentes y altos motivos en nuestros infantiles juegos, nació destinada, por su figurilla graciosa solamente, á salvar la existencia de más de treinta personas que se reunían allí aquella tarde, entre los de la casa y los que en ella se refugiaron.

Al irse el capitán fué aquello un jubileo de abrazos y parabienes á la chiquilla, ella se echó á llorar sin saber lo que le pasaba; la miré desde entonces con cierto respeto de que yo mismo protesté siempre en mi anterior. Aquella deliciosa morenilla de cuatro años, fué pronto una admirable morena de las que en Málaga abundan; se casó muy pronto también, y hoy, á pesar de su juventud, es una madre de familia pero una madre que no puede ya con la carga de chiquillos.

¿Quereis saber ahora lo que fué del capitán

de Barbastro que nos salvó la vida á todos aquella tarde?

¡Tristes dolores de la guerra! ¡Le pasó lo que al soldado á quien recordaréis! A los pocos minutos de haber salido de aquella casa, orgulloso por la buena acción que cometió, caía muerto al pié de la barricada, de un balazo.

Sobre su corazón se encontró una carta, escrita con letra descomunal, como de chiquillo que hace sus primeras garabatuzas en la escuela. La carta decía así:

«Ven pronto; mamá llora mucho. Tu

JUANITA.»

La noticia de aquella muerte fué en los soldados acicate nuevo de furia. A los hombres que no despedazaron dentro de su casa misma, se resistiesen ó no, sacáronlos á la calle y los

llevaron ante si como parapeto que les defendiera de los proyectiles de los milicianos. Mi padre fué una de estas víctimas. ¡Ni abrazarle me dejaron siquiera! Recuerdo la última mirada que me dirigió; de tal manera me envió su vida y su corazón en ella, conforme salía á la calle, que no supo andar y cayó de bruces; los soldados pincháronle con las bayonetas para que se levantara y así continuó el inmenso calvario de aquel hombre, atravesando las calles de la población entre los nacionales y los soldados, y recibiendo los proyectiles de unos y los bayonetazos de otros.

No se lo que ocurrió en mi casa; mi instinto de niño pareció hacerme comprender que así como tuve antes valor para ir atravesando todas las calles de la población, por curiosidad solamente, debía tenerlo ahora para seguir al padre que tanto me amaba.

Iba pues detrás de los soldados, llorando, desesperándome!... Colgábame, á lo mejor, de la cartuchera de uno, otro hacíame caer al suelo

de un culatazo de su fusil, aquel amenazaba traspasarme con la bayoneta si no me iba .. mi padre, desde lejos, decíame á gritos que me fuera, pero, al ver su rostro pálido, su mirada triste de enfermo, no se que fuerza sobrenatural enclavóme allí, de tal modo, que los soldados tuvieron que dejarme por imposible.

Era ya muy de noche, cuando mi padre, con otros hombres indefensos que habían corrido la misma suerte, quedaba encerrado en las cuartas del cuartel de la Trinidad... ¡Noche lúgubre! No habiendo yo pedido entrar en el cuartel con mi padre, me quedé á pocos pasos; el centinela no me permitió llegar... No sabia lo que me pasaba, no sufría en aquel instante, no tenía pensamiento; no tenía memoria; me senté sobre una piedra; permanecí inmóvil; había perdido noción de todo. Recuerdo vagamente que ví cruzar alguna vez de un lado á otro á los soldados, que entraban en las casas ó salían de ellas; parecíanme aquellos soldados en mi

postración intelectual y física, sombras horripilantes que brotaron de unas simas profundas. Tiritaba de frío, sentado en aquella piedra; no tuve aliento para moverme, para andar, para volver á mi casa; me arrebujé en mí mismo, como avecilla que se esconde en su plumaje y transcurrieron así las horas. Cuando relevaron las guardias, el sargento vino á mí, me removió con el pié, preguntándome quién era y qué quería... Dije que no era nadie y que quería ir con mi padre que estaba preso.

¿Se conmovió?... Me preguntó cómo se llamaba mi padre, se lo dije y se fué sin decir más. Volvió.—Ven, me dijo bruscamente, cogiéndome de una mano.—Entré en el cuartel y á poco me abrazaba mi padre.

Ocho días estuvo preso. ¡Triste libertad! A las pocas semanas murió sin conocer á nadie... sin conocerme á mí tampoco!

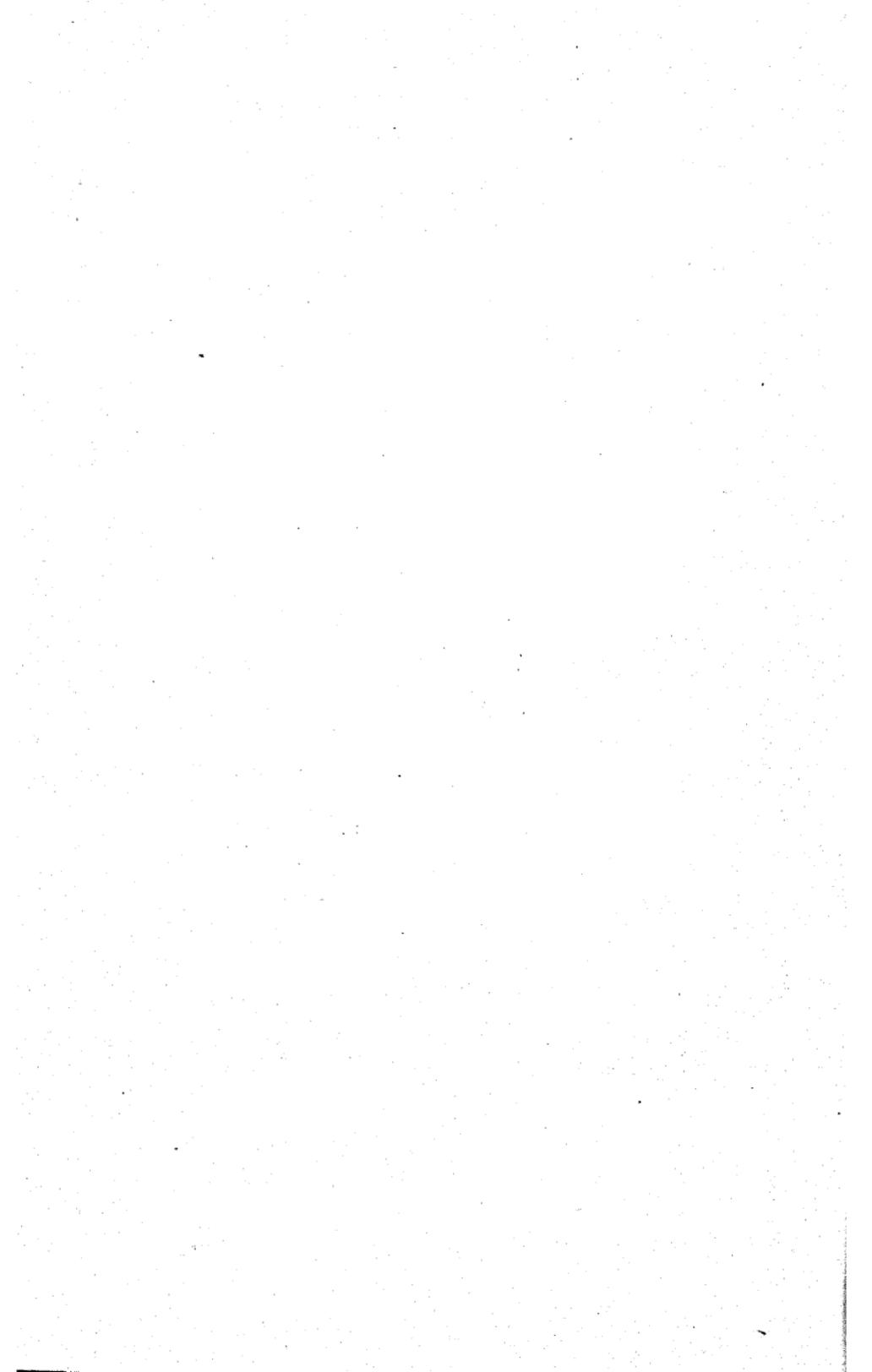
.
.

Todo eso, y otras cosas que no conté aún, llenaron mi imaginación de niño, dieron vueltas como estrañas é incomprendibles imágenes, en mi cerebro de adolescente, y como embrión confuso, fantástico, con relieves hondos, pero sin emblemas esplicativos, se posesionaron de mis ideas de hombre; jamás lei nada que con aquellos días de catástrofe, estuviese relacionado; jamás interrogué á mi madre ni á mis amigos, ni á mis maestros. Pasaron años, muchos años; veía yo claramente dentro de mí, alumbradas por unas luces muy ténues, muy misteriosas, aquellas figuras, aquellas escenas, los solemnes momentos del combate, los heridos, los muertos, mi padre agonizando, lo veía todo, pero sin darle su importancia, sin revestirlo de su grandeza; fué preciso que pasasen veinte años, para que yo comprendiese aquello. Estuve en los campos de Alcolea veinte años después y estudiando sobre el terreno, palmo á palmo, en la última piedra, en el último jaralón, en la última ondulosidad de monte, la

batalla memorable y sus estrañas vicisitudes, comprendí ya verdaderamente, uniendo mis memorias y mis fantasías de niño con mis ideas de hombre.

Os hablaré ahora de la batalla de Alcolea.





IX

Alcolea

Hallábame en Córdoba y tenía muchas ganas de ir de campo unos días. Hice que me buscasen alojamiento en Alcolea, y siendo muy difícil, la marquesa de Benamejí y el conde de Torres Cabrerías, propietarios de la mayor parte de aquellos terrenos, ofrecieronme cortesmente su hermosa casa de la posesión de Pendo-lillas la primera, y su castillo el segundo. Los terrenos de la casa de Benamejí están á la izquierda del río, viniendo de Córdoba, y los del Conde, á la otra margen. Estos terrenos, antes

estériles dividense hoy en ciento veintiocho huertas cuyos arrendadores con sus familias constituyen una numerosa colonia.

Asombra la contemplación de aquellos hermosos lugares cambiadísimos en tan corto número de años. Faltando el agua para el riego de ese enorme número de huertas, la hizo el Conde extraer del río, pues el terreno se eleva allí á bastante altura de su nivel. Una poderosa turbina trabaja día y noche para extraer el rico don que hace fructificar aquellos campos, de una manera maravillosa. Muévase la turbina por el agua del mismo río; hay una presa. Deslizase el agua serena y majestuosa, con tersura de cielo. Contiénese bajo el robusto murrallón que se presenta, y, cambiando su curso, precipitase, hacia la gran rueda del eje motriz que hace funcionar la maquinaria de las bombas, y sube el líquido por un tubo de gran circunferencia. Vuélcase allí estrepitosamente en un depósito, y sale á la vez por diferentes compartimientos. Este depósito es el corazón de la

colonia. El agua pura y cristalina del padre de los rios parece que sube convertida en sangre; llega al corazón como en una inmensa oleada vital, distribuyese desde allí por las distintas acequias, corre, se extiende, se introduce por los sedientos poros, los acaricia, imprégnales de su frescura, vivificalos con su beso alegre y perfumado, abrázase á ellos en amante consorcio, se dilatan en lascivo desmayo á la coyunda de aquel otro rico elemento natural, palpitan las entrañas de la tierra, estremeciéndose de aquel empuje, y, como una expresión infinita, franca y sublime, pone su santa sonrisa de deleites, de placer satisfecho, de armonias puras, en los hermosos árboles cargados de frutos hasta rendirse y tronchar las ramas con el peso, en los verdes pámpanos de las parras, en los granados, en los guindos y en los perales. Estréchanse unos á otros en tupido conjunto, como el agua estréchase á la tierra. Todo es bello, vivo, resplandeciente. ¡Como paga la tierra en ricos dones, el don que se le hace de re-

frescar sus secas entrañas! Su beso de amor, virgen, puro, centelleante, se ve donde quiera que uno tiende la vista. Se ve en el cielo, en la arboleda, en los pájaros, en los frutos, y hasta en los hisopillos de los altos maices, que parecen buscar otra vez la tierra, inclinándose por su propio peso.

II

Siguen en tanto las acequias deslizándose sus aguas silenciosamente, semeñando inconmensurables lingotes de plata pulimentadísimos, puestos allí para ornamentación de la tierra; y allá abajo, sigue también su curso el río, majestuoso y resplandeciente, con cánticos y murmullos que semeñan oraciones en alabanza de los hados piadosos.

Hay un portillo en la presa para dar paso á los maderos cuando bajan por el río. El agua, naturalmente encuentra allí una salida. Preci-

pitase de golpe, con estruendo que hace estremecer. Sale de allí el agua espumante, hervorosa, como rugiendo por el obstáculo que al principio encontró. Forma, al salir, bruscas sinuosidades para extenderse luego tranquila y serena otra vez. Aquel sitio me atraía, como el abismo nos atrae. En alguna ocasión me sorprendió allí la noche, y me costaba trabajo infinito desprenderme de unas garras inmensas que parecían haberme cogido: quedaba inmóvil sin acción, sin movimiento alguno.

¡Aquel hervor de las aguas siempre! ¡Aquel estruendo! ¡Aquella blancura de armiño de las espumas! ¡Siempre igual... monótonas, fieras, con grandiosidad imponente, con atracción profunda! Fijábanse allí mis pupilas, y de allí no podía apartarlas, concluyendo yo por creer que el río suspendía su curso de pronto y que era yo el que me deslizaba vertiginosamente. Aquellos demonios invisibles teníanme sujeto de los músculos con sus garras, quitándome la acción; de los pulmones suspendiéndome el aliento; de

los ojos hiriéndome la retina. Hallábase todo ante mí, confuso, embrionario, horrendo; era la muerte, el caos, una cosa terrible, peor que la muerte. Así púsose el sol alguna vez; así salió la luna; y cuando yo volvía en mí de aquellos paroxismos, mi pensamiento y mi alma poníanse en lucha con nuevo vigor y nueva potencia. Mis ojos atónitos contemplaban aquellos sitios. Los álamos levantábanse sobre el borde de la corriente como extrañas y blanquecinas sombras. Los juncos y el tarajil de la ribera doblábanse hacia el agua como rendidos por el beso de amor de la luna. El rayo de la luna copiándose en las movibles ondas, parecía una incesante oleada de estrellas unidas estrechamente. Respiraba el aroma puro del campo y saturábanse mis pulmones con las frescas brisas. Me apartaba de allí con lentitud, y sentíame como con deseos vivísimos de volver; pero me absorbía entonces la contemplación y el pensamiento de otras cosas. Cuando volvía de la presa, llamaban siempre mi atención unas

luces esparcidas acá y acullá; pero constábame que cada una de las luces era de una casita ó de una cabaña del colono.

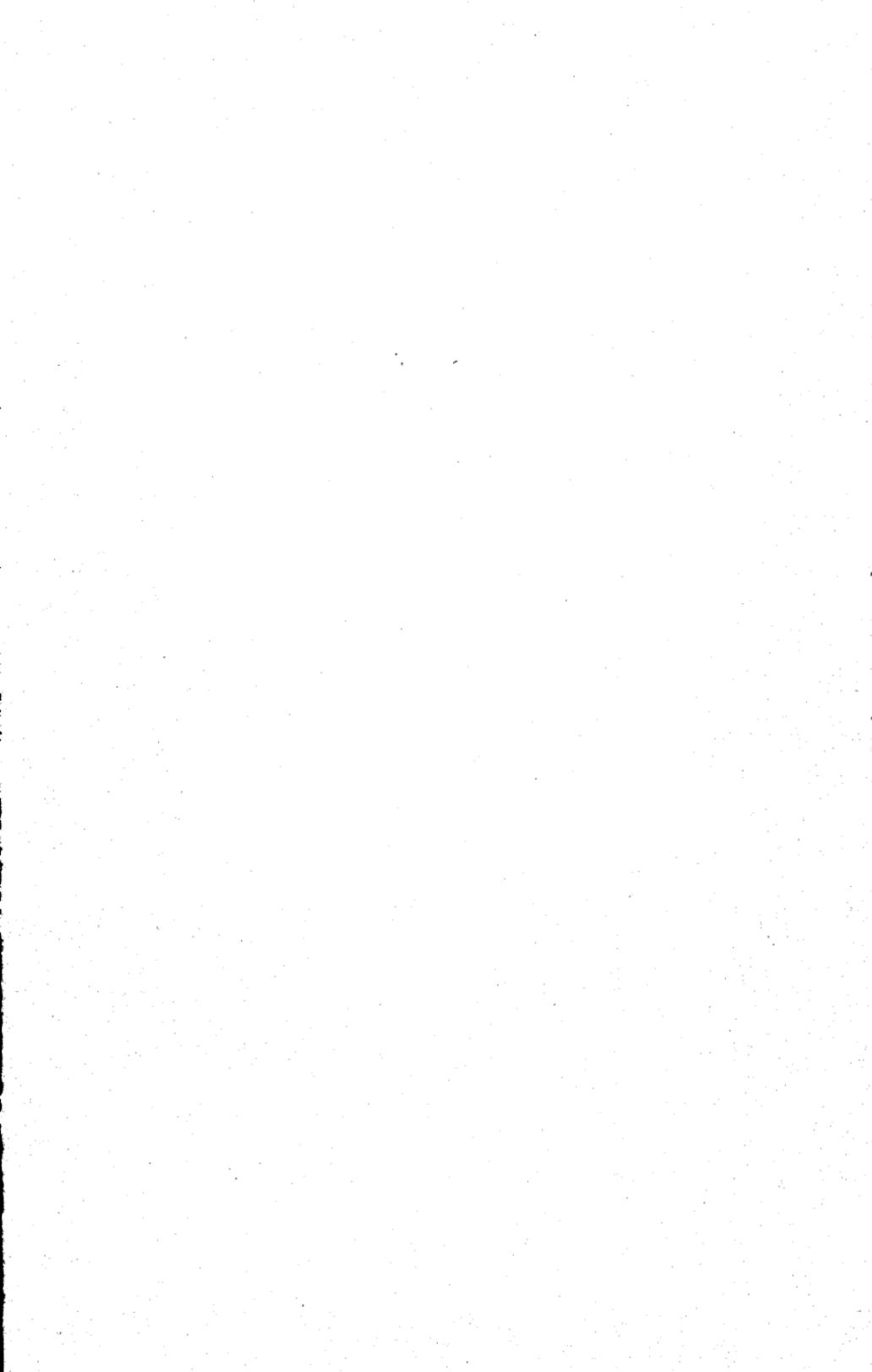
Conforme iba perdiéndose el ruido de la presa, que resonaba en la inmensidad de la noche solitaria, como una música de titanes, otros ruidos más dulces iban llegando á mi corazón. Es un efecto mágico, de grandes dulzuras, oír alguna voz en la campiña, en mitad de la noche; se nos figura que llega á nuestros oídos como un eco ó como una expresión de otra vida que se presiente y que no se sabe como es. Escúchase solo el murmullo de una conversación que parece sostenida muy cerca de nosotros, y sin embargo, sostiénese á gran distancia. Hay algo entonces que se infunde en nuestro ser, dando otros impulsos y otros giros á la sangre y á la idea; algo misterioso é intangible que pesa sobre nosotros, oprimiéndonos y agradándonos á la par: es la grandeza misma de Dios abrazándose á nuestra alma; es la comunión grandiosa de Dios con el hombre; comunión tan sublime como

la de la hostia cuando estamos de rodillas á los pies del ministro y ante los altares de las iglesias del mundo cristiano.

III

Este silencioso misterio rompíase á lo mejor con el sonido de una guitarra, esa alegre y dulce compañera del campesino andaluz. De allí de donde está aquella luz, de la feliz casita del colono, brotó el sonido de las cuerdas como los luminares brotan del mismo cielo. El corazón, que en este punto parece recrearse y hasta envanecerse de la paz de la tierra, oprímese entonces con el pensamiento de lo pasado. Antes, allí era todo inculto, agreste; la nota amiga y feliz de la voz humana, por milagro resonó en la inmensa maraña del bosque salvaje ó del erial desierto; en aquellas llanuras tronó el cañón, barriendo columnas enteras de hombres,

bravos hijos de la patria, que lucharon por redimirla y por engrandecerla. La sangre corrió enrojeciendo las aguas y enrojeciendo la llanura. Doquier tropiézase con enterramientos de pobres soldados que no vieron más á sus novias, que no oyeron más la alegre campana de la iglesia de su pueblo. Y hoy, todo cultivado y todos felices, como si aquellos pobres, despedazados por la metralla, hubiesen surgido de la tierra como santa semilla de Dios. En el terreno inculto y salvaje que les sirve de tumba levántase una colonia que crece y alienta. Un hombre poderoso por sus grandes medios materiales, concibió la noble idea, que es un ejemplo divino y una alabanza á Dios. El pueblo es feliz, la agricultura florece, la industria se levanta allí, sobre las mismas fosas de los soldados que murieron, sobre las mismas llanuras y cumbres estériles regadas con sangre. ¡Bendita sea la paz! En este siglo grandioso de las luces, es la paz la invención á cuyo desarrollo debe consagrarse el cerebro del mundo.



X

El campo de batalla

Iba yo muchas veces por estos sitios con el aperador de Pan Jiménez, cortijo también de la propiedad de Torres Cabrera. Llamábase Rafael: era de estatura mas que mediana, delgado, moreno, fuerte, agil; tenía unos hermosos ojos, cosa que no es estraña en Andalucía; la boca descomunal, la nariz haciendo compañía á la boca por el tamaño. La palabra de Rafael era rápidas y fácil. Expresábase conforme surgía su pensamiento. Hablar lo que se piensa en el momento de pensarlo, acusa

franqueza, lealtad, indefectiblemente. En este hombre no había doblez alguna. Hablaba muy alto, como quien no tiene que ocultarse de nadie. No había para él superioridad ni categorías, si no lo que á su corazón y á su idea fuese simpático. Le oí discutir alguna vez, y sus argumentos eran grandes, fuertes, de una verdadera luz natural que causaba estrañeza é impresión. Era orgulloso y altivo, notándosele esto, en los menores detalles, al hablar con él, al verle; conociase no solo en su modo de expresarse, sino en el mirar, en sus movimientos, en los rasgos de su cara. Me hicieron relación de muchas circunstancias de este hombre, que vinieron despues á corroborar la idea que yo hube formado de él. De los muchos casos y particularidades que de él me contaron, fué uno la de haber discutido con el mismo Conde alguna vez, sin haber podido su señor llevarle al convencimiento y tenerle que volver la espalda. Era terco como un diablo y tenía su honra tan pura como las aguas cris-

talinas del arroyo y como las azules diafanidades del cielo.

II

Rafael me acompañaba muchas tardes en sus excursiones por la colonia, y me hacia referencia de todo. Conoce aquel sitio perfectamente. Tenia diez y ocho años cuando la batalla de Alcolea. Se halló en todas partes. Hiciéronle prisionero cuando Lacy lo estuvo con sus batallones, dejáronle en libertad, presenció la batalla en los sitios mas peligrosos, con su despreocupación y su curiosidad de muchacho, y conserva en su memoria datos preciosísimos.

Entusiasmábase mucho hablándome de la batalla. Cierta vez dijome: «Paece que estoy viendo otavía llegá de la ciudá tropa y mas tropa con Serrano á la cabeza y que se vienen tós erechitos al puente. Pó el camino de la sierra se echó como alma que lleva el diablo,

Echavarria, un fastasmón que creyó tragar se ar mundo y que se fué corriito y con el jopo entre piernas. Llega dempué de mucha peripe-
cia y mucha inquietú á lo alto de la Ribera
Arta. ¿Que se encontró entonce? A la izquierdi-
ta, toa la margen del rio sembrá con los bata-
llones de Novaliches. Baja más y jállase con
Lacy. El probecito le cuenta entre suspiro y
lágrima, lo que la pasao: que jué por lana y
que salió con trasquilones que era una esdicha;
que salió é Montoro con su tropa que jué á
Villafranca consentio en que er puente lo habian
tomao los de la Reina, y que se encontró de
guena já primera con Caballero de Roas cer-
rándole el frente, domblándole los flanco y
estrechándolo en un barrancón que metia
susto y que po el ferrocarril se reunieron mas
soldados que Dios, con Serrano á la cabeza,
acabándolo de copá; en fin la ensalá de Dió
que iba ya preparándose. Tan in mientras,
Echevarria estaba por la jaltura de Juagalsar,
mirelasté, la mesa que estasté allí viendo; por

la izquierdita forma las jásperas vertientes de la sierra, allá pó el acirate del rio y por la erecha en er principio de paso Largo, que es tó aquello que está allí atestaito de encinas y que se escurre hasta las falda de cerro Jaralón. Los casaores de Barcelona, con cuatro compañías esplegás en guerrillas se vinieron á cubri la línea izquierda dende la altura de las vertientes del rio. Las otras cuatro compañías con la música que sonaba jaciendo echar chirivitas á la sangre de deseos de peleá, vienen detrás, reluciendo los fusiles con er sol que osté no puede figurarse, y la bandera se mecia con el viento, dando ganas de llorá de los probecitos, que iban á morí por ella. Dos compañías de los cazaores de Madri, espléganse tambien en guerrilla por la erecha de aquellos jasta el principio del puente del arroyo de la Buenagua; otras dos compañías están á la reserva de las que se esplegaron; y las cuatro que queaban, de este batallón, en el centro de la línea, lo meno jochenta ó cien paso á la retaguardia. Los

cazaores de Barbastro toman la misma positi-
ra, en derecho tambien de los de Madri; y el
batallón de infanteria del regimiento de Ge-
rona, chiquitico porque eran seis compañías
(macuerdo que lo vide como se ve uno los deo
de la mano) puso dos compañías en guerrilla
cubriendo el frente, así, un poco torcias, sobre
aquél terreno que se levanta á la orilla izquierda
del arroyo de las Loveras. To esto como osté
se está enterando, fué á la orilla izquierda de
la Buenagua y de las Loveras. Güeno; oste
verá. Por el otro lao del Arroyo de la Buenagua
se estuvieron cuatro compañías del regimiento
de Segorbe. Los cazaores de Tarifa tambien
estaban y los de Simancas, y compañías de la
Guardia civil. Toa esta gente de Serrano estaba
alli mu tiesa y mu prevenia enfrentico de los
otros, repartiéndose entre la orilla del rio, y la
de Buenagua por la mesa de los Yegüeros. De
lo que ma cuerdo mas que tó, era de unos ca-
ñones, grandes como demonios, puestos á la baja
de la cuesta del Capricho por el general López

Dominguez. Eran dos baterías mu requetebién arreglás pa jacer polvo á los soldaos de Novaliches, que estaban como un formiguero en el cortijo de Pan Jiménez. Allí, juntaito la ermita de los Angeles, en el montecillo, que está conforme se comienza la carretera de Córdoba, se alevantó otra batería pa dejá sin aliento á las tropas que mangoneaban por la carretera vieja de Madrí y dehesilla de León. Los caballos, detrás de la paré de Ribera la Baja, preparaitos para ir donde Dios quisiera, y allá, en la llanura del Monton de la tierra, una brigá reservaita; los demás batallones corrían como furias, chorreantes de sudó, hácia el Puente de Alcolea.»

III

Confrontando escenas y horas, yendo y viniendo un día y otro por aquellos lugares de la lucha, é ilustrándome sobre todo con las explicaciones del aperador, me hice yo cargo al fin,

perfectamente, del aspecto que ofreció el combate y de todas sus peripecias. Era de noche, generalmente, cuando paseaba yo con más deseo. La luna melancólica y dulce, iluminaba todo cuanto mi vista podía alcanzar. Cuando iba con el aperador, tomaba yo inconscientemente la dirección de la casa del Capricho; ó costeando la fábrica á mi derecha primero, y la ermita de los Angeles y las ventas de Alcolea, después, introducíame en el puente. ¡A cuántas graves y tristes ideas inducíame la contemplación del teatro de la lucha en aquellas altas horas de la noche! Me olvidé más de una vez de mi acompañante, y absorto en mi contemplación, creíame yo un fantasma evocado por los gènios sombríos; imponíame el rumor de mis pasos, deteníame en uno de los apartaderos del puente que dan hácia la parte de Pendolilla, y quedaba así, mudo y absorto, á la vista de aquellos dilatados horizontes.

Una noche había yo echado por el polvoriento camino de Pendolilla; costé los paredo-

nes derrumbados de la ermita de los Angeles. Todo estaba solitario y todo me pareció lúgubre, como grande era la soledad. Alzábanse rígidos, sobre los aleros de los bardales los jaramagos que amarilleaban siniestramente al resplandor de la luna, y las alcaparreras festoneaban el pié de los muros como enormes gazapos preparándose á escalar aquellas vetustas paredes. A la derecha, por unas grandes sinuosidades á que dan sombra las ventas de Alcolea y los recios machones de piedra del puente, me metí entre unos grandes álamos. La luna entrábase por allí poniendo fantásticos dibujos en el suelo, y parecíame que las caprichosas rayas de luz, entrando por los calados de las hojas, escribían en la tierra signos indescifrables, pero que el alma los presentía como fatídicos. A la izquierda divisábase, como informe montón ceniciento, la casa del Capricho; á la derecha y á poco trecho, el primer arco medio cegado del puente; y el río se deslizaba, subyugando mi corazón con no sé que impresiones, á sus fantásticos murmullos.

Me adelanté aquella noche; había salido solo, subí por la misma senda al puente y allí encontré al aperador que me estaba buscando. Apenas hablé con él y seguí hacía la carretera. Los enormes árboles que crecían junto á los mismos machones, asomaban sus copas sobre el gran pretil de piedra negra como sauces que se inclinan sobre una gran tumba. En aquellos sitios y á tal hora, siempre pensé yo en fosas y en cadáveres.

—Mirosté,—exclamó de pronto el aperador al llegar á uno de los apartaderos del puente;—aquí, en este mismo sitio (lo mismo lo veo que si estuviera pasando ahora),—y señalaba el suelo con su garrote,—aquí cayó el primero de las tropas de la Reina á quien mataron en el puente. Coroné era: un mozo alto y robusto como una catredá; un tío más bravo que la misma Vigen. De verlo veni na má, le temblaban las carnes á los mismo de la parte allá, que sabían que lo iban á breá con una lluvia de bala. ¡Vaya un hombre con tripas! Toiticos los sol-

daos de Novaliches se quearon allí, á la embo-
caura del puente. El solo entró con su caballo
y allí los pusieron acribillao al caballo y á él.
Aquí, en esta positura, cayó el probe sin deci
Jesú; y cayó que yo lo vi, por la cabeza del
animá. El caballo no parecía na má sino que es-
taba esperandito á que el coroné cayera pa jacé
lo mismo. ¡Qué nohecita aquella, válgame Dió!

IV

Yo no contesté. La voz del hombre, retum-
bando en la calma silenciosa de aquellos luga-
res, me impresionó de una manera profunda y
aumentó con lo que dijo, la tristeza y la melan-
colia de mis pensamientos. Por un instante,
creí verme en aquel mismo sitio, en lo más em-
peñado de la pelea. Vi las vanguardias tal y
como el aperador me las había descrito. Con vi-
brar poderoso cuyos ecos fantásticos repitiéron-
se en las gargantas de los montes, corriendo

por la llanura y estremeciendo las almas, acá y acullá retumbó una corneta ordenando el fuego. ¡Qué segundo es ese que existe entre las vibraciones del clarín ordenando que empiece la batalla y el primer tiro que suena! Todas las funciones vitales parecen suspendidas en ese punto, toda la existencia parecen vibrar en el latido inmenso de nuestra garganta, en el examen solemne que dura un solo segundo, de toda nuestra vida anterior. Retumban allí las descargas, sucediéndose unas á otras con la rapidéz de aquellos que desean aturdirse, unisonas, estruendosas. Pronto se rompe esa tremenda monotonía. Sucédense á las descargas nutrido fuego de una parte y otra. Con las primeras detonaciones forman concertante doleroso los ayes de los heridos que empiezan á caer. Nadie cede, nadie ceja. Echevarria por cuyo mandato empezó el fuego el medio batallón de las guerrillas de cazadores de Barcelona, va notando ventajas sobre los revolucionarios. ¿Por qué no les empuja Serrano por los flancos y la reta-

guardia como pudo muy bien hacerlo? La tibieza que nota Echavarría en sus enemigos parece alentarle. Nota además el espantoso número de bajas que sus cazadores hacen en los otros. Tiende la vista y vé al Príncipe Girgenti, en la margen opuesta con un gran golpe de caballería. Escucha á la par el cañoneo que le anuncia el avance de Novaliches, y todo lo vé claro, fácil. No tiene duda, rebosa de orgullo, se embriaga, despéñase como el torrente, y, saltando de su posición con sus tropas, arrojado, brioso, espanta y fascina. Salva con rapidez los arroyos de Buenagua y las Loveras, y el choque es terrible. El fuego se apaga; los guerrilleros de la revolución, sombríos, firmes, silenciosos, pujante el brazo y calada la bayoneta, están allí; y de repente, la avalancha encuéntrase contenida por el robusto murallón. El ruido de aquel tremendo ataque retumba en la inmensidad. Los bravos leones de uno y otro ejército, se agarran, se confunden, se destrozan; parece el gran turbión de hombres juntos un mar de

olas terribles que se inclinan y saltan en las sinuosidades de la sierra. Confúndese la maldición con el lamento, las voces de los jefes, el golpe de los fusiles que saltan rotos, el vibrar de las bayonetas los tiros de revólver. Ruedan los cadáveres por la escabrosidad, saltan los hombres las cañadas, y allí, sobre el borde de los derrumbaderos, se abrazan, rugen, húndense las bayonetas en el corazón del contrario, la sangre lo enrojece todo, y el sol ennegrece las caras, negras ya, por la ira y por la pólvora.— ¡Viva la Reina!—gritan unos,—¡Viva la libertad!—gritan otros, y esos gritos que se lanzan en el fragor de la contienda, es acicate que imprime doble fuerza á los corazones para que rujan de entusiasmo y cólera. El encono crece, la lucha se agiganta, ninguno ceja. No obstante el feroz impetu con que se arrojan las tropas isabelinas, detiéndense ante la recia muralla del enemigo; los de Isabel son menos numerosos. En el primer momento, la erizada línea de bayonetas contiene el gran golpe... Pero ¿qué

será eso para calmar la furia del huracán que todo lo arrolla? Aquella vanguardia Isabelina es la fatalidad que pesa sobre los infelices soldados de las guerrillas liberales. Terrible, brava, ciega, todo lo vence al fin, todo lo destruye y avanza victoriosa: oficiales y subalternos besan allí el polvo. La vanguardia ha vencido, la derrota es segura. El teniente coronel Garcia no puede contener el resto de su batallón, que corre en retirada. En esta retirada son arrastrados los batallones de Tarifa y Simancas. ¡Oh, dolor! ¡Oh, cólera! ¡La libertad muere! El coronel del batallón segundo de Cantabria, Diaz Berri quiere que lo envuelvan también; arranca la bandera del regimiento de manos del alférez. —¡Viva la libertad!—grita y se arroja sobre el enemigo. Muchos valientes le siguen pero la vanguardia isabelina es una montaña de acero que rueda para aplastarlos. Nada es posible contra ella: es el destino. Todos procuran enardecer á los soldados liberales que retroceden. El brigadier Salazar y el brigadier Manso por un

lado, oficiales y jefes por todas partes y el general Caballero de Rodas, loco de furia, hacen gigantescos esfuerzos de valentía y de elocuencia para volver á las tropas á las posiciones.

V

Desde la casa del Capricho mal puede Serrano saber la desdicha de su vanguardia. Envía un ayudante y otro, que tardan en volver. Está inquieto, preocupado. Llega en tal punto un ayudante de Caballero de Rodas. Cuenta á Serrano, lo que ocurre entrecortadamente, con gran emoción. Serrano, se apresura, da órdenes, dos brigadas corren en el acto, saltan los soldados, como lobos, el Yegüeros, coronan la mesa, y hacen desde allí un espantoso fuego en columnas cerradas por batallones. Ante la espantosa acometida, los isabelinos se revuelven fieros. Veíanse victoriosos y la sorpresa desalienta los súbitamente. La confusión entra, échanse atrás, retroceden, huyen: Echevarría

que todo cree haberlo conseguido, brama de cólera. No escarmienta; dá sus órdenes, rehace á sus soldados á quienes los liberales no han querido perseguir, y, quedando en el jaraloncillo de Pendolillas, por el arroyo de la Buenagua, en el acirate del rio, los arenga, corre en su caballo de un lado á otro y el fuego de fusilería empieza otra vez. Suena allá lejos el cañón lentamente, y ni sabe Novaliches lo que ocurre á Echevarría ni sabe Echevarría lo que ocurre á Novaliches. El fuego de las vanguardias va otra vez haciéndose rápido, nutrido. La fiebre empieza de nuevo. La brava sangre española enciéndese con rapidez. Los soldados no necesitan arengas para pelear ni órdenes para morir. Los cazadores de Madrid son los primeros que se lanzan á la bayoneta. Los batallones de Gerona y Barcelona, por las dos alas, les siguen, les secundan, rebasando nuevamente los dos arroyos de Buenagua y de Yegüeros, y abalánzanse unos á otros con tremendo impetu, en los repechos, en las hondonadas, en

los arroyos en todas partes, hay muertos otra vez; en todas partes heridos. Otra vez el combate se hace rudo, loco. Los de una parte y otra son tigres que braman. Los alaridos de ¡Viva la Reina! y ¡Viva la libertad! se mezclan. Caballero de Rodas, que, pasada su anterior fiereza, se muestra ahora digno general, ha permitido que avancen, y sucede lo que sucedió antes: reúne sus batallones y los hace retroceder ante un número de tropas excesivo. No basta aún, y Caballero de Rodas dá otro ataque en el que entra un batallón de marina y su aguerrida escolta de carabineros. La carga es horrible. Las tropas liberales lo arrollan todo al grito de ¡Viva la libertad! Los de Novalichesson seguidos por las bayonetas de Serrano que los despedazan. Todos huyen á una dejando en el suelo un sin fin de heridos. El comandante de Barbastro, Zabala, llora de ira y cae prisionero con otros muchos oficiales y compañías enteras. Todo parece que concluyó. Por segunda vez la libertad luce; pero Echevarría, ese bravo loco, vive

aún; aparece de pronto donde todavía se sostienen algo sus tropas, y, con dos compañías de reserva no más, lánzase como un torbellino. Cae de pronto sobre el batallón de Cantabria; vienen también por otro lado los cazadores de Madrid al ejemplo de Echevarria. Pero aquella es ya una lucha desigual, horrenda, astuta, monstruosa, de muerte, sin cuartel; eran muchas compañías, y un batallón y otro ayudándose, defendiéndose, muriendo, matando, levantándose, cayendo, como si cada compañía ó cada batallón fuese un solo hombre. El batallón de Cantabria vá á perecer, copado casi por las compañías del general de la vanguardia isabelina y el batallón de Madrid; pero el de Borbón cae entonces como un torrente sobre el enemigo que quiere despedazar á Cantabria y ya lo consigue ¡Viva Prim! ¡Viva la Reina! ¡Viva la libertad! ¡Viva Serrano! Los gritos se confunden, las fragosidades de la sierra parece que entonan horrendos cánticos de muerte. El sol se oculta la noche empieza, los fuegos de fusilería van

apagándose. Todos los de Echevarría huyen ya locamente. Echevarría cae prisionero y logra escapar, y cuando el estruendo de la guerra allí ha cesado, se oye entonces la voz del cañón imponente y aterradora por la parte de Pan Jiménez, que retumba en la inmensidad como una gran voz de los cielos.

VI

Novaliches había permanecido, mientras, apoyándose con su flanco izquierdo en la cuesta de la Rinconada, con su derecha en la margen izquierda del Guadalquivir, con su retaguardia en los declives del cerro de las Cumbres, con su frente en la orilla derecha del arroyo de los Tejedores y su retaguardia en la llanura de la Casa Blanca, formando el conjunto un magnífico golpe de vista. Allí permanece en la inactividad, horas y horas, descansando tranquilo. No piensa en las ventajas que podría conseguir

poniendo el grueso de sus tropas en movimiento, y recibe luego doloroso desengaño. Después de un consejo de Generales, cuando un ayudante de Lacy le entera de pronto de la prisión de éste, de su libertad, de la tardanza de Echevarría, está él á más de una legua de distancia de Alcolea. Veniase todo encima de golpe pues se consintió sin duda, en que Echevarría y los brigadieres Lacy y Trillo le franquearan el paso para entrar, sin más, en Córdoba, triunfante. Del consejo de generales resultó que se aplazaría su gran jornada para el día siguiente, mientras parte del ejército murió despedazado y sin ayuda, sin que ellos tengan noticia de lo que sucede. Avisanle en este punto sus batidores de caballería, de que se oyen tiros hácia la otra parte del Guadalquivir, y es que allí empieza el combate ya descrito. Van con los batidores á asegurarse de ello Vega Inclán, Jiménez de Sandoval y Sartorius. Unos aseguran que sí que se oye tiroteo allá, otros que no se oye nada y queda el ejército en la misma

cruel ineptitud. Al fin se convencen porque se escuchan distintamente los disparos y se ve el humo de la pólvora que gira lento en los aires como grandes y ondulosos crespones fúnebres. Triste situación para el general; ni puede acudir á tiempo en auxilio de los suyos ni puede atacar tampoco por el puente, porque se figura, con razón, que cuando consiga ponerse en actitud de ataque ya habrá todo terminado allí. Está dudoso, inquieto, sin saber lo que ocurre. Llega al fin un capitán y le anuncia que Echevarría rompió las hostilidades. Pónele al corriente de todo. El caso urge, y manda al coronel de infantería del Príncipe que salga escapado con su batallón y repase el Guadalquivir. En esto, el coronel Girgentí, yerno de la reina, sin órdenes ningunas, sin consultar á nadie, viendo la incertidumbre de unos y la poca decisión de otros, parte á galope tendido con sus húsares. Gran número de soldados se entusiasman y le siguen. Corre detrás la caballería. Novaliches se disgusta grandemente de aquella insubordi-

nación del príncipe, que obra por sí sólo; y siéndole ya imposible hacerle retroceder, hace adelantarse mucha tropa de infantería para que vaya en su apoyo. Pasan las tropas al fin el puentecillo del arroyo de los Tejedores, formándose después en la gran llanura de la Casa Blanca. Treinta y dos piezas de artillería avanzan en secciones, mandadas por Camus y Alcalá.

Por el centro y á su derecha é izquierda, los batallones de infantería de Mallorca, de Málaga, del Rey, de Gerona, de Asturias y de Iberia, á las órdenes de los dos generales Sartorius y García Paredes. Estos seis batallones forman tres grandes columnas de combate, escalonadas correspondientemente. Van después cuatro regimientos de caballería: los de Montesa, de España, de Talavera y de la Reina. Los manda el general Vega Inclan y los brigadieres Vega y Lacy. Caminan en grandes alas por escuadrones y cierran en fin la marcha la Guardia civil y Rural. Es un espectáculo que impone al corazón puros sentimientos de grandeza y lucha. Todos

los desfiladeros de las montañas están cuajados de curiosos de los pueblos de las inmediaciones. La admiración impónese al miedo, y allí quedan extasiados y confundidos ante aquel gran cuadro de miles de hombres que serpentean de un lado á otro. Parecen las puntas de las bayonetas, inmensa y movable lengua de acero que confunden su curso y sus irradiaciones: con el curso y las irradiaciones del Guadalquivir.

XI

El Puente de Alcolea

Ante la arremetida de Girgenti, que llega como huracán desbordado, repléganse presurosas las avanzadas de ejército liberal desde Pan Jiménez. Los unos replegándose y los otros avanzando forman un pavoroso estruendo, que hace retemblar toda la campiña. Las pisadas de los caballos, los gritos de los ginetes, el rodar de los cañones, el relincho de las mulas, las voces de los soldados, es un ronco vajido interminable, sin concierto, febril; son las entrañas de la tierra desgajándose en gran hecatombe.

Detiéndose el príncipe á escasisima distancia del puente, dispara sus cañones, contestan á ellos de la cuesta del Capricho las baterías de Lopez Domínguez, reina un profundo silencio y las baterías de Novaliches avanzan á paso largo; rompen el fuego y todos los cañones de las tropas liberales entran en fuego también. El combate es ahora de artillería solamente. Se precipita Novaliches hácia Girgenti, infórmase de todo por sí mismo, retrocede, dá órdenes y van dos baterías con gran refuerzo de infantería hácia la carretera vieja y salen por allí precipitados para ganar la dehesilla del Leon. Todas las demás piezas desplegadas rompen el fuego avanzando hácia el puente. Generalizase el combate de artillería y se cruzan las balas de cañon en el espacio. El día vá extinguiéndose y las llamaradas de los cañonazos iluminan rápidamente, una y otra vez como grandes bocas de infierno que de repente estallan: Una y otra artillería hace estragos terribles: la de Novilaches precipita el avance y

las detonaciones. Fatalmente los cañones con los infantes de refuerzo que van hacia la dehesilla del Leon, encuéntranse con otra batería que el prevenido Serrano puso en la cuesta de la Ermita de los Angeles. Rompen desde allí el fuego hacia la carretera y no la permiten llegar. Un cañon se les vuelca y rugen los hombres desesperados. Un certero proyectil hierre á Esteban, teniente coronel de Estado mayor y mata á cuatro artilleros, ¡Adelante!—grita el general de la Reina. Girgenti se oculta detrás de los paredones del cortijo de Pan Jiménez. Lopez Dominguez obsérvalos; de un fatal disparo arroja allí un proyectil, cae en la casa, revienta, prende fuego, huyen todos y todo queda allí reducido á cenizas.

La tarde avanza, la luz del día se pierde, los disparos van extinguiéndose, la noche empieza. Es una noche triste y fria. Pasó esa hora solemne de la oración; la hora en que el campesino, cansado de las faenas del día, vuelve al hogar en busca de la quietud, entre su mujer

y sus niños; la hora solemne y dulce de las melancolías y meditaciones; la hora de la paz y de los pensamientos de religión. Las campanas tañen plañideras y quejumbrosas, santas plegarias que conmueven; las aves elevan sus últimos trinos desde los brazos de la cruz donde se recuestan como en el regazo puro de una madre y la campiña está silenciosa. Nada se siente. La Naturaleza espantada por la cólera insensata de los hombres parece que no volverá ya á la vida. No se oyen ni esos ruidos casi imperceptibles del campo: esos ruidos que llegan hasta nosotros como el hálito de vida de la tierra. Sale la luna é imprime un dulce beso de tristeza á todos aquellos lugares de desolación y muerte.

No está contento Serrano aún. El casi repentino silencio de las baterías contrarias inquiétale. Pregunta de pronto las fuerzas que custodian el puente, y le dicen que unos cien carabineros de la comandancia de Cádiz. Entonces, aunque nada se escucha en el campamento de

Novaliches, ordena inmediatamente al general Izquierdo que refuerce aquel lugar con bastante tropa. Izquierdo lleva una compañía de infantes en primer lugar, y ciento cincuenta carabineros después; dos piezas de artillería apoyándose por el batallón de Valencia, y con otro formando la reserva que es el de Bailén; otros dos cañones en el paso á nivel de la vía férrea, se extendieron además. Ocuparon desde la ermita hasta el Guadalvarbo, tres batallones; el resto de las tropas de la extrema derecha se replegó allá, por el arroyo de Yegüeros. Previéndose contra un ataque por retaguardia, se ven las bocas de otros cañones que han reforzado los que ya tenía el General Rey en la llanura del Encinar, que principia en la espalda del Capricho, y la caballería ocupa una llanura inmediata á la carretera. ¿Qué presentimientos habia tenido el general de la revolución? Ni era propicia la hora para sostener un combate, ni lo esperaba ninguno á pesar de la corazonada de Serrano, disponiendo que las tropas

ocupasen con apresuramiento las posiciones para la defensa del puente de Alcolea. El mismo Serrano que lo dispuso, estaba muy lejos de suponer que pudiera aquella noche dispararse un solo tiro. Iba haciéndose más clara la luz de la luna y hacía resaltar entonces los objetos vigorosamente, iluminando las bayonetas, los cañones, los relucientes cascos y armaduras de la caballería y arrancábales destellos que herían los ojos siniestramente. Toda la extensión que la vista pudiese abarcar hallábase sembrada de enormes hogueras que daban á la campiña aspecto original y fantástico. Los hombres paseaban como errantes visiones en un lado y otro, y la calma que siguió al silencio de las baterías no parecía que pudiera por ningún concepto interrumpirse.

Pero no. Aquella calma pavorosa interrumpese de pronto como por el rugir de la tormenta. Roncos vitores se escuchan hacia la parte del campo enemigo. El grueso de ejército de Novaliches, pónese súbitamente en movimiento,

formando tres grandes columnas cerradas. Vибran á la vez todas las bandas militares y los bélicos himnos resuenan en la inmensidad y repercuten en las gargantas de los montes. Las tres columnas avanzan al puente de Alcolea y otra columna dirígese al puente de hierro. Aquellas músicas y aquellos vitores lanzados por las tropas realistas á la libertad, á Serrano y á Prim, confunden á los liberales y no pueden darse cuenta, al principio, de lo que ocurre. Después se alegran y palpitan de entusiasmo: Ya son todos unos; ya no se verterá sangre. La revolución termina gloriosamente con un noble abrazo de su ejército y el ejército que la combatía. Una brigada de cuatro batallones entre infantería é ingenieros, va hácia el puente del ferrocarril, y sobre el de piedra lánzase otro, destacándose de las columnas reales que siguen avanzando detrás. Entra por el puente fatídico, mandada por el capitán de Estado Mayor Perez de Meca y siguen aun vitoreando, haciendo aclamaciones á la libertad y á Serrano. Cállanse de

repente, los detienen aún y los carabineros con quienes van á tropezarse no saben que hacer: están inquietos y alegres á la par, y en esta duda, casi desprevenidos. El capitán Savas, de las avanzadas de Serrano, con objeto de convencerse de las intenciones de los que ya están á pocos metros:— ¡Viva la libertad!—grita. Responden de allí con un atronador ¡Viva la Reina!— ¡Fuego! replica inmediatamente el bravo capitán. Retumba una descarga. Caen muertos, Perez de Meca, su caballo, y gran número de hombres. A esta descarga, siguen otras: el tiroteo se hace horrible de un lado y otro; el humo de la pólvora parece un triste paño luctuoso que eclipsa los rayos de la luna. Al oír la primera descarga, el Duque de la Torre, da un grito de sorpresa y de cólera, monta á caballo, se lanza como un torbellino al frente, y queda allí anhelante envuelto en el humo, bajo una lluvia inmensa de proyectiles, sin ser conocido de sus tropas hasta que transcurre algún tiempo. La rabia de las tropas liberales, por el arti-

ficio de que se valió la columna de Novaliches para llegar hasta ellas, les dió un asombroso impetu y arrollaron á los que habian ganado ya la mitad del puente. Pavía viendo que perdía la esperanza de entrar en Córdoba, destácase de un grupo y grita á Sartorius—¡Al puente! ¡A tomar el puente y avanzar todos! Entonces en una carga horrible, rehaciendo á los que retrocedían, avanza á la embocadura del puente, y allí la lucha toma un impulso más grande, más pavoroso aún que en Pendolillas. El combate que á la par se efectúa en el puente de hierro, nada importante es con lo que en el puente de Alcolea pasa. Allí está la decisión: es lo último, es lo desesperado de la cólera de ambos ejércitos. Son las descargas tan frecuentes, que el estruendo de una apaga el de la que sigue y retumban á la vez cuatro ó cién. El puente retiembla como para hundirse, y en la atmósfera palpitan hálitos de sangre y rabia. Adelantan más aún las tropas isabelinas. Les llueven proyectiles de todos lados, pero no cejan. Los cada-

veres sirven ahora de parapeto. Espanta el arrojó de los isabelinos al acometer y la sangre fría de los liberales defendiéndose. Novaliches entra también en el puente. Los dos generalisimos de ambos ejércitos están á pocos metros uno de otro. Los dos quieren avanzar á encontrarse despreciando á sus oficiales generales, que les suplican por la salvación del ejército que se retiren para velar por sus tropas. Aquello es inmenso, magnífico, horrible: el fragor de la batalla aumenta, los disparos se hacen ya á quemarropa, la sangre se precipita en el río, por los desagüaderos del puente. Todo el grueso del ejército de Novaliches se agolpa sobre la embocadura en pos de sus generales. Serrano despide á todos sus ayudantes con órdenes y viene en carrera vertiginosa, la caballería, la artillería, los batallones de reserva y los carabineros. Aquello es una confusión inmensa de las dos embocaduras del puente y en ambas orillas. Sobre el ejército de la Reina caen las balas desde la cuesta del Capricho, desde las ventas y

las ventanillas, desde todos los lugares aquellos. Es un gran nublado que se deshace súbitamente: los gruesos goterones caen con grande repiqueteo, sobre los isabelinos sobre la llanura, sobre el puente, sobre el rio; y sin embargo Novaliches como la fatalidad avanza. Ya está en la mitad del puente. Su caballo se encabrita y bota para avanzar, saltando por encima de los cadáveres. Los suyos le siguen, Serrano se lanza tambien. El combate se recrudece, los hombres rugen, la fusilería atruena, caen hombres y caballos como prado de espigas á la avalancha impetuosa de un rio de fuego. Son heridos y muertos infinidad de oficiales de las tropas isabelinas, pero no ceden. Sartorius es herido tambien. Tira de la espada. Adelante, hijos!—Y no desalientan aun y continúan peleando como leones. Tambien cae Novaliches, y un punto de cruel desaliento enfria la calentura de la sangre de aquellos bravos. Aprovechense los otros de ese instante de vida ó muerte y cargan con espantable furia. Cunde el terror y en-

tra ya la indisciplina; retroceden. Los otros aprietan iracundos, y el ejército isabelino precipitase, de todos los puntos que había ganado. Aquel estruendo que se formó por la retirada, reproducíase tétricamente en los corazones, porque era el último estallante crujido del trono de una reina que caía hecho pedazos. ¡Oh destino! ¡Aprended lo que una santa y poderosa filosofía nos enseña! Lo que entre flores y entre perfumes nace en dulce olor de santidad ha de morir; lo que con sangre se cimenta ensangrentado morirá. Es imposible recordar las víctimas de Alcolea sin que el corazón se detenga á consagrar un recuerdo á las víctimas de Luchana. En el puente de Luchana se consolidó un trono para caer con estrépito de mundos en el puente de Alcolea. ¿Temblais? Sí; fué recordando sin duda, la historia de ese trono desde la gran tragedia de su nacimiento, hasta el gran festival de su muerte. Murió como había nacido. ¡Misterio profundo y triste como el de aquella luna alumbrando la azulada campiña, ilumi-

nando los cañones rotos, los árboles caídos, reflejándose en las enrojecidas aguas de la corriente, que seguía su curso con sollozante murmurar de rezos y salmodias, y depositando el dulce beso de bendición en la ensangrentada frente de los cadáveres que parecían mirar al cielo, protestando del orgullo y de la soberbia de los poderosos.





XII

La madre del teniente

Las fechas solemnes de nuestra niñez son lápidas conmemorativas, cuyos rótulos se hacen más visibles cuanto más el tiempo transcurre. Conozco lápidas de esas; algunas hay sobre mi corazón... ¿Os reis de que mi corazón pueda con tanto peso? No; no puede... Se me figura ver esas lápidas dentro de mí, como una hilera de losas de nichos; ya conoceis la inscripción de una de ellas:

1.º de Enero de 1869.

Pero bien; no es ese sepulcro el que voy á

destapar ahora; ya lo hice en la primera parte de este libro.

Dejo eso, para pensar en la fecha del día 2. Los nacionales huían, ó fueron fusilados, ó estaban en sus casas, fingiéndose inocentes en absoluto de aquello *que pasó*. La furia de los soldados había ido extinguiéndose, como el humo de un reguero de pólvora encendido de pronto. Yo contemplé admirado la alegría y la animación de estos hombres que, horas antes, lo destruían todo y traspasaban con sus bayonetas á cuantas personas encontraron en su camino. Era de noche; la ciudad estaba á obscuras; los faroles fueron rotos; las cañerías de gas obstruyéronse; en algún ventanucho, ó en el pretil despedazado de algún balcón, ardía una luz tenue que puso tal ó cual vecino; acá y acullá escuchábase el alerta de los centinelas, que permanecían inmóviles sobre un reducto ó tras el tabique de un caseron que se derrumbaba.

—Patrona, había dicho un soldado. ¿No habrá por ahí unos leños que quemar?

No había. Mi madre los expuso así. El soldado sin enfadarse, dijo:

—Los traeremos entonces.

Salió, siguiéronle algunos, los vi volver al instante... Traían una cama de matrimonio magnífica, de palo santo, y las hojas de nogal con bellas incrustaciones de un armario que allá se iría en valor con la cama.

Mi madre comprendió al momento; la cama y el armario componían parte de los muebles de una casa riquísima, de la cual éramos vecinos; intentó mi madre oponerse con blandura á que se quemasen maderas tan preciosas; los soldados echárouse á reír; un sargento dió orden de que se rompiera todo. Instantes después ardía en el centro de la espaciosa cocina una gran hoguera; los soldados estaban alrededor calentándose, bebiendo, apostando, inventando acertijos, contando cuentos ó hazañas los unos de los otros, recordando escaramuzas... Este hablaba de su novia, aquél de sus padres, aquel otro de un hermanito enfermo... La estancia se

llenó de humo de los cigarros... Hablaban á la vez, alegres, dicharacheros, nerviosos, con una gran risa á lo mejor, con un suspiro enorme más tarde... El fusil contra la pared, el ros echado atrás, el cinturón flojo, desabrochado el pecho, la punta del faldón recogida en la cintura.

No sé qué entusiasmos hicieron vibrar mi corazón de niño; contemplaba aquel cuadro con éxtasis, que hoy no puedo explicarme tampoco: las lenguas de fuego que se levantaban sobre las grandes astillas parecíanme de una viveza y de un color sorprendentes; no he visto nunca más, color de oro ni tonos azules tan brillantes ni tan bellos, como el oro y el azul de las llamas de aquella hoguera... ¡Bien es verdad que tampoco he vuelto á tener ocho años!

Un soldado grita de pronto:

—¡Basta, basta, que el sargento Rodríguez va á hablar!

Reinó un silencio... como el de la calle, que es cuanto puedo decir. Ni un murmullo... ni una respiración .. Oyéronse entonces los alertas

de los centinelas, como lamentos quejumbrosos. Creyérase que las campanas de la Trinidad aguardaron esta hora para dar sus sonos, tan quejumbrosos como el gemido de los centinelas... Las llamas parecióronme más vivas, más ondulosas, más ardientes; su oro más puro, su azul más intenso...; las sombras de los soldados, proyectadas en las paredes de la cocina, grandes monstruos amenazando devorarse mutuamente.

Mirábamos todos al sargento... Al principio no pude ver su cara; envolviase el hombre soñolientamente en una rica colcha de damasco, como César envolveríase en su roja púrpura. Aunque muy niño, no fué mucha mi precocidad comprendiendo que la colcha era de la cama que en aquel instante calentábanos á todos.

—Pues señor, dijo el sargento Rodríguez, estoy acordándome... Hará ocho años, poco más ó menos, de la última vez que estuve en Málaga... Ahora nos han recibido á cañonazos... Aquella vez nos recibieron con vítores y pal-

mas... Ahora ha caído sobre nosotros metralla pura y aceite hirviendo... Aquella vez caían ramos de flores y oíamos gritos de entusiasmo... Es que ahora hemos venido á pelear contra Málaga, y aquella vez desembarcábamos en Málaga de pelear contra el moro.

El sargento calló un instante; su voz había temblado ligeramente; mientras hablaba, arrojósele hasta los hombros la colcha de damasco que le envolvía casi la cabeza. Apareció una cara varonil, morena, curtida, de ojos negros, duros, de pestañas largas, de boca grande, de labios rojos, gruesos, de pelo fino en la cabeza, y crespo, erizado en el bigote.

—En los muelles de Málaga y en las calles próximas había más de sesenta mil criaturas esperándonos; fué un delirio de aclamaciones y vitores; las calles se cubrían de banderas; los balcones estaban atestados de niñas bonitas, cada una con su pañuelo flotándolo, cada una con su ramo de flores de los huertos malagueños; los curas nos bendecían, las campanas re-

picaban, las madres se arrojaban á nosotros como leonas para abrazarnos y besarnos; el suelo de las calles por donde íbamos estaba lleno de *juncías* y de clavelillos de los montes... ¡Bendita sea la Virgen, qué día aquél! Una muchacha de mantilla negra, hermosa como el cielo, con ojos grandes como el mar, de cintura finilla como una juncia de aquellas que pisábamos, se vino á mi con un manojito de rosas; yo metí las rosas por el tallo en el cañón de mi fusil, y perdido el seso por la patria y por los ojos de la niña morena, sin saber lo que me hice ¡pum! le dí un beso en un carrillo! Quedé loco de espanto, pero ella gritó: ¡Viva España! ¡Viva la reina!... Y me puso el otro carrillo.

Yo me alejé llorando, con el manojito de rosas en el cañón de mi fusil, y orgulloso como si llevara con él toda la sal y todo el garbo de las mujeres andaluzas.

Aquella misma noche fui con una carta que me dió el gobernador de Melilla para una señora malagueña. Recuerdo que vivía la señora en

la Alcazaba... Gordo era lo que en la carta le decía el general á la señora: «Su hijo único, un cadetillo bravo como una fiera, que en pocas semanas fué teniente y que estaba ya promovido para el grado de capitán, fué degollado á traición por unos rifeños.» Me puse más blanco que el papel, mientras la señora leía.. ¡Como que estaba enterado de todo! Pero la señora, ni se inmutó siquiera. ¡Vaya un corazonazo el de estas mujeres, Cristo mío!

Dobló la carta preguntándome si sabía detalles de la muerte de su hijo... Se los dije... El gobernador de la plaza tenía que enviar unos pliegos urgentes á don Leopoldo O'Donnell... ¡Qué día!... La plaza llena de heridos, oficiales y subalternos; el teniente Armental, el hijo de la señora malagueña, convalecía de una herida en el hombro, por la que le promovieron al grado... Se brindó el teniente al gobernador para llevar los pliegos; negáronsele por no estar resablecido del todo; insistió, diciendo que era una vergüenza, que quería ganar los galones de ver-

dad, y accedió al fin el gobernador, no teniendo otro entonces que le inspirase igual confianza. Era por la tarde; partimos; poca gente: el muchacho, cuatro hombres y yo... Parece que le veo, preguntándome si quería seguirle; el bigotillo rubio se le erizaba como á los gatos en pelea, y sus ojos azules movíanse como centellas locas; no sé qué cosa me entró en la sangre al ver el entusiasmo de aquel niño... Le dije que sí; designó á los otros. ¡A caballo! ¡Fuera! ¡Ala! ¡Ala! De pronto... ¡Virgen! Entre unas pitas, una detonación; cae el teniente, el caballo escapa, nosotros disparamos sobre las pitas, me apeo, quito al teniente el papel, vamos á las pitas... Un moro muerto, otro herido... Al herido lo lleva á Melilla un soldado nuestro, y yo sigo á galope con los otros. Cumpló el encargo del gobernador, volvemos, y al llegar á las pitas, voy á buscar el cadáver del pobrecillo del teniente... ¡Mil demonios! El cuerpo estaba allí... ¡Estaba allí menos la cabeza!... La cabeza la enviaron los moros al gobernador de Melilla,

mofándose de él y del muerto, y encargando al Gobernador que se la mandaran á su madre, como un regalo de las kábilas del Riff.

Sin chistar oyó la señora lo que le conté pero le corrían por la cara lagrimones como puños.

—¿Está prisionero el moro herido?, me preguntó.

—Sí, señora.

—¿Le conocería usted si le viera?

—Sí, señora.

—¿Quiere usted venir á Melilla?

—Me parece que oigo todavía aquella voz de la señora; parecía la voz de un muerto. Le dije que sí, pero que con qué licencia.

—La pediré, me contestó; vuelva usted mañana.

Volví; tenía ya la licencia; aquella misma tarde nos embarcamos. Al llegar á Melilla se presentó la señora al gobernador; pidió ver al moro; se lo concedieron.

—¿Es este?, me preguntó ella cuando le tuvimos delante.

— Sí, señora.

— Déjenos solos.

Los dejé.

¿Qué hablaron la señora y el morito? ¡Quién sabe! Aquello duró mucho. Cuando acabó de hablar con el moro, pareció más muerta que nunca... ¿Tendría buenas aldabas la señora, que aquella misma noche quedó el moro en libertad?

Cuando el moro se alejó, la señora me dijo:

— Sargento Rodríguez, he averiguado quién disparó sobre mi hijo y quién le degolló. No fué el moro que murió en las pitas, no fué tampoco el que ha quedado libre ahora; el que fué, huyó y está vivo. A éste que hoy libertamos le daré todo cuanto poseo para que haga lo que yo le mande; nos llevará primeramente adonde el otro vive... Tengo que hablar con él... ¿Quiere usted acompañarme?

Muchachos, yo tenía los pelos de punta; pero la voz de la mujer me tocaba en la sangre como una cosa de mi corazón «Sí,» dije.

Aquella misma noche salimos; íbamos á caballo, los dos solos; el moro esperaba... Fué la primera vez que un pillo de esos cumplió lo que ofreció, porque más traiciones y más malos no los vimos nunca... Pero es lo que pienso ¡Mediaban en el asunto los monises de la señora!

Caminando ya, me dijo la señora muy bajito:

—Este hombre afirma que el moro á quien buscamos se llama Mahomet Jara, y que vive con su madre.

—Pero ¿y si éste mintió? ¿Y si le mató él y no el otro?

Yo pregunté eso y la señora me dijo muy serena:

—Este no fué; le miré los ojos y no los agachó; un asesino agacha los ojos si le mira la madre del hombre á quien ha matado... Además, sólo eran tres: Mahomet, el que murió y éste; el que murió no pudo cortarle la cabeza; éste tampoco, pues cayó prisionero. Fué Mahomet Jara.

Caminamos otro rato; la señora habló así, bajito siempre:

—Mahomet, es un cabo de kabilas; anda en conferencias misteriosas con el bajá; se ven de noche en un chozón oculto entre unas jaras; éste que nos guía es el medianero de los dos...

Nos callamos, porque el moro se detuvo.

—Aquí es, díjola en un español que merecía cuatro tiros.

—Llama, ordenó la señora.

Llamó y cuando contestaron dentro, respondió el moro en su infame lengua:

—Abre, Mahomet Jara, que te busco de parte del bajá.

La señora me dijo en tanto:

—Yo entraré sola; espéreme usted con ese.

Se abrió un poco la puertecilla. Yo temblaba; la señora empuja con fuerza, y se mete de pronto; nada se oye... Los minutos me parecían siglos... Creí que era ya un viejo cuando escuché otra vez las pisadas menuditas de la señora.

—¿Qué ha pasado?, le preguntó.

—Venga usted.

Le seguí; llegamos; el postigo abierto; un gran candilón colgado de una viga; su luz dificultosa cae lúgubrementesobre el cuerpo de Mahomet, tendido en tierra con el corazón atravesado de una puñalada. Me asusto, no por el muerto, sino de pensar en la brava sangre de aquella mujer.

—Salgamos, digo.

—Todavía no, responde ella.

Saca el puñal de la herida, y cercena de un golpe la cabeza del moro; cógela del pelo, la lia en un paño, salimos, se dirige la señora al moro que aguardaba.

—Aquí tienes, le murmura, dándosela.

La toma el moro y se escabulle sin chistar.

—¿A quién se la lleva? pregunto á la señora, muerto de espanto.

Y la señora responde:

—A su madre.



¡Vencidos!

Las páginas que siguen, no guardan relación con las anteriores; en estas guerras, las heridas no se ven; la sangre no brota; queda dentro y allí se pudre y envenena con lentitud y mata sobre seguro.

Leed un poco y quizás hallaréis algo que aprender en estos *Vencidos*.



XIII

El corazón de la Señora de Trueba

La señora de Trueba tiene veintiun años; hace dos se casó y no ha perdido nada de su elasticidad, ni su esbeltez; su belleza es la misma y se distingue como antes por sus manos y por sus ojos... Unas manos deliciosas y unos ojos negros, magníficos... No vi en mi vida unos ojos tan imponentes... ni tan puros.

El señor de Trueba es joven también, gallardo. La ama y sufre... No es correspondido.

Se susurra entre la servidumbre que el señor y la señora han tenido hoy un misterioso

altercado en el gabinete azul; después recibió la señora de Trueba un *bouquet* de violetas y una carta; por la tarde estuvo muy nerviosa. Al oscurecer enciérrase con su doncella en el gabinete azul y da principio á su tocado. Irá esta noche al baile de los duques de Olmedo.

Pronto concluye... Está hermosísima; las carnes satinadas y duras de la señora de Trueba brillan como sus ojos.

Pregunta la hora que es... «Muy temprano.» Se queda sola... Levanta un visillo y mira por el cristal... Fuera cae la nieve... Aquella nieve parece más blanca. La calle parece también más fría... ¡Es tan comfortable la temperatura del lindo gabinete azul!

Extraña modorra vá apoderándose de la señora de Trueba... No puede resistir, se reclina lánguidamente en su *chaise-long*, cierra los ojos y espera así la hora del baile; trascurren unos minutos y no define lo que le pasa; se figura que duerme y sabe además que sus ojos

están abiertos. ¿Dormirá? No, lo vé todo; la gran luna donde tantas veces admiró su gentileza de niña; las dos preciosas figuras de Román Rivera, con sus marcos; los lindos *bibelots* de la mesita dorada... Lo vé todo... Hasta el hermosísimo *bouquet* de violetas que le envió aquella tarde una persona desconocida. Al mirar el *bouquet* siente la señora de Trueba frío en los huesos.

La luz se amortigua. El gabinete azul se confunde en suaves penumbras. La señora de Trueba, tendida en su *chaise-long*, parece una estatua volcada. Retira la vista del *bouquet*...— Se estremece de horror... La ha inclinado para mirar su pecho, allí á la izquierda... ¿Qué pasa á aquél delicioso busto de nieve y rosas? Los encajes se rasgan, el blanco seno se parte, y como pudiera surgir de la base de una pequeña colina de nieve un sol enrojecido, surge con lentitud del roto pecho el corazón ensangrentado de la señora de Trueba.

Llévase las manos al corazón... No, el cora-

zón no está allí; las manos se hunden en el hueco que el corazón ha dejado... Allá lo vé ahora... Va alejándose... ¿Qué lo impulsa? ¿Qué lo suspende en el vacío?

La señora de Trueba está inmóvil... Es el espanto de su situación y la sorpresa de vivir aun. Quiere gritar... Quiere levantarse... No puede.—¿Vivo?—se pregunta—Sí, vive. Lo sabe... Lo adivina ..

Queda al fin el corazón inmóvil. La señora de Trueba lo vé como un mundo microscópico aparecido de repente en aquel gran caos del gabinete azul.

Se oyó una voz apagada que la señora de Trueba ha creído oír ya otra vez. ¡Ah!—piensa.—El corazón está hablando.—El corazón dice:

—Tu marido vendrá esta noche. Vendrá como siempre, desde hace mucho tiempo. ¿Le rechazarás como siempre?

—Amo á otro.

—Tu marido es primero.

zón no está allí; las manos se hunden en el hueco que el corazón ha dejado... Allá lo vé ahora... Va alejándose... ¿Qué lo impulsa? ¿Qué lo suspende en el vacío?

La señora de Trueba está inmóvil... Es el espanto de su situación y la sorpresa de vivir aun. Quiere gritar... Quiere levantarse... No puede.—¿Vivo?—se pregunta—Sí, vive. Lo sabe... Lo adivina ..

Queda al fin el corazón inmóvil. La señora de Trueba lo vé como un mundo microscópico aparecido de repente en aquel gran caos del gabinete azul.

Se oyó una voz apagada que la señora de Trueba ha creído oír ya otra vez. ¡Ah!—piensa.—El corazón está hablando.—El corazón dice:

—Tu marido vendrá esta noche. Vendrá como siempre, desde hace mucho tiempo. ¿Le rechazarás como siempre?

—Amo á otro.

—Tu marido es primero.

—Amo á otro desde niña,—repite la señora de Trueba, asustada.

—¡Tu marido es primero!

—¡Le adoro, me moriré sin él... Me volveré loca!

Y el corazón implacable:—Tu marido es primero!

La señora de Trueba gime y el corazón habla... habla...—Si os amábais desde niños, ¿por qué no te supiste conservar para él? ¿Suspiras? ¡Te adivino! ¡Si pudieras arreglarte para hacerlos felices á los dos!... ¡Liviana!

—¡No, no!

—¡Silencio!

Hay una pausa breve que es una inmensidad. El corazón parece á la señora de Trueba, en lo obscuro, la ancha boca de una herida... De una herida como la que tapa en su pecho con las manos. El corazón sigue:

—Me explico tu afán de ir á casa de los de Olmedo... Verás allí al otro... Ese *bouquet* que te ha enviado, es la señal convenida.

¡Esta noche verás á tu amante!

La señora de Trueba grita angustiosamente:

—¡No, no es mi amante!—Y el corazón responde:

—Lo será.

El corazón sonríe. A la par que sonríe desprendese de él una gota de sangre. La gota de sangre ha caído sobre el *bouquet* de violetas.

El corazón dice:

—Esa gota de sangre es la vida de uno de los dos; escoje: tu eres árbitro. Tu marido ó tu amante.

—No, no es mi amante,— exclama la señora de Trueba.

—Lo será.

—Es horrendo... Y ¿por qué lo aseguras?

—Porque entre dos caminos, la mujer siempre escoje el más trabajoso; porque entre dos ideas la mujer siempre escoje la menos clara... ¡Y ser de tu marido, es lo fácil, lo lógico, lo natural, lo que sin costarte trabajo te glorificaría... Los dos te dijeron lo mismo. . Ya los

conoces á los dos: sabes que son valerosos, que son honrados, que te aman y que han de cumplir lo que te ofrecieron. El uno te ha dicho: «De esta noche no ha de pasar; te amo; soy tu marido... de nombre. No iré á mi cuarto, iré al tuyo. ¡Si me rechazas, libre serás para siempre!—¿Y el otro en su carta? No puedo más; vida, honor, gloria... Todo lo dejaré si no lo gozo contigo. Esta noche en el baile.» ¡Hasta parece providencial la coincidencia de que los dos te hayan hablado del mismo modo, en un mismo día! Tu eres árbitro. Esa gota de sangre es la vida de uno de los dos. Puedes escoger.

La señora de Trueba no habla; está inmóvil, su rostro parece marfil, sus manos lírios blancos que ocultan la aterradora llaga de bordes azules que el corazón al salir dejó en el pecho; sus ojos se clavan con fijeza de muerte en su corazón; el corazón semeja ahora una lámpara de luz lívida que llena el gabinete azul de visiones estremecedoras; por el arco de las pestañas tendidas sobre los pómulos amarillen-

tos, va deslizándose una lágrima inmensa, terrible, candente, como la gota de sangre que el corazón dejó caer sobre el ramo de violetas...

Se oye de pronto una voz más fuerte:—Señora, el coche está ahí.

La señora de Trueba levántase de un salto; mira extrañada á todas partes ¿Que la sucede? Se lleva las manos al pecho... El corazón está allí... El corazón late con suavidad... Sin embargo, un ser invisible la envuelve el rostro con su aliento, diciéndola al oído:

—¡Esa gota de sangre es la vida de uno de los dos!

Lánzase la señora al *bouquet* de violetas, cógelo nerviosamente, lo mira... Allí no hay sangre alguna... Y la voz del ser invisible continúa á su oído:

—Tú eres árbitro; escoge; tu marido ó tu amante.

—No, no es mi amante—grita la señora de Trueba con rabia.

—Lo será.

Se mira al espejo la señora de Trueba. Sus ojos brillan... Sus carnes brillan... Su pelo negro es luminoso, como sus ojos... Como sus carnes...

Ya está. Avanza con leve taconeo y estremecedor rugidillo de sedas... Baja rápidamente... Al llegar al vestíbulo, aquella voz misteriosa y apagadita del corazón, le dice con dulzura:

—¡Vas a ver a tu amante!

La señora contesta apretando los puños cólericamente:

—No, no es mi amante.

—¡Lo será!

La alegría hace estremecer a la señora de Trueba, pero la rabia de oír aquella voz la pone livida. Llega al coche, el corazón le late con violencia. ¿Irá a saltar ahora verdaderamente del pecho? —El corazón le dice:

—Anda, apresúrate, que te espera tu amante.

—¡No es mi amante!—grita la señora de Trueba, loca de ira. —No lo es.

—Lo será.

—No.

—Lo será.

—Pues no lo será... Y veremos quien se sale con la suya.

Despide al coche, vuelve, sube, llega al gabinetito azul, arroja el abrigo. Los criados están inquietos, la doncella aturdida: «¡Vete, me desnudaré yo!» Se queda sola, coje el *bouquet* de violetas, lo hace pedazos, lo esparce en el suelo, lo pisotea y rompe á llorar.

Va serenándose... Silencio... Nadie habla... El corazón tampoco...

Oye pasos la señora de Trueba «¡Es su marido!» Llama discretamente.

—Entra—le dicen:—¡Qué voz más dulce!

Entra... Está tembloroso... Una mano se apoya en su mano, una cabeza en su hombro... Los alientos se confunden y la señora dice trémulamente:

¡Perdóname!

Las violetas suspiran en el suelo y una dice:

—Al fin se ha vencido; su virtud la salva..

—No, su amor propio—contesta otra melancólicamente.

El filósofo.—Y la virtud y la honra ¿que son al fin sino el amor propio humano?



XIV

La tragedia de un beso

Bellas damas: no os enfurezcáis contra mí, que no es mi intención ofenderos. Si os hago mal alguna vez bien sabe Dios que lo deploro más aún que vosotras. Este prelude os parecerá alarmante. ¿Sospecharíais quizá que es un anatema lo que voy á lanzaros? ¡No! ¡Nunca! Mujeres, adorables mujeres, tengo una satisfacción especial en escribir para vosotras. Sois impresionables, y me valgo de vuestra impresionabilidad para poner delante de vuestros ojos ejemplos vivos, aunque parezcan inverosímiles.

Andrea se llamaba y tenía novio. ¡Ya veis que cosa más natural, siendo Andrea una hermosa mujer, elegante, con buena educación y con algunos miles de duros; ¡Novios! De lo que más sobraba era de eso. El hombre de quien ella se enamoró la quiso de verdad; no por su dinero ni por su hermosura, sino por su alma, aunque os parezca mentira que haya hombres aún que se enamoren de la mujer por ella misma y no porque se deslumbren con el oropel que la rodee.

Eran muy felices. Pero decid: ¿es acaso la felicidad duradera en la vida? No, porque el demonio está siempre dispuesto á hacer de las suyas. Veréis de qué medios se valió esta vez para tirar de la manta. Hallábase una noche en el teatro. Andrea miraba con sus gemelos hacia el escenario. El novio, detrás de ella, un poco á la izquierda, la contemplaba á su sabor, muy pensativo, sin cuidarse poco ni mucho de los demás que habia en el palco.

¿Qué fué lo que puso á Pablo [tan pensati-

vo? Fué el demonio, que empezó á tirar de la manta en aquel mismo punto precisamente, muy despacito, eso si, con mucha suavidad, pero empezó.

La nuca de Andrea fué lo que á Pablo puso tan pensativo; aquella nuca blanca como la nieve, y aquellos perfumados rizos negros que se recojian allí como otros tantos demonios intencionadísimos, qué, saltando invisibles de la blanca nuca al corazón del hombre, convirtiéronse en centellas flamigeras para quemarle y destruirle. ¡Ay! Sin quitar los ojos de aquel imán bellissimo que le tiraba de las retinas, pensó Pablo por vez primera en lo que cualquier novio hubiese pensado mucho antes: en que aquellos rizos parecían puestos allí por Dios expresamente para que él los besase. Procuró apartar de su cerebro la idea, pero no pudo, porque ya el gran demonio, padre de aquellos otros demonios chiquitines de la nuca, le hizo echar raíz en su corazón. Se aturdia, se mareaba, queriendo olvidar, y érale imposi-

ble. Se separó de Andrea aquella noche, y de-
cía-se temblando:

—¿No es mía Andrea? ¿No es mi prometida
de mi alma? ¿Por qué razón ha de negarme
una cosa tan inocente como un beso?

Estuvo Pablo muchos días sin decidirse.
Andrea hallábale muy extraño en algunas oca-
siones.—¿Qué tienes?—le preguntaba con inte-
rés. Y en vano fué que esperase respuesta:
nunca le contestó Pablo con palabras, sino con
suspiros; unos suspiros que hallaba Andrea
muy interesantes, pero que, en suma, no le
podían aclarar el misterio.

Andrea fué al campo con su familia, y al
novio se le invitó más tarde á pasar con ellos
un par de semanas. Era una noche estival, muy
dulce, muy fresca, de cielo muy estrellado.
Delante de la casa deslizábase un arroyuelo
y la luz de la luna caía sobre los sembra-
dos, sobre la arboleda, sobre las aguas, como
una inmensa caricia de ternura, como un beso
maravilloso depositado por Dios sobre la tie-

rra, como el beso que Pab'o hubiese querido recibir de Andrea. ¡Y ella estaba allí, junto á él! No pudo contenerse.

—¡Andrea!—exclamó.

¿Qué modulación puso en esta palabra que Andrea, al oírle, sintió como si de pronto le hubiesen dado un gran golpe en las sienes?

—¿Qué?—contestó, alarmándose.

—¡Andrea! ¡Un beso!

Andrea se levantó arrogante, altiva, hasta cruel (aunque interiormente sintiera extrañas turbaciones), y exclamó con dureza:

—Me has ofendido y viviré prevenida. El cariño puro, el grande, el que tu alma debe alimentar para una mujer como yo, es ajeno completamente á *eso* de que acabas de hablar. Si otra vez te oigo pronunciar esas frases, todo habrá concluído entre nosotros.

Andrea sintió lo que dijo y habló de verdad.

Hay mujeres ¡muchas! ¡la mayoría! ¡casi todas! que no encuentran malo cambiar un

furtivo beso con el hombre de su amor, si le aman de veras y si están seguras de ser amadas; pero Andrea no pensaba, sobre el asunto, de igual modo: creía aquello un pecado muy grave, una blasfemia contra la religión de sus pudores, un desacato á Dios y á sí misma, y os juro que dió una gran prueba de cariño al novio no mandándole á paseo desde el primer instante.

Pablo no añadió más, pero empezó la lucha; una lucha extraña, cruel, de sentimientos, de opresiones, de agonía. Pablo insistió poco después, y Andrea, que le amaba ciertamente, aunque sufrió al oírle, no quiso romper de veras como ofreció. Aquello dió á Pablo alientos; pero Andrea, aunque no tomase la resolución decisiva, no fué por esa causa más débil, y se mantuvo firme, enérgica, segura. Aquello no era corazón de mujer; aquello era un diamante durísimo, que nada podía quebrantar. Cuanto más Andrea mostrábase intransigente, más sufría Pablo y se empeñaba más. Aquel deseo se fué agrandando: le inquietó al principio, le

aturdió después, le hirió, le flageló. No fué ya un deseo: fué una locura.

—Y ¿qué te importa?—Solía decir ella.—!A bien que falta poco! ¿No vamos ya á casarnos? Por otra parte, ¿qué mal encuentras en eso? ¿No es lo que debe ser?

—Sí: lo que debe ser; pero meditándolo, reflexionándolo, sometiendo el alma á una regla vulgar, encuadrándola en un molde frío y de límites que ahogan. ¡Seguramente! ¡No podrías darme un beso sin que estuviéramos ya casados! Ahora te parece imposible, te avergüenzas, te sonrojas: después, no. ¡Ah! Después, en un segundo solamente, cambiará todo. ¡Ya podré darte y podrás darme los besos que quieras! ¡Ya no te violentarás! ¡Ya no te avergonzarás! ¡Ya no tendrás sonrojos! ¡Cierto! ¡Ya estaremos casados! ¿Quién lo duda? ¡Qué transiciones! ¡Qué manera de no sentir y de sentir, no como tu corazón te lo pida, sino como la sociedad te lo ordenel

—¡No!—exclamó Andrea con energía.—¿Qué

has creído tú? ¿Que la mujer es así? Te has equivocado. No es lo que tú dices. Yo soy de otro modo, y todas las mujeres honradas serán como yo. Lo mismo me sonrojaría darte un beso ahora que soy soltera y no me une á tí lazo ninguno, que me sonrojará cuando estemos unidos para toda la vida. Es que luego me someteré porque serás tú mi dueño y porque te amo y encontraré la satisfacción de mi amor en la dulce complacencia que te demuestre.

Tal vez aquello hubiera convencido en otra ocasión al hombre; pero ya era imposible: protestó desesperadamente. La duda de no ser amado por Andrea era el más grande enemigo que tenía. Ella no le vió la cara en aquel punto: de vérsela, ¡quién sabe lo que hubiera sucedido! Tal expresión de angustia y de amor tenía. No vió tampoco que Pablo lloraba: estaba oscureciendo ya. Como otras veces deslizábase el arroyo con músicas suaves. Oíanse ruidos extraños en la campiña, el cantar de algún pastor, el balar de una oveja. El esquiloncillo

de la ermita próxima tocaba melancólicamente la oración de la tarde. Todo invitaba á un dulce recogimiento. El alma de Andrea se conmovía, y sus pulmones dilatábanse con aquellos aromas agrestes de la salvia y del tomillo. Hay quien asegura que, si en aquel punto pone Pablo su boca en la de Andrea, hubiese respondido la mujer, inconscientemente, con un puro beso de amor, como el que parecía enviarles la luz pálida de la primera estrella, que salió entonces como una lágrima de Dios perdida en la inmensidad.

Pero Pablo no cayó en aquello. Pablo era noble, tenía buena fé: no le parecía honrado un beso por sorpresa, y, por otra parte, no estaba dentro del alma de la mujer en aquel punto. Ella volvió á la realidad bien pronto, y á las nuevas protestas de Pablo negó como siempre. El se fué y no volvió al otro domingo. Andrea se inquietó. Tuvo carta al mediodía: cuatro renglones. Pablo se sentía enfermo, y en la carta volvió á decirle: «Tú tienes la culpa.»

—Pero ¿será posible?—exclamó ella llorando.—¿Tendré la culpa yo?

Al domingo siguiente no fué Pablo tampoco. Andrea quiso volver entonces á la ciudad. Los padres accedieron: querían también á Pablo. Se supo allí que estaba muy grave. ¿Qué tenía? ¡Quién lo puede decir! Nunca se quejó: no le dolía nada. Con mucho esfuerzo fué un día á casa de Andrea y ella quedó aterrada. ¿Era Pablo aquel hombre? Pero, lejos de repelele, le amó más; porque debo decir que hay mujeres también sobrado infames para echar lejos de sí, porque enfermó, al hombre á quien *amaban más* que á su vida.

Quedáronse un instante solos: fué el último encuentro. Pareció ella más pálida aún que Pablo: se le retorció el corazón.

—¿Será posible, Dios mío!—deciase calladamente.—¿Se morirá por eso?

Hubo un segundo en que cerró los ojos é iba á poner la boca, sumisa, para que él besase. Entró gente y fué imposible. Pablo no compren-

dió aquella ráfaga que habia pasado por el cerebro de la pobre Andrea. Ella se recogió ya en sí: el pudor hacíala callar. ¡Ay! Pero tantas veces le dijo Pablo que iba á morir por causa suya que llegó á creerlo.

Separáronse. Al otro día estaba Pablo peor, y no fué. Al dia siguiente, peor aún. Andrea creyó morir; pero no: quien murió fué Pablo. ¡Murió seis días después de la última conversación con la mujer amada!

¿De qué murió? Diré como antes, ¿quién se atrevera á afirmarlo? De lo que puede morir cualquiera: tísico, de una afección al corazón de cualquier cosa, de todo, en fin, menos de que Andrea no le besase. Pero, con los antecedentes anteriores, ¿quién probaba á Andrea que Pablo no murió de lo que él dijo que iba á morir?

Cuando tuvo la noticia gritó desesperada:

— ¡Padre! ¡Quiero ir á verle!

— Pero, hija, ¿qué dirán?

— Y ¿qué me importa á mí lo que digan, con tal de que le vea?

Fué. La acompañó su padre. Llegó precipitada, loca. Detúvose un segundo ante el ataúd creyendo que el corazón se le saltaba. Tenía Pablo los ojos abiertos, los labios contraídos dolorosamente. Con los labios, con los ojos, parecía decir á la aterrada mujer:

—¡Por tu culpa! ¡Por tu culpa!

Enloqueció entonces. Suelto el cabello, febril la mirada, se abrazó á Pablo, y gritó apasionadamente, cubriéndole de besos:

—¿Por qué, Dios de misericordia, no le di antes el beso que me pedía?

Pasó tiempo y el dolor no se le iba del alma: la sombra de Pablo vivía con ella. Pero los padres se desesperaban. Joven, rica, hermosa, podía vivir aún, podía gozar.—¿Por qué no te casas? Era el sermón de siempre, en boca de sus padres, en boca de sus amigos, en boca de todos. Consintió al fin. Sus padres estaban muy viejos. ¿Qué haría, sola en el mundo, después que muriesen? Con mucha repugnancia

cia oyó las pretensiones de otro enamorado
¡*Accedió!* ¡Qué hacer! Dió el *sí*. ¿Y sabéis una
cosa? Lo primero que hizo este hombre fué pe-
dirle una prueba de cariño.

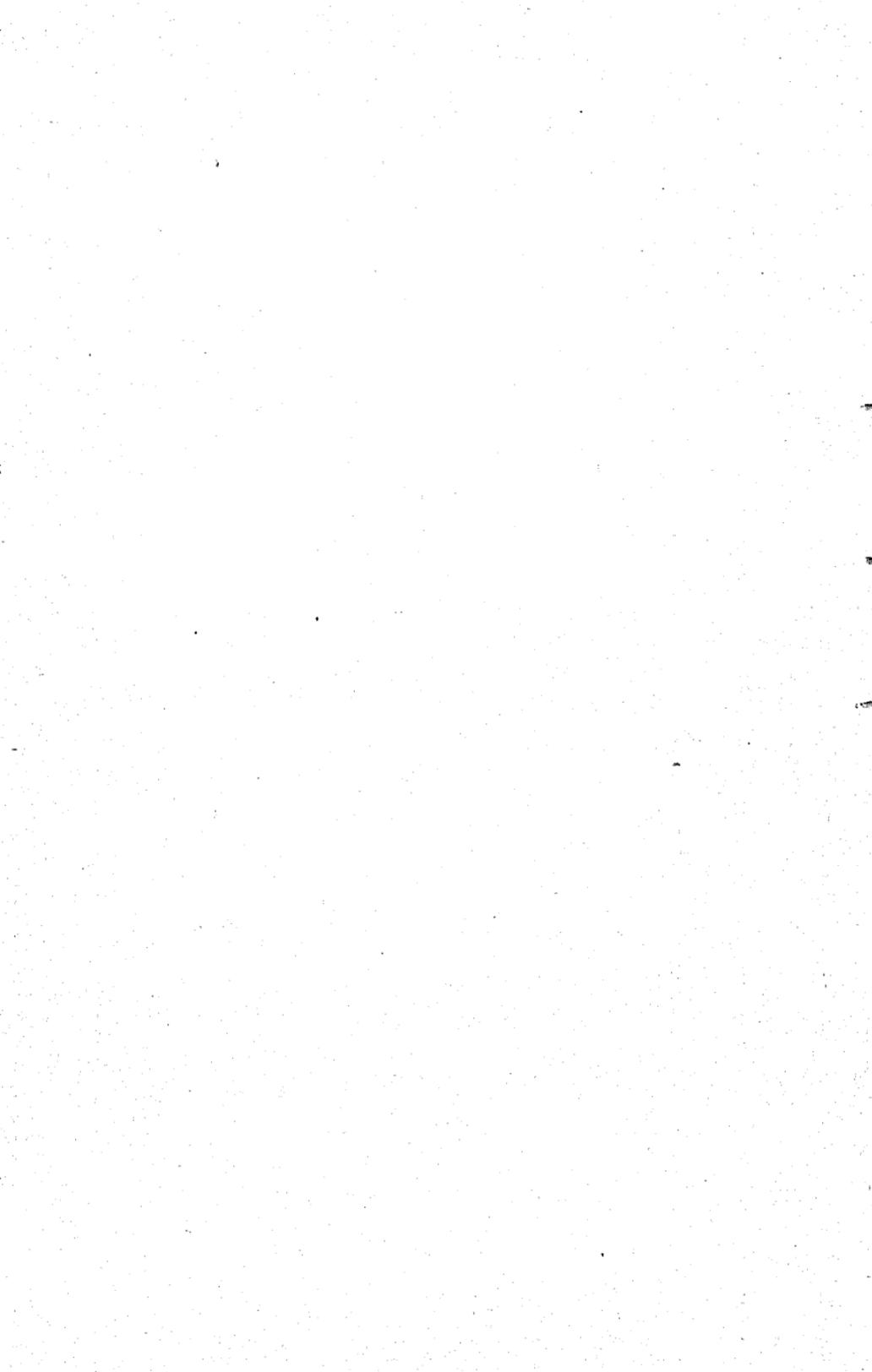
—¿Cuál?—preguntó ella, horrorizada.

—¡Un beso!

—¿Un beso?—pensó.—¿Se irá á morir tam-
bién si no se lo doy?

Apenas lo hubo pensado, sin afán, sin amor,
sin locura, alargó su cuello de cisne y besó la
boca del dichoso. El la miró suspenso, se fué
sin hablar... y no se casó con ella.

¡Le pareció muy frágil!



XV

El ciego de la flauta

La nieve cae, el ciego toca la flauta sentado en la puerta de la iglesia. «¡Por ser el día de los Santos Reyes, una limosna al pobre ciego!» Los transeuntes pasan con indiferencia, cargados de juguetes para sus hijos... El ciego tiene hijos también, hijos haraposos, que no comen; hijos que plañen allá, en el tabuco mugriento, arrojados por algun rincón.

Pero el ciego es feliz; la tarde no ha sido mala, la noche tampoco; de vez en cuando tantea con fruición el plato de metal que tiene á sus

pies con algunas monedas de cobre... Pronto vendrá por él su hija mayor, la de pelo rubio, la de mejillas blancas como la cera... «¡Pobre niña mía! Estad tranquilos; su palidez no es de enfermedad que no se cure, es de hambre y se curará esta noche.» Ya vendrá su niña, ya vendrá por él, adonde mismo le dejó, al átrio de la iglesia.

Los niños del ciego no tienen madre, murió; viven solos, á merced de algún vecino, mientras el ciego pide limosna para que se mantengan al día siguiente. Pero aquella noche van á estar muy contentos; tendrán comida y abundante; tendrán algún juguete, aunque se vuelvan locos por haberlos tenido la primera vez en su vida... Y después de haber cenado jugarán junto al brasero vivificándose de este modo una vez al año siquiera... «Si, sin duda: las ascuitas rojas del brasero parecerían á los niños la corona de diamantes que Dios puso á su mamá en la gloria.»

La flauta del ciego suena, la nieve cae, el

transeunte pasa, allá en el fondo rompen la bruma, palidas luces, como lágrimas del cielo que se congelaron al caer...

Y el alma del ciego sigue hablando con sus niños, con sus juguetes, con la mamá, con su corona de diamantes...Y la flauta sigue sonando... sigue sonando en la puerta de la iglesia.

¡Almas cristianas, una limosna al pobre ciego!

Y el ciego se dice:

Pronto vendrá, pronto vendrá por mí la niña rubia... Cuarenta céntimos de pan y veinte de leche, sesenta, y diez de confites setenta; los confites son para ponerlos en los zapatitos del niño... ¡Pobre angel!... ¡Los zapatitos están muy rotos!... Y diez de carbón, ochenta... El carbón para que se calienten. ¡Pobres!... Y aunque se hunda el mundo, cuarenta céntimos para una muñeca que alegre el corazón de la niña rubia. ¡Justo... justito y cabal! ¡Una peseta y veinte céntimos!...»

Llega la niña rubia, sus cabellos, de oro caen

laxos por la humedad de la nieve... Suena su voz apagadita y temblorosa por el frío:

—¡Papá! ¡Papá

El pobre va á levantarse, tantea el suelo... no está el platillo... tantea otra vez...

¡Le han robado!

Sus pupilas inmóviles se humedecen... Brota una lágrima... No corre, hiélase allí.. Parece un diamante de la corona de la muerta.

—¡Anda, papá!

—Es pronto... Pediré todavía.

La nieve cae.. Y sigue sonando... sigue sonando la flauta en la puerta de la iglesia.



XVI

Tetá y Pimpim

Te juro, lector de mí alma, que no sé cómo empezar la narración de las trágicas escenas á que dió motivo el odio profundo que se profesaron siempre *Tetá y Pimpim*. Esos dos nombres te chocarán sin duda; pero te explicaré la etimología de ambos para tu satisfacción y tranquilidad. Cuando Teresa tenía algunos meses y empezó á modular ciertas frases, lo primero que mal pronunció fué su nombre. Al preguntar á la chiquilla como se llamaba, decía—*Tetá*,— y reíanse mucho de su gracejo. Más tarde pareció

este nombre de mucho cariño, y todos la llamaron *Tetá*. Cuando discernió algo, aquello de *Tetá* no sonó bien á la criatura; pero tal costumbre había de llamarla así que ninguno de sus allegados acordábase de su verdadero nombre en momento oportuno. De todos modos no dejaba ella de ser un primor de Dios, con su cuerpecillo menudo, muy esbelto, su carilla blanca como la nieve, sus ojitos azules, luminosos y relampagueantes de cólera como se tropezaran con *Pimpim* y aquel geniecillo de fiera que constituía, aunque lo creáis absurdo, el más delicioso de sus encantos.

Como no le hablasen de *Pimpim*, era *Tetá* una malva: no hubo niña más amable en aquellas solitarias y típicas viviendas del Albaycín, donde mi heroína nació. Su canario era el amor de los amores de su vida, y su odio, despues ó á la par de *Pimpim*, eran las ratas y los conejos. No dicen mis apuntes como llegó *Tetá* á aborrecer de una manera tan profunda á esos pobres animales; pero si es verdad que su terror

hacia ellos iba á par que su odio, y que enfermaba de espanto en viéndoles, aunque fuese á gran distancia.

Vivia *Tetá*, con sus padres, en una casita muy pintoresca del Albaycín, con su emparrado y sus macetones de flores que eran un primor: un alegre nido, fresco en verano como la boca de una virgen, y confortable en invierno como el dulce calor de los amores. Tenía un jardín muy bello, y á él daban los ventanillos con celosias y el campanario pequeñín de un convento de monjas. Había un estanque en el jardín, y allí se bañaba *Tetá*, al declinar el día, en la época del calor, mientras los pájaros piaban y el esquiloncillo gemía la oración de la tarde. Allí, en aquella alberca también, el insigne y nunca bien alabado señor *Pimpin*, botaba sus embarcaciones, porque era muy aficionado á la marina; allí el grande hombre, con los bracillos desnudos, los pelos de punta, los tirantes colgando y medio hundido el hociquín en el agua, de rodillas en el borde del estanque,

entreteníase en probar las condiciones de los barcos que componían su importante flota, como no tuviese ocasión de mortificar de alguna manera á la susceptible, linda y odiosa *Tetá*.

Los padres de los muchachos eran vecinos y tenían un mediano pasar. La familia de Ernesto, ó de *Pimpim*, como se os antoje mejor, había heredado unas tierrecitas en Córdoba de bastante valer, que eran administradas con muy buen sentido para que *Pimpim* tuviese más tarde alguna cosa sobre que caerse muerto. Ambas familias, la de *Tetá* y la de *Pimpim*, amábanse y se distinguían mucho, tanto como los chicos se profesaban odio mutuamente. No había instante de tranquilidad para ninguno de los dos: habíanse declarado una guerra sin cuartel; *Pimpim* procuraba hacer daño á *Tetá*, y *Tetá* no perdonaba ocasión para mortificar á *Pimpim*: estudiábanse con sumo cuidado para contrariar sus gustos en la ocasión primera. ¿Quién dejó escapar dos ó tres veces de la jaula el canario de *Tetá*? *Pim-*

pim. ¿Quién hizo otro día pedazos aquella jaula primorosa, como un tiestecillo de claveles que había allí junto á la ventanita, adornada con macetas de hojas verdegueantes? *Pimpim.* ¿Quién dislocó á pedradas el farol que había al pié de aquella ventanita del cuarto de *Tetá*, y le echó la culpa á ella para que la riñesen? *Pimpim.* Porque *Pimpim* (para que lo sepais) era un tirador consumado, y donde ponía el ojo ponía la piedra, lo cual dió muchos disgustos á sus padres, que tenían que entenderse á lo mejor con los padres de los descalabrados. A esa sencilla costumbre de descalabrar chiquillos debió *Pimpim* su apodo. Entre una porción de *chaveitas*, él solo se las arregló siempre y salió con bien. A cada blanco que hacía, gritaba—¡Pim!—Hacialos con tanta frecuencia, que los ¡pim! ¡pim! en su boca menudearon que era una bendición, y por eso se quedó con el apodo.

Tetá rabiaba y pateaba, y su odio crecía notablemente. En cierta ocasión empujó á *Pimpim* cuando el mozuelo botaba al agua so-

lemnemente uno de sus barcos, y medio le ahogó. Pasáronse las semanas así, y los años, y la guerra proseguía con más encarnizamiento. Al verse se hacían mohines y se sacaban la lengua. *Pimpim* cogió cierta tarde los dos entretenimientos favoritos de *Tetá*; su perrillo faldero y su pelota de goma. Hizo pedazos la pelota y escondió el perro, diciendo á la dueña que lo arrojó al estanque. *Tetá* no sabía qué inventar para daño de su enemigo. El perro pareció, pero untado de no sé qué materias olorosas que hicieron prorrumpir á *Tetá* en gritos de indignación, tapándose de camino la nariz con su manita blanca y regordeta. Aquello era horrible. Los padres no podían evitarlo. La lucha crecía. *Tetá* soñaba con *Pimpim*, apareciéndosele en figuras horrendas; ya de fantasma, ya de duende de algun aljibe, ya de lechuza. Le dijeron que el demonio tenia cuernos como una cabrita, y piernas y pies de cabra igualmente, y no hubo ya noche que no soñase con el rostro salado y picaresco de *Pimpim*, adornada la frente de

preciosos cuernecitos, y con las piernas iguales al animal que mencioné.

Crecían los mozuelos, y el mútuo odio y mala voluntad crecía con ambos. Fuéronse á estudiar, y á la vuelta ocurrió lo mismo. Pero la rabia que sentía ahora el uno contra el otro fué más grande, más terrible. La amistad imperecedera de los padres hizo que todavía viviesen como vecinos. Miraba *Tetá* á *Pimpim* con profundo desdén, y *Pimpim* á *Tetá* por encima del hombro. Heríase mucho el amor propio de *Tetá* con que se le presentara siempre *Pimpim* vestido de cualquier manera, y algunas veces de un modo no muy correcto. Dábale á ella vergüenza además de coraje, y para tomar venganza de *Pimpim* imaginó presentarse á él desnuda completamente, para ver si así también le hería el amor propio y le avergonzaba.

Bañándose una tarde en su solitario jardín y á puerta cerrada, intentó subirse á un árbol, desnuda y todo, para que *Pimpim* la viese, por encima de un bardal, desde su ventana. Al

consultar mis apuntes no encuentro la corroboración de que pusiese en práctica su inocentísimo pensamiento. Por lo demás yo creo que hubiera conseguido su propósito de confundir á *Pimpim* (que ya era un *hombrecito*) al verla allí en el árbol, desnuda y hermosa como Eva, con su manto de cabellos de oro y con sus carnes apretadillas de rosa y nieve.

El odio de *Tetá* y el espanto que sentía hacía las ratas y los conejos, no vayáis á creer que desapareció. Ocultaba cuidadosamente esta flaqueza á su enemigo, pero él la cogió al fin, y en la mesita de su cuarto se encontró *Tetá* una noche, de repente, una rata enorme, disecada, de pié, con unos quevedos puestos para más burla, con sus largos bigotes y con su apéndice, de una dimensión nunca vista ni soñada por la pobrecita *Tetá*. Se desmayó de miedo, y *Pimpim* reíase como un condenado. Al volver en sí lloró *Tetá* de coraje. Estaba hermosísima con sus quince años, con sus lágrimas y con su furia.

Pimpim, que era estudioso, iba á ser un

buen médico. Aunque parezca mentira, sacó, sobre todo, una afición muy grande á la historia natural, y tenía bellísimos modelos en su cuarto de estudio. Una noche lo encontró destrozado todo. Aquello costó á *Pimpim* muy tristes lágrimas. En un papelito vió estas frases, escritas con una preciosa letra inglesa: «He sido yo.» Firmado: «*Tetá*». A los tres días halló *Tetá*, en un cajón de su cómoda, un conejito, negro como la endrina. Estaba el conejo diabólicamente vestido de frac y corbata blanca, como sangrienta burla al deseo que siempre *Tetá* manifestó de que *Pimpim* se presentase ante ella vestido con más corrección.

Tetá se desmayó cuando se encontró con la rata, y estuvo bastantes días enferma del berriñche; desde entonces no almorzó, ni comió, ni durmió á gusto, buscando una venganza digna. *Pimpim* preparábase á recibirlo, todo con resignación, y buscaba también ansioso algo con que responder al golpe imprescindible que recibiría.

¡Qué recuerdos! Era una noche de primavera. El aire perfumado llegaba á los pulmones como una caricia: parecía impulsar al amor blandamente con sus alas invisibles. La luna sonreía en el cielo como una gran rosa de pasión que se entreabre. Volvía *Pimpim* de la ciudad. Llenábase su cerebro de imágenes extrañas y ardientes. Estuvo en una fiesta donde vió bailar á una mujer. Al jaleo de los festejantes y á los gritos estruendosos, vió saltar á la *bailaora* como un tigre sobre la mesa... y él buscaba en tanto en su memoria un recurso con que mortificar nuevamente á su enemiga. Vió el arquear de los brazos de la *bailaora*, el mover de caderas; vió como se doblaba, como se erguía, enroscábase como una serpiente, sonreía como un ángel y chispeaban sus pupilas como rayo del cielo. Entró en su alma todo, cual una luz nueva, que le inundó completamente.

Por los callejones sombríos del Albaycín caminaba, pareciéndole que de sus ángulos oscuros surgían luminosas siluetas de mujeres,

que desechó de sí, en su deseo de no preocuparse de otro asunto que de hacer daño á *Tetá*. La luna besaba amorosamente con su pálida luz los negros bardales de las huertas. Dulces visiones erráticas parecían poblar el espacio; la poesía y el amor, creyérase que se daban besos en cualquiera de los solitarios y empinadísimos callejones de Albaycín. Poblábase la imaginación, á la vista de aquellos lugares, de esas bellísimas hadas que vemos en las leyendas de las flores, y penetraban en lo profundo del corazón, como para eterna memoria, las sombras llenas de misterio, los fantásticos ventanales que traspasaban los rayos de la luna, y el eco dulce de las campanas de San Cecilio, que vibraban en los aires como plegarias de virgen.

Hallábase *Pimpim* hondamente preocupado: no encontraba medio alguno de humillar ó herir á *Tetá*. Estaba triste. Tuvo una idea de pronto y la llevó á cabo. *Tetá*, dormiría. Salió de su casa, saltó luego la tapia del jardín de *Tetá* y se dirigió al pabellón que recordaréis: pensó que

allí, en el pabellón de *Teté*, se inspiraría tal vez para idear alguna cosa muy grande que le hiciese mucho daño. Dirigíase, pues, allí. El pabellón estaba siempre abierto. Efectivamente... pero había luz. Quiso retroceder sin que le vieran y no pudo: al alejarse sintió unas pisadas menuditas y la voz de *Teté*:

—¿Quién anda ahí?

Avergonzándose de que le creyeran un ladrón, contestó secamente:

—Soy yo.

—¡Ah! — dijo ella avanzando. — ¿Tramabas algo contra mí?

El mozuelo no quería contestar: sentía una cólera sorda que le ahogaba.

—Sí,— dijo,— no lo niego. ¿No haces tú lo mismo y yo te alabo el gusto?

—Es verdad. Pero dime lo que ibas á hacer.

—¡Estaría bueno! ¿Me lo dices tú á mí?

Teté dudó un instante, mirando como con ojos de rabia á su enemigo. Se aproximaron más, quedándose así, en contemplación mútua,

como si se desafiaran con los ojos. La luna iluminaba de lleno aquellos semblantes juveniles, sanos, vigorosos. Ella vestia con sencillez, de blanco y parecia al echar un paso atrás y medio hundirse en la penumbra de la fronda, una dulce visión de luz. La silueta de él recortábase gentil y noble. ¡Seguian mirándose! ¿Qué pasaba en el espíritu de aquellas dos criaturas mientras se miraron de aquel modo en silencio profundo? ¿Qué pensó ella? ¿Que pensó él? Chispeaban las pupilas de ambos, como relampaguear de muerte de las ocultas tormentas del corazón. ¿Eran terrores? ¿Despechos? ¿Sarcasmos? ¿Iras? ¿Odios? ¿Era ambición de exterminio y saña horrible de herir despues de tanto tiempo de lucha? No puedo decirlo fijamente, pero sí, puedo jurar que era inconmensurable en aquel punto lo que ardía en ambos pechos. Mirábase sin inclinar la vista, sin ceder ninguno. Fué un pugilato cruel, extrañísimo, inexplicable. Ella avanzó un paso más, apretando los puños y pálida como la muerte. El avanzó

otro, muy pálido también, pero queriendo probar sin duda, que nada temía. La luna sonrió, enviándoles su pálida caricia; las flores sonrieron también, enviándoles su ardiente perfume; murmuró el viento dulces endechas eróticas, el esquilón de la torrecilla enviaba al cielo piadosos himnos... y ellos permanecían allí, mirándose siempre, inmóviles, fijos, pálidos, como dos cadáveres que trasladó allí la voluntad suprema de un genio de maravillas. ¿Cuánto duró aquello? ¿Quién lo podría precisar! Como si los extraños cadáveres tomarán vida paulatinamente, fuéronse alzando con lentitud los brazos de los dos.

Se aproximaron más, alzaron más los brazos, aproximáronse aún, y... ¡se miraban! ¡se miraban! Uniéronse los cuerpos al fin, encadenáronse los brazos fuertemente como para la lucha de cíclopes... y se oyó al par una explosión inmensa de sollozos y besos.

—¡Cuánto te amo!—exclamó ella, estrechándole contra su corazón.

—Yo me moría por ti—contestó él besándola.

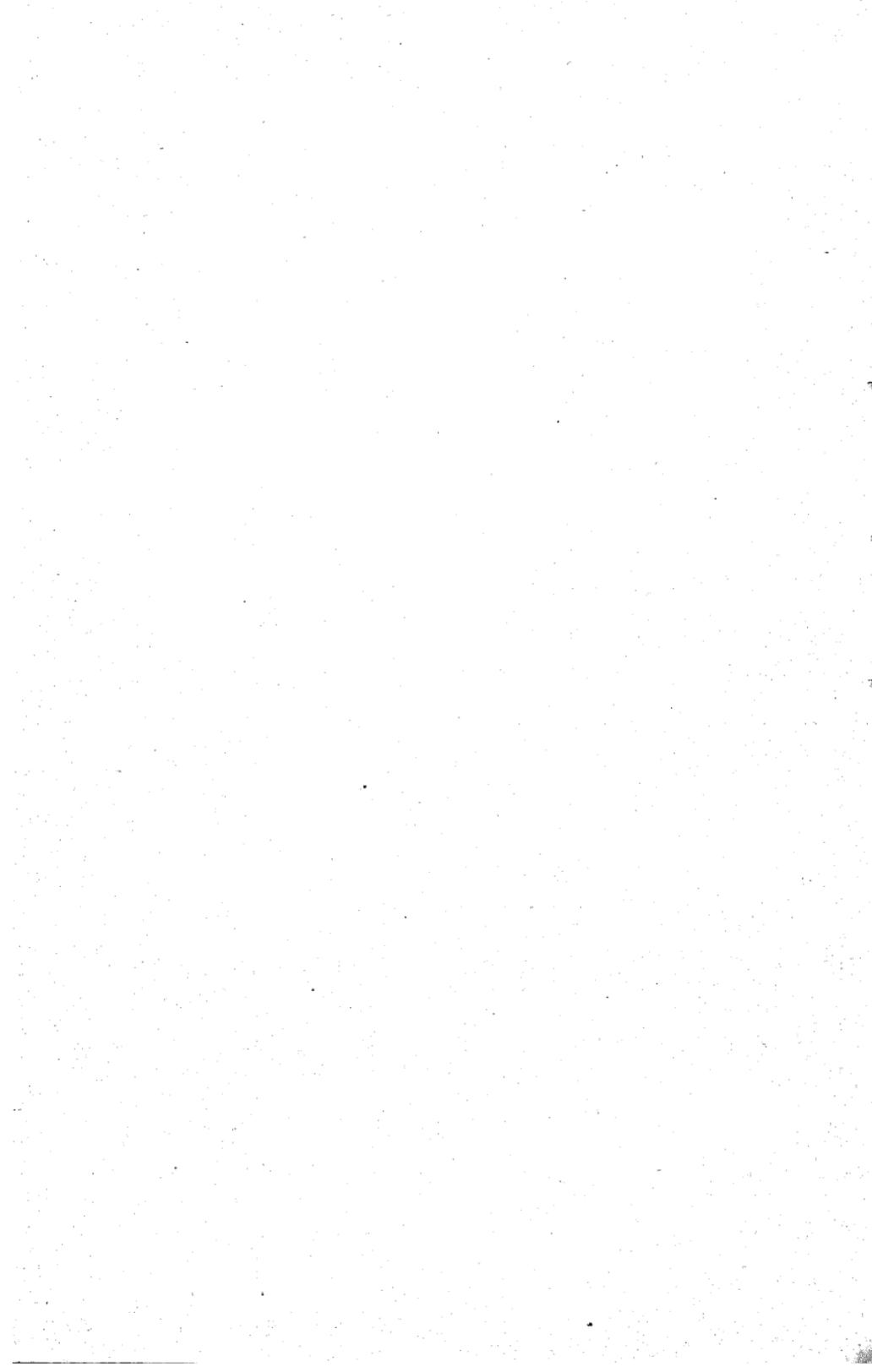
—Me he vuelto loca de pena siempre que te hice algún mal.

—Y yo lloraba de coraje contra mí mismo cuando te hacía sufrir.

—Nos desquitaremos haciéndonos ahora dichosos toda la vida: ¿verdad, *Pimpim?*

—Verdad, *Teté?*

Casáronse. ¡Felices ellos! Hé aquí dos humanos, que se rindieron á la vez, venciéndose mutuamente.



XVI

Dolora

La niña es hermosa, hermosa como el cielo; blanca, rubia.

Pero la niña se muere... No se sabe que enfermedad le aqueja. Se muere sin dolor alguno. Se muere tranquila como la luna cuando se esconde.

Los cabellos rubios se extienden por la almohada. La cabecita reclinase allí... Sobre los cabellos rubios, parece una azucena dormida sobre un rayo de sol.

A un lado del lecho está su madre, una viejecita rugosa y triste.

A otro lado del lecho está su novio, un apuesto doncel.

La enferma no ve a su madre; las moribundas pupilas se clavan en el hombre. Le hace una señal, se inclina él, y ella le dice muy bajo, muy temblorosa:

—¡Voy a morir! Antes de que me cubra la tierra... ¡No lo olvides! Allí mismo, al borde de la fosa, bésame para que tu beso me acompañe en la eterna soledad

El hombre promete.

La madre oye... y llora de rodillas, en silencio.

Muere la virgen. La tierna paloma batió las alas y fijó su nido en la inmensidad. La cubre toda un velo; se ve su rostro de nácar... Se ve su frente.. Su frente y su rostro se ornamentan con una aureola de luz.

¡Son sus cabellos rubios!

Caminan al cementerio... Una viejecita, ru-

gosa y triste, va detrás, muy detrás... Nadie la ve.

Ya está el ataúd al borde de la fosa... Ya no alumbran los cirios á la niña... Ya acaban los rezos... Ya van á enterrarla.

—¡Esperad!—dice la madre.—Esperad á que él venga y la bese. Esperad á que cumpla lo que ofreció.

Esperan.

Todos están conmovidos.

Pasa tiempo... Van á enterrarla.

—¡Esperad, esperad!—dice la madre, de rodillas, con los brazos tendidos.

Esperan.

Todos están tristes.

Pasa tiempo... Van á enterrarla.

—¡Esperad!—repite la madre con desgarrado grito de súplica...—Se condenaría él, y ella no encontrará reposo.

Esperan.

Todos están impacientes.

Pasa tiempo... Van á enterrarla... La madre

se arroja sobre el ataúd y dice, hablando con la muerta:

—Por su beso te olvidaste del mío... Ya que él no viene, deja que yo te bese por él.

¡Y la besó!

Mujeres... ¡No améis á los hombres más que á vuestros padres!



XIV

La risa del diablo

RECUERDOS DE UNA EXCURSIÓN Á LAS ERMITAS
CORDOBESAS

.....

Desde el amanecer anduvo Enrique dale que dale y busca que busca en una posada y en otra y en un arriero y en otro y en un aguador y en otro, hasta que pudo encontrar unos remedos de borriquillos macilentos, negruchos, chiquitines, mal intencionados, feuchos y groserotes; unos borricos, en fin, que eran unos mal educados, y ya veréis cómo se probará, por las interesantes escenas que siguen. Eran dos las muchachas; la madre de cada una, cuatro; los dos hijos de Miguel, seis; y yo siete; de modo que se nos presentaron allá, después de mediodía, siete borricos que ni los siete dolores

tenian que hacer con ellos. Yo quedé pasmado de horror y juré y perjuré, que no me subía, mientras estuviese en la ciudad, en ninguna de aquellas farsas de borrico; juramento que cumplí fielmente.

Ni Antonia, ni Bernarda pensaron en el lastimoso aspecto de nuestras cabalgaduras. Montaron en un santiamén, las muchachas; montaron también las mamás; mis amigos al fin, y, cogiendo Enrique del ronzal mi asno, allá traspusimos, por la calle de Parras con dirección á las rejas de don Gómez. Iba yo casi avergonzado de haber prometido no subirme, porque viendo la gente mi caballería sin caballero, y viéndome á mí caminando á la par de la comitiva, comprendiase ciertamente el por qué no me habia yo subido, y era mucho peor. En fin, de la calle de Santa Isabel dimos por la de Isabel Loza en la Puerta del Rincón, atravesando siempre unas callejuelas empedradas como con maldiciones, y salimos al campo de la Merced.

Estábamos á poco en la misma carretera de los Arenales, que ya conocía yo, y dejamos atrás el ventorrillo de Tránsito. Vi también á Tránsito este día, y la vi de refilón, en su ventana, que tendría cuarta y media, á lo sumo, en cuadro, y que daba á la misma carretera. Allí pude ver su cabecita gentil y primorosa, con los cabellos negros y la rosa blanca entre ellos como un rayo de sol que surge haciendo pedazos un sombrío cielo de tempestad.

A todo esto, hay que advertir que ya habia tomado yo posesión de mi Mojino, que tenia un aparejo semejante á un taller de pasamanería, segun le abundaban los colgajos y los arambelles, de mal trecho y de pingajoso que el sin ventura era. Conforme Mojino sintió mi peso, ideó tomar venganza feroz por el desaire que le hice no habiéndolo querido montar dentro de Córdoba. Todavía no acabó de pensarlo el infame, y empezó una de respingos, que parecían sus patas dos palos de tambor, armando un redoble en el vacío. Al compás de sus coces,

á mi se me iba la cabeza para delante y para atrás, y no sabía yo qué hacer ni cómo valerme en aquel punto para que no se me fuese del todo á veinte metros de distancia. Yo en fin, no podía ya sostenerme tampoco y me agarré al aparejo, como el condenado se agarraría á la mano de rosa del ángel que le saca del purgatorio. Así cogido, su merced el Mojino continuó todavía en sus algaradas de coces; pero me mantuve ya firme pegado al aparejo, como si fuera yo también una manta del aparejo mismo; y mis faldones flotaron allí, como otras tantas colgaduras y arambeles de aquel aparejo, que no era otra cosa que un montón informe de guñapos, sujetos al lomo del animal, con una cuerda tan apretadísima, que formaba un surco allí, como el del arado cuando hunde la reja hasta la garganta en el terreno blandujo y removido.

Ni me amostazaron las grandes risas de las señoras ni las burletas de Enrique. Quedé impávido y frío, pensando que Dios era bueno y

me recompensaría de aquellos apuros, aún que solo fuese haciéndoselos pasar ante mí, á los que se burlaban. Seguí tranquilo, como dije, y mi gran pedazo de burro, cansándose de dar coces, allá partió con mucha delantera de sus compañeros, no parando hasta el *Brillante*.

Antonia, la rubia Antonia, la de ojos grandes y luminosos como aquel sol que caía sobre nuestras cabezas, la de labios frescos y amorosos como los de Beatriz divina, la de risa armoniosa como el rumor del Chipre al caer escanciado por Hebe en el baso de oro, la de talle fino como las columnillas del tabernáculo jienense; esa rubia Antonia fué la que rió más largo y con más fuerza, viéndome á punto de caer desde lo alto del lomo de Mojino, y me confesó francamente, luego, que sintió mucho no haberme visto caer al fin, porque se hubiera reído más todavía, y eso precisamente era lo que ella tanto deseaba á todas horas: reír.

Lo digo como lo siento: casi tomé ojeriza

à la muchacha por aquella franqueza; pero me guardé mucho de demostrarlo, porque entonces creo que la toma conmigo durante el resto del día y me da verdaderamente una sofocación. Torciamos, pues, hacia la Ruzaffa, esto es, à la izquierda del camino de los Arenales, dejando à nuestra espalda la larguísima carretera, que arrancaba de atrás, del fondo, de entre un bosque de olivares bordeado siempre con las pitas y el cèsped florido de ambas cunetas.

No quiero enumerar aquí las fatigas de los borricos ni las nuestras para subir la pendiente, próxima ya de las ermitas. Sudábamos à mares. Bernarda, que tenia muy mal genio, echaba pestes contra la cuesta, contra nosotros, contra las ermitas y contra los ermitaños, con un grajeo y una locuacidad que me admiraban verdaderamente. Antonia, la odiada Antonia, reia-se, como si nunca Hebe concluyera de escanciar el Chipre en el vaso de oro. El rumor de su risa pegábase eternamente à nuestros oidos con

suaves y dulces vibraciones, como las de un arroyo que constantemente corriera á nuestros pies. Yo no queria mirarla porque sentíame desarmado entonces de aquel rencor que tan pronto le tomé, al ver su cara blanca, encendida ahora con los ardores del sol y la fatiga de la marcha, aunque fuese Antonia subida en su burro y todo .. aquella cara, hermosa, expresiva, picaresca, de movilidad y gracejo infinito, inteligente, franca, con sus grandes ojos pardos y dulces, y su dosel de cabellos en la frente, más dorados aún que aquella lumbre de sol que hacía chispear su sangre.

Llegamos, al fin, á las ermitas. La entrada es una tosca puerta de medio punto que pintarrajaron de almazarrón. Delante de la puerta hay un tejadillo, formándole así como una especie de sombrero. Sostiénese el tejadillo por unos tremendos postes que forman arcos también, y tiene, - aquella que debe llamarse autosal de las ermitas, - un poyo de ladrillo al rededor. A la derecha del tejado, en una torre-

cilla como la chimenea del fogón de una casa-mata, vi un esquilón poco más grande que una nuez, muy serio y muy callado, no como otros que yo tuve ocasión de ver y oír.

Se tiró de un alambre que calaba el muro, sonó una campana que debía ser mucho más grande que el esquiloncillo de la torre, según el ruido que armó, y no contestó persona alguna. Esperamos en silencio, que se interrumpía frecuentemente con las palabras de impaciencia de Bernarda y con las cuchufletas de Antonia, con quién yo no había hecho las paces aún, dentro de mi conciencia. Llamamos otra vez con sendos tirones del alambre dicho-so, y reinó el mismo silencio. Bernarda y Antonia cansáronse de hablar. Lo mismo pasó á Enrique, que hablaba, dicho sea de paso, más que una cotorra. Miguel no: Miguel es muy callado y muy seriote. Esperando pues á que abriesen, permanecimos en silencio, que nadie interrumpía. Nos amparábamos por fortuna bajo el tejadillo, que de otra manera no sé

lo que hubiese sido de nosotros, porque aquel día, aunque no era canicular, quemaba el sol como si hubiésemos estado en los rigores de Julio. Era, aquel, un silencio que caía en los corazones y en las cabezas, amodorrándolas y pesando con más fuerza tal vez que el sol hubiera pesado, aquel sol que veíamos caer en las sinuosidades de la sierra como incommensurable placa de fuego, calcinador y destruyente. Era un silencio horroroso, terrible. Ni rumores de arroyo, ni rumores de aire. La cigarra no lo interrumpía con su monótono y prolongado zumbido. Ni pasos, ni pisar de cabalgaduras, ni voces, ni rumor de arandelas de los carretones, ni ecos de cantares. Era aquello la muerte, una cosa mucho peor que la muerte: la muerte en la vida. De tal manera me impresioné de aquel silencio y nos impresionamos todos por largo rato, que nos hubo de causar profundísima sensación el aleteo de una mosca que pasó rozando casi por mi nariz. Oyeron mis compañeros aquel zumbido y le oí yo como

un estruendo de mundos, y salimos de aquella modorra extrañísima en que nos habíamos sumergido aunque con los ojos desmesuradamente abiertos y sin ganas ningunas de dormir. Entonces, Antonia, se cogió con las dos manos al alambre, y tiró de allí una vez y otra desesperadamente, dando un salto á cada tirón y dándonos mucho gusto, á mis amigos y á mí, de ver como los vestidos y el mantón flotaban acá y allá, conforme saltaba ella, como si toda su personita, fuese un grau misterio, que se envolvía para más encanto en un mundo rarísimo de bullones, pliegues, flecos, nubes, blancuras y perfumes; todo flotante, aéreo, embriagador, alegre, dulce, que nos hizo aspirar no sé qué deleitables alegrías frescas que se metieron hasta lo hondo de nuestros corazones.

Nadie contestó aún y ya nos desesperábamos. Pero se abrió de repente una ventana en que no nos pudimos fijar antes por lo pequeña y asomó por allí una cara que hizo á Antonia saltar para atrás, asustadísima.

—¿Qué se ofrece?—dijo la voz de los labios de la cara de la persona que se asomó al ventanillo, que no pudimos ver antes por lo pequeño que era.

—Pues se nos ocurre,—dije yo también aproximándome á la claraboya, que veníamos á ver las Ermitas con permiso de quien es necesario que lo dé.

Conforme hablaba saqué el permiso, lo miró, lo estudió, lo indagó, lo revolvió como si fuese un documento de gran trascendencia y temiese que lo hubieran falsificado, y yo mientras estuve mirando al hombre aquel, y castíguenme los cielos si peco con lo que voy á decir, pero me causó al mirarle, una impresión infinita. Así que estuvo un rato bien grande observando el papel se decidió á abrirnos. Sonaron cerrojos y aldabas, y se abrió al fin la puerta. Cuando entramos nos pareció imposible haberlo conseguido. Entonces observé á mi sabor al ermitaño que nos había abierto, porque en el ventanillo solamente le pude ver la cabeza. Yo pido perdón

otra vez á Dios benigno, pero he decir que la impresión de la cabeza del ermitaño, no me la hizo desaparecer la del cuerpo. Era pequeñito; el hábito, de tela muy burda y muy remendada, quedábase bien corto. Sus zapatos eran de cuero tan gordo que parecía imposible que los pies de ningún hombre los pudieran llevar, como no fuesen de acero. Las manos eran ásperas, huesudas, negras, cortas; los ojos hundidos, chiquitines; las facciones angulosas, curtidas. Era calvo, con solo algunos mechones de cabellos grises, pegados por el sudor á la frente y á las sienas. Tenía los ojos, entonces, embotados de dormir, como toda su cara y todo él lo parecía, porque conociase á leguas que el gran campañeo de la maligna y salerosa muchacha le había interrumpido en la más profunda, en la más agradable y en la más divina de las siestas.

Cerró cuando entramos, y nos condujo por una calle de cipreses muy parecida á la de un cementerio. Al final de dicha calle hay una humilde cruz sobre un pedestal de ladrillo y en el

pedestal, dando cara á la puerta, un huequecito tapado con un cristal en forma de vitrina; se resguarda el cristal con un enrejado de alambre. En el hueco y á través del cristal, veíase un emblema de la muerte .. la calavera y los huesos cruzados por delante, y estos cuatro fatídicos y melancólicos versos:

Como te ves yo me ví;
como me ves te verás.
Todo para en esto aquí:
piénsalo y no pecarás.

Aquello nos entristeció. El ermitaño pasó por allí con indiferencia y muy deprisa, y nosotros tuvimos que seguirle. Al alejarme, pude comprender que aquella humilde cruz de hierro, con su tosco pedestal de ladrillo, habíase dedicado allí á la memoria del Conde de Torres Cabrera, por otra inscripción que vi en una pequeña lápida.

Conclusión

Seguimos en dirección de la iglesia, que estaba ya muy próxima. Oí decir que era pe-
queñísima también. Todo parecía anunciarnos,
por infinidad de levisimos detalles que es im-
posible enumerar, que los ermitaños se iban qui-
tando de enmedio al sentirnos en la iglesia.
Hubiera querido yo estar más tiempo del que
estuve, pero los otros no hacían más que decir-
me que acabara. Había libros religiosos en los
bancos, abiertos como si los hubieran dejado allí
en aquel momento. Las imágenes de la iglesia
son humildísimas y pobres, y me gustan á mi
mucho más de esa manera; no puedo explicarlo,
pero se me antoja que así me infunde más temor
y más respeto, aunque ya se lo tengo á todo lo

que de nuestra santa religión emana. Los suelos, las paredes, los marcos de los cuadros, las sillas, todo era pobre, pero muy limpio; limpio como la conciencia de Dios. ¡Que hermosura y que fe! Yo me creía otro, y parece que mi alma se fortifica en estas ocasiones, extasiándose con inocencia de niño.

En mis apuntes tengo una nota que dice que salimos por la puerta de los pobres. No sé si esto será una equivocación al tomar los apuntes; pero por más que hice, no he podido acordarme nunca de esa puerta ni recuerdo tampoco ninguna historia que á ella se refiera, como no sea la de que por allí entran ó salen los pobres, ciertos días que tienen los ermitaños designados para repartir la sopa. También dicen los apuntes que al lado de la puerta hay una fuente blanqueada de cal que no recuerdo tampoco.

Vi por allí hábitos remendadísimos de tela burda, puestos á secar sobre las ramas de los árboles; y el color pardusco de las telas contrastaba fuertemente con la bella frondosidad

de los naranjos y los olmos. Más arriba aún, pasamos un susto, que á mi, por mi parte, no me salió del cuerpo lo menos en media hora.

Del encorvado y escueto tronco de un olivo, que se distinguía á unas cien varas, colgaba un hombre. Era un ahorcado indudablemente. Bernarda le vió antes que ninguno, y se puso pálida como una muerta. Se cogió del brazo de Enrique apretadamente y dijole temblando, como si toda la muchacha fuese de azogue:

—¡Mire usted!

Miró Enrique y miramos todos, y vimos al hombre pendiente de la cuerda del tronco del olivo.

—¡Calle!—dije yo alarmándome de verdad.
—¡Si es un ermitaño! Me volvi inmediatamente para preguntar al que nos acompañaba, y no le encontré en aquel punto. Habíase adelantado ó se rezagó: lo cierto es que no le ví. Enrique se aproximó al de la horca, que se mecía pausadamente. Nosotros fuimos detrás, y á las mujeres un color se les iba y otro se les venía: hallá-

banse temblorosas, convulsas, atolondradísimas de miedo... menos Antonia.

Nos aproximamos todos en fin, y, efectivamente, era un ermitaño el que colgaba del olivo... es decir, un ermitaño no: el hábito de uno de aquellos santos varones; pero no he visto jamás un efecto más parecido. No sé por qué causa lo colgarian así; pero es el caso que había encima unas mazorcas que parecían la cabeza del hombre, blanqueada por la calvicie, y lo peor de todo, que las mazorcas caían tan apropósito que á diez pasos hacían la ilusión de una barba de color rojo muy oscuro, inculta, laxa y descompuesta, como debía ser la barba de un muerto.

Bernarda estuvo á punto de desmayarse y aquel susto lo hubiera yo querido para Antonia, que, á pesar de la impresión que sufrimos todos, no cesó de reír la muy maldita, haciendo burla al muerto. Porque es la verdad que supuso como nosotros, que allí había un hombre ahorcado. No habiéndose detenido en la risa

antes, figúrense ustedes lo que sucedería cuando se cercioró de que no había tales carneros. Desternillábase, como suele decirse. Sus carcajadas repercutían de un modo extraño en aquellas silenciosas alturas. Los dientes de la bellísima y alegre Antonia, y sus labios rojos contrahidos por la violenta risa eran en aquel lugar la más interesante y expresiva forma de la tentación. Aquel rostro fresquísimo, sonrosado, bello, de facciones graciosas, suaves y picarescas, la fina cintura, el busto lleno y vigoroso, la garganta de nieve con dulces colores de rosa que le subían hasta las diminutas orejas; el mantón de largos flecos que crujían blandiendo en el aire, y las curvas, las sacudidas, las contorsiones de aquel cuerpo estremecido todo con la violenta y enorme convulsión de aquella risa de diablo, contrastaban poderosamente con aquel lugar silencioso y grave, aquellas casitas blancas de los ermitaños, aquella iglesia pobre y humilde como el Divino Señor, y aquella calavera lúgubre, de ojos secos y profundos como abismos,

cuyas siniestras, corroidas, melladas, asquerosas y repugnantes encias, semejaban contraerse allí, en risotada horrenda también, como un sarcasmo y una burla de aquella alegría estruendosa de la muchacha. Ella seguía riendo, riendo siempre. No había visto antes ni vió ahora tampoco, la calavera del hueco del pedestal de la cruz, por cuyo lado habíamos pasado otra vez. Para impresionarla de pronto y que callase, la cogí de una mano, la llevé delante de la calavera, se la señalé, la vió y leyó luego:

Como te ves yo me ví,
como me ves te verás,
todo para en esto aquí,
piénsalo y no pecarás.

Pero todo en vano. Antonia no fué la que vino con nosotros aquel día. Fué el demonio metido en Antonia. El demonio no cesó de reir. Aquella risa nos puso serios á los demás. Era imposible callarla de ningún modo y continuó

así largo tiempo, hasta extinguirse lentamente como un eco doloroso que se perdía en las cavidades de las montañas.

Por lo demás, aquella risa pareció tentar á los insectos y los pájaros de los alrededores. Lo que no se oyó antes, lo oímos cuando Antonia concluyó de reír. Fué un concierto de pájaros que no sabíamos en qué lugar se escondían. Con las finas y melodiosas notas, se mezclaron á poco también los zumbidos de la cigarra: y el rumor de la fuente y el del arroyo inmediato, fueron entonces menos lúgubres. La Naturaleza pareció levantar allí la frente moribunda para animarse un minuto con el trinar de la risa de Antonia.

Hacíase tarde, y para concluir más pronto vimos una ermita solamente: con una podía bastar, porque eran lo mismo todas. Llámase la ermita de San Judas Tadeo. El lecho componíase de muchas tablas, unidas unas á otras con listones en forma de travesaños. Sobre aquella tarima había una zalea y una manta.

Estos enseres nada más, componían la cama de aquellos hombres místicos. Todo el mobiliario formábase de una mesa pequeñita con unos higos secos mordidos, y un canasto en un rincón, lleno de algarrobas secas también. La mesa y el canasto, con la tarima, eran los únicos muebles de aquellos hombres, que vivían de la mortificación y de la penitencia: los higos y las algarrobas su único alimento.

Como un dato curioso, puede decirse de esta ermita lo que la tradición cuenta: Que á principios del siglo XVII se apareció Jesús al ermitaño que entonces vivía allí. Llamábase este religioso el hermano Francisco de Santa Ana. Las frases que dijo el Señor al hermano Francisco fueron las siguientes:

—*¡Ya ves como me tratan!*

Cuando salimos de la ermita, echó Antonia á correr cuesta abajo, dirigiéndose á una pequeña explanada donde está el sillón del obispo, una roca enorme labrada á cincel en la forma de dicho mueble. Antes de llegar encontró á unos

ermitaños que estaban *soleando*: soleando, para que lo sepa quien de ello no tenga noticia, es coger del suelo la aceituna que cayó del árbol por sí sola. Después de esa operación de soleo, sigue otra: llámase ésta *ordeñar*, y consiste en coger las aceitunas del mismo árbol. Al ver los hermanos que soleaban correr hácia ellos el lindo demonio, cuyas faldas iban y venían en juegos caprichosos con el desnivelamiento de la carrera, volviéronse de espalda prontamente, persignándose y santiguándose de un modo que no es para contado. Antoñilla gozó como una loca de haber causado esa impresión, y, para poder reirse otra vez á sus anchas, se repantigó con cómica majestad en el sillón del obispo. Llegué detrás ella. Iba á hablarle, á decirle que fuese más comedida, pero no pude: me señaló Antonia al mismo tiempo, allá al horizonte, indicándome que mirara, y lancé un grito de sorpresa. El sillón del obispo está puesto allí para contemplar á Dios: el astro del día lanzaba su última luz suavemente sobre la sierra, que

pareció destellar en aquel punto con reflejos misteriosos. No tuve bastante cerebro para encerrar la idea de lo que allí hay, ni bastante corazón para sentirlo. Es un desconcierto grandioso de la Naturaleza: las retamas, el pino, el algarrobo, el acebuche, la pita, los chaparrales, el jaramago; todo brota, todo crece junto, apretadísimo, de golpe, como una explosión de la tierra; apriétanse unas plantas á otras, unos arbustos á otros; se besan se abrazan, se confunden. De este maridaje sobrenatural y terrible, parece que brota un himno santo: son los dulces plañidos de las campanas de las ermitas.

Cuando salíamos de las ermitas estaba oscureciendo. Yo hubiera querido estar solo para entregarme á mis pensamientos, pero la escandalosísima de Antonia me lo impidió. Y el caso es que no podía ponerme serio con ella, porque era linda como una flor y graciosa como un diablo. Por lo demás, corría infatigable, por los repechos como una cabra, sin importarle que fuese de noche: nos adelantábamos, volvía á

á pararse, y, mientras, su borrico caminaba melancólicamente en reata con el de Enrique. Yo quería que Dios me vengara de todo lo que me hizo pasar cuando subí por vez primera en Mojino, aunque Antonia me gustaba mucho, y confieso francamente que gocé con sus alegrías por más que en alguna ocasión las hubiese querido reprimir.

Cumpliéronse al fin mis deseos, y me arrepentí, en el mismo instante, de haberlos tenido. Ahora vereis lo que pasó. Al concluirse la cuesta nos preparábamos para subir otra vez en los burros. Antonia pidió á gritos que la subieran. Enrique quiso hacer el caballero. Estábamos ya subidos todos, y nadie tuvo la precaución de sujetar el borrico de Antonia mientras Enrique la colocaba. Tomó el mozuelo al diablillo delicadamente por la cintura, pero resultó que Antonia era garrida por demás y á Enrique faltaron alientos para subirla con la soltura necesaria. Antonia reía como nunca. Enrique la cogió otra vez, la suspendió con va-

lencia, y, al irle á sentar á plomo en el aparejo, como si se lo hubieran dicho al burro, avanzó éste de pronto: en vez del aparejo del animal encontró Antonia el vacío y cayó pesadamente á tierra. Enrique, espantado, no la soltó, dando de bruces también en la muchacha. Ocurrió lo que os podéis figurar. ¡Fue espantoso, terrible, con el desconsolador agravante de que había luz suficiente aún para quien quisiera mirar aquello con mala intención. Daño no se hicieron, —hay que advertirlo ante todo para tranquilidad de mis lectores— porque Antonia cayó sobre un blandísimo césped en primer lugar, y, en segundo, porque Enrique, instintivamente, la retuvo á pulso cuanto le fué posible, siendo esta la causa de que rodase también arrastrado por ella; y Enrique, podeis suponer igualmente la causa de que no se hiciera daño. Hubo una confusión horrenda. Antonia dió gritos queriendo levantarse y empujando á Enrique violentamente hacia arriba para que no la tocara. El pobre Enrique, aturdido, loco, quería levan-

tarse también: en su aturdimiento, caía nuevamente. Fué desgracia, en verdad. A un poderoso empuje de Antonia, que lloraba ya de vergüenza, salió rodando Enrique. Fué á levantarse como un rayo, y él quiso levantarse como ella al mismo tiempo: él la pisó la falda, perdió ella el equilibrio, lo perdió él también al saltar para no pisarla de nuevo, y cayeron los dos otra vez. Todo esto fué en un minuto, en un segundo, en menos. La madre de Antonia, Bernarda, la madre de Bernarda y Miguel, reían á lágrima viva, cada uno en su burro, sin que la risa les permitiese ni pensar siquiera en apearse para ayudarlos á levantar, á ella por lo menos.

Yo me reí también al principio, pero la desesperación de Antonia me conmovió. Levantáronse al fin. A Enrique todo se le volvían excusas, y hubiera hecho mejor en no excusarse ciertamente; y la muchacha, ni aun quiso levantarse ya. Quedó de rodillas, vuelta de espaldas á nosotros, con la cara oculta entre las manos y llorando desconsoladamente de vergüenza,

con tanto ímpetu como antes reía. ¡Qué sencillez y qué hermosura! Yo quedé suspenso. Ni los ermitaños, ni las ermitas, ni las magnificencias del panorama que ví desde el sillón del obispo, ni el emblema fatidico y siniestro de la muerte, nada de aquello logró contener la hilaridad espantosa de la muchacha en toda la tarde, y rompió, sin embargo á llorar con amargura, y quedó de rodillas como culpable sin absolución, y ocultaba la cara como un criminal, siempre llorosa y siempre sin consuelo, á la idea no más de que le vieron un poco de la pierna por encima de la bota. Allí permaneció Antonia largo rato arrodillada y oculta la cara en las manos, como un oloroso capullo de flor que se esconde de las caricias del viento. ¡Oh pudor! ¡Bendito seas!

FIN



NOTAS

(1.º) *La milicia se dividió en dos bandos; de uno era jefe don Guillermo Solier, adicto al Gobierno y llamábale los Benévolo; el otro estaba capitaneado por don José Carrajal, intransigente, y á este bando le apodaban los Rojos.*

(2.º) *El de la capa blanca, era el José Carrajal á quien aludi, iba á caballo siempre, cubierto con una capa blanca, y mucha parte del pueblo conociale por esto solamente.*

(3.º) *El sargentillo era un capitán de nacionales, antiguo sargento del ejército; le apodaban así por su estatura pequeña hasta lo inverosímil, que formaba contraste con su energía asombrosa y su voz de trueno para animar á los nacionales á la pelea*

Otras notas tendria que poner; no canso al lector y terminaré manifestándole, que en el trascurso de la obra creí conveniente reproducir ciertos periodos de otras novelas mías, aumentados ahora con todos los detalles de aquella desconsoladora realidad.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
La Cruz, los hombres y el mar	9
Lugares famosos.	17
Paco Nillo	29
De como Paco Nillo fué vengado.	39
El Nacional de la copla.	49
Militares y paisanos.	59
Las barricadas	65
La proclama del cura Romero	71
Guerra sin cuartel	79
Catástrofes.	87
Alcolea	105
El campo de batalla.	115
El puente de Alcolea.	139
La madre del teniente	153
El corazón de la señora de Trueba.	169
La tragedia de un beso.	181
El ciego de la flauta.	195
Tetá y Pimpim	199
Dolora	215
La risa del diablo.	219
Conclusión	233

